

ESPAÑA

AL TERMINAR EL SIGLO XIX

APUNTES DE VIAJE

POR

SINESIO DELGADO



DIBUJOS

DE

RAMÓN GILLA



FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS



1897-1900

MADRID, 1897.—Hijos de M. G. Hernández, impresores, Libertad, 16 duplicado.

PRÓLOGO



S. M. D. Alfonso XIII,
REY CONSTITUCIONAL

ta clavar sus victoriosas banderas en las torres de los castillos, en las cúpulas de los templos, en las almenas de las murallas, y hasta asegurar la unidad nacional, imponiendo en todas partes, y para siempre, sus leyes justas y enérgicas y su idioma sonoro y rico.

Y á rodar voy yo, con idéntica tenacidad y la misma firmeza, por los ferrocarriles, las carreteras y los senderos de la Península, para contribuir en cuanto pueda al progreso de mi patria, cumpliendo el divino mandato que nos ordena ganar el pan con el sudor de nuestra frente, y dispuesto á agotar en la empresa los últimos destellos de una juventud jamás gozada y los pequeños ahorros reunidos á pulso en eternas noches de vigilia.

Solo voy, sin apoyo ni auxilio de ninguna clase, fiado en mis propios recursos y en mi orgullosa tes-

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

¡No! no se rían ustedes. Cristiano viejo soy, del antiguo reino de León por añadidura, y empiezo esta obra, en que me juego la salud y el porvenir, como mis abuelos empezaban las suyas: haciendo la señal de la Cruz, para que Dios me dé serenidad de juicio, vigor de cuerpo y fortaleza de alma.

Rodaron los mesnaderos de mi tierra por vericuetos y cañadas, en defensa del lábaro santo, martilleando incessantemente contra las huestes invasoras, hasta

tarudez ingénita. Llevo conmigo, como onerosa impedimenta, una ignorancia que la escasez de tiempo me ha impedido vencer con el estudio; fáltanme casi en absoluto las bases del arte y de la ciencia; soy lego en política, geografía, historia, arquitectura y derecho; mis impresiones han de ser las de un profano en tan importantes materias, y habré de concretarme á relatar lo que vea, sin galas retóricas, sin arranques de erudición, sin brillantez de estilo.

Sírveme de utilísimo bagaje, en cambio, la for-



S. M. D.^a María Cristina Reniero,
REINA REGENTE

taleza adquirida en las privaciones, el ánimo templado en los días de la desgracia y el hábito del trabajo formado en incontables horas de brega.

La labor va á ser ruda; el empeño es difícil. Me expongo tal vez á perder la piel en el camino y á dejar sin pan á mis pequeños, pero todo es preferible á vivir estúpida-mente comiéndose los granos almacenados en un trájín de hormiga y á morir sin haber intentado siquiera ser útil á la patria.

Porque de la utilidad de la obra que voy á emprender estoy convencido. No habrá en ella conocimientos profundos, ni amenidad en el relato, pecará éste de insulso y monótono, faltarán en él muchos detalles importantes, se echará de menos un concienzudo estudio de los hombres y de las cosas; pero así, á la ligera, y aunque sea por mano inhábil, retratada quedará la España de nuestro tiempo.

Y cuando, pasados los siglos, los curiosos encuentren estos insignificantes apuntes en los puestos de libros viejos ó en los rincones de las guardias, surgirá ante sus ojos, palpitante y viva, la generación presente con sus tipos, sus trajes, sus costumbres, sus viviendas, sus monumentos, los campesinos labrando la tierra, los obreros trabajando en las fábricas, todas las manifestaciones de la vida intelectual y material, la industria, el comercio, las artes, los medios de locomoción y de transporte, los cantos populares, las tradiciones, las leyendas, las fiestas públicas, la intimidad de los hogares, la alegría y el dolor, las virtudes y los defectos.

Baste considerar que si en cada uno de los siglos pasados hubiese habido un aventurero de mi casta que se hubiese lanzado á empresa parecida utilizando los medios que estuvieran á su alcance, á estas horas vivirían con nosotros las generaciones anterior-

res y la historia no sería una lista de reyes y batallas.

Este grano de arena es, pues, el que yo quiero llevar al edificio de la cultura española, y para lograrlo pido á Dios salud y suerte.

Es decir, salud nada más. A la suerte yo me encargo de dominarla.



Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo,
JEFE DEL GOBIERNO

Cilla viene conmigo. Inteligente auxiliar, habilísimo en su arte, duro para el trabajo, prudente en el consejo y tan firme en la amistad, que no vacila en abandonar su familia y sus comodidades para seguirme en esta especie de locura.

Juntos empezamos á luchar por la existencia, juntos hemos capeado los temporales de la desgracia y juntos vamos ahora á correr por esos caminos, comiendo de lo que se encuentre y durmiendo poco y donde se pueda.

En cambio sí, como espero, el buen éxito corona nuestros esfuerzos y premia el incesante trájín de cuatro años, gozaremos íntima y profunda satisfacción al ver concluida nuestra obra que, por fútil y

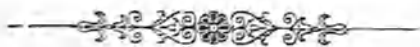
descabellada que resulte, ha de parecernos maravillosa y gigantesca.

Y allá, á la postre, cuando la materia disfrute bajo tierra del bien ganado reposo, los espíritus volarán á las alturas para decir:

—Señor, hemos trabajado de firme creyendo ser útiles á nuestros semejantes, hemos contribuído con todas nuestras fuerzas á que funcionaran máquinas y viviesen centenares de obreros como nosotros, hemos legado á nuestros hijos ejemplos de honradez intachable y de laboriosidad sin límites... hemos cargado, en fin, con nuestra cruz, y os hemos seguido. Tenemos el derecho de sentarnos á la diestra del Padre.

Sinesio Delgado.

Madrid 1.º de Enero de 1897.





ÁLAVA

I

Siete siglos, largos de talle, hace que edificaron la ciudad de Vitoria sobre la meseta que había ocupado anteriormente la aldea de Gazteiz, y limpia y joven, coqueta y acicalada se aparece á nuestros ojos, cargados de sueño, á las ocho de una hermosa mañana de Septiembre.

Brillan á los rayos del sol, débiles todavía, los cristales de sus innumerables miradores y galerías, y se destacan en el purísimo azul del cielo las elegantes torres de la catedral, San Miguel y San Vicente.

Con nuestras máquinas encima, fatigados por una noche de insomnio y de traqueteo del exprés, tomamos por la lindísima calle de la Estación adelante, en demanda del hotel Quintanilla, en el cual, para satisfacción del dueño y dolor de nuestros corazones, no hay habitaciones desocupadas.

—Comer, pueden ustedes comer aquí—nos dice una camarera, primer ejemplar del género femenino alavés con que tropezamos;—pero á dormir tienen ustedes que ir á la casa de enfrente.



VITORIA.—Arquillos y torre de San Miguel.

Y, en efecto, en la casa de enfrente nos recibe una buena señora, metida en carnes y en años, de aspecto servicial y complaciente, que se empeña desde el primer momento en saber si somos carlistas.

—Ni carlistas ni liberales, señora; periodistas nada más, sin mezcla de mal alguno.

—¡Ah! ¿Periodistas? ¡Mejor oficio es ése!

Y en cumplimiento de los deberes del oficio, que es mejor que el de carlista, según nuestra respetable patrona, relativamente limpio yo y lavado y cepilladísimo Cilla, nos echamos á la calle á visitar la población... y á comprar boinas.

Llegar á las Provincias Vascongadas y no ponerse boina es tan grave pecado como ir á Granada y no adquirir inmediatamente

una fotografía del patio de los Leones para poder darse tono. Entramos en un comercio cercano á la Plaza Nueva.

—Dos boinas.

—¿Cómo las quieren los señores? ¿De Tolosa ó catalanas?

¿Catalanas? ¡Pero los catalanes son el demonio! Su actividad incansable, su afán de extender el tráfico y su loable deseo de competencia les llevan hasta el punto de fabricar boinas para venderlas en Álava y les llevarán á cultivar espárragos para comerciar con ellos en el propio Aranjuez...

—No, señora, no; de Tolosa, pero legítimas de Tolosa. ¡Son para recuerdo!



Guardia municipal.

II

Vitoria, clasificada como capital de provincia de tercer orden, lo será efectivamente, puesto que la sabiduría oficial así lo ha decidido, pero ocupa uno de los primeros lugares en punto á limpieza y arreglo interior.

Se divide la ciudad en dos partes: una vieja, edificada, como llevo dicho, allá por el mil ciento y tantos, en el montículo que, como llevo dicho también, ocupaba la antigua Gazteiz, y otra nueva que empieza en los Arquillos y data de fines del siglo pasado. Ambas partes, que difieren, como es natural, en disposición y construcciones, compiten en pulcritud y aseo, hasta el punto de que la ciudad entera parece conservada bajo un fanal.

Los servicios municipales, de que cuidan unos elegantísimos guardias con frac y sombrero apuntado, no se descuidan jamás poco ni mucho, y los bandos y reglamentos á ellos referentes no están, como otros reglamentos y bandos, escritos en el papel para que los vecinos se burlien de ellos impunemente.

Llevan los citados guardias por todo armamento un bastoncillo endeble, símbolo de la autoridad

paternal que representan y que no necesita, para hacerse obedecer y respetar, ni plomo ni hierro.

Así el ornato público es inmejorable; las calles perfectamente afirmadas, con acera de asfalto en la parte nueva; las casas, de tres pisos en su mayoría, tienen casi todas bonitos miradores en las fachadas principales y amplias galerías de cristales en las accesorias.

De los Arquillos para allá son las vías estrechas y desiguales, paralelas de lo alto del montículo á lo bajo y unidas entre sí por callejas y bajadas con rampas ó escaleras, y de los Arquillos hacia el Sur las calles son rectas y anchas. Se levantan en esta parte: la Plaza Nueva, verdaderamente monumental; la calle de la Estación, honra y orgullo de los vitorianos; el teatro, los cuarteles, la cárcel celular, primera de esta clase que hubo en España; el espacioso y limpio mercado de ganados, donde se pueden comer sopas, como vulgarmente se dice; el palacio de la provincia, el de la ciudad (que así se llaman con buen acuerdo los edificios de la diputación provincial y del ayuntamiento respectivamente), cafés, fondas, fábricas, etc., etc.

Hacia la vía férrea están los paseos de la Florida y del Prado, que no pueden ser más bonitos y pintorescos. Hay árboles enormes, jardines lindísimos y praderas que invitan á sestear en buena compañía... ¡Ay! ¡Dios nos la diera!

El paso del tren por estos verjeles es, para mí al menos, un espectáculo precioso...

Y antes que se me olvide:

En la iglesia de San Miguel, donde está la capilla de la *Virgen blanca*, patrona de Vitoria, y cuya imagen figura también en una hornacina de la fachada, como pueden ustedes comprobar, si se les antoja, en la fotografía correspondiente; en esta iglesia, digo, y en la parte exterior del ábside puede verse el sitio en que se guardaba el *machete*, que hoy se conserva como oro en paño en la casa de la ciudad.



VITORIA.—Mercado de bueyes.

—Si así no lo hicierais, Dios os lo demande y os sea cortada la cabeza con el alfanje de hierro y acero agudo tal y de la forma del machete sobre que habéis puesto vuestra mano derecha.»

Como se ve, esto del hierro y acero agudo, sobre todo en la parte *dispositiva*, es cosa que hace grandísima falta en muchos municipios altos y bajos de la Nación.

Porque no basta, por desgracia, que á los concejales de mala índole les pida Dios cuentas de sus faltas, sino que sería conveniente además un instrumento cortante cualquiera destinado á castigar el incumplimiento del mandato.

El caso es que en Vitoria, como en el resto de Álava y en las otras Provincias Vascongadas, no sé si por miedo al machete ó por buena condición ingénita de los representantes del pueblo, la administración es modelo de orden y de honradez y... ya se conoce.

III

Á la vuelta del paseo de la Florida hemos visitado detenidamente la fábrica de molduras y espejos «La Exportadora», presenciando «La Exportadora», presenciando las curiosísimas operaciones, de las cuales confieso no haber tenido la menor idea en todos los días de mi vida.



VITORIA.—Fábrica de molduras y espejos «La Exportadora.»

Sobre este machete juraban hasta 1840 los síndicos vitorianos defender los derechos y fueros de la ciudad delante del vecindario entero.

La fórmula del juramento era ésta:

—«Juráis á Dios Nuestro Señor y Santa María su Madre y por las palabras de los Evangelios y por el machete vitoriano, donde habéis puesto la mano derecha, y como Procurador general defender bien y fielmente todos los derechos, franquicias, exenciones y libertades que esta ciudad tiene?»

—Sí juro.



VITORIA.—Calle de la Estación.

Voy á ver si puedo explicarlas á ustedes breve y claramente, sin palabras técnicas que nos embrollarian á todos.

Una poderosa máquina de aserrar, movida por el vapor, como todas las demás de la fábrica, que corta y divide rápidamente las maderas más duras como si fueran de requesón de Miraflores, dispone y prepara los listones, que entran en seguida, uno tras otro y cientos cada hora, en los agujeros de las cepilladoras mecánicas, las cuales los devuelven á los niños encargados de recogerlos limpios, pulimentados y labrados en diferentes formas.



Entretanto y en otros departamentos se prepara la masa que ha de revestir las molduras, la cual masa, extendida hábilmente y con la velocidad del rayo sobre los listones, así dispuestos, pasa unida á ellos por debajo de una rueda de hierro en cuyos bordes está grabado el dibujo. Con la presión de esta rueda queda unida *per secula seculorum* la masa á la madera, formando un todo compacto y duro de consistencia casi pétreo. Como en la fábrica hay infinidad de ruedas, el muestrario de dibujos de la casa es variadísimo.



Vitoria.—Muebles de nogal, como ruidan en el taller del Sr. Ibargoitia.

Y no queda más que hacer que dorar, platear ó barnizar la superficie para lanzar al mercado de toda España esos marcos de baratura inconcebible que parecen trabajados por diestros buriles á fuerza de paciencia y de puños...

No sé si me habrán entendido ustedes. Creo que no, porque estas descripciones de labores y aparatos, difíciles de suyo, lo son más para mí, que nunca me he visto metido en semejantes trote.

¡Y Dios sabe los apuros que me esperan para dar cuenta, como es mi obligación y deseo, de los diferentes trabajos de la industria española, que pudiera y debiera estar floreciente, dadas la inteligencia y actividad propias de nuestros obreros, y no lo está por la indiferencia legendaria de los gobernantes!

Como la visita á los talleres de molduras ha sido detenida, llegó la hora del descanso de los trabajadores y no me fué posible ver el preparado y lavado de lunas. Hube de conten-



VITORIA.—Paseo de las casas de casas.

tarme con admirar los productos del día: una colección numerosa de espejos de todos tamaños, lisos y biselados, en que sabe Dios cuántas mujeres hermosas... y feas se mirarán las caras.

Para complemento de estas ligeras noticias pueden ustedes ver la fotografía de un grupo de operarios con sus trajes de faena, que he creído conveniente reproducir porque ella mejor que yo dará á ustedes idea de los tipos é indumentaria de los obreros alayeses.

Justa fama han tenido siempre los trabajos en madera de los artistas vitorianos, y como prueba de que la época actual no le va en zaga á las anteriores quedan los magníficos almacenes de muebles de la calle de la Estación y los talleres del escultor ebanista Sr. Ibargoitia, de que salen verdaderos primores. Cofres, camas, armarios, sillones tallados delicadamente y con exquisito gusto conservan á gran altura la honrosa tradición de los antiguos artífices.

Al retirarnos, terminada nuestra labor del día, á la *sucursal* del hotel Quintanilla, nos recibe la encargada del piso con su bondad exagerada, y al vernos sacar de los bolsillos las recién compradas boinas, la alegría se pinta en su rostro y exclama sin poder contenerse:

—¡Ah! Ahora sí que parecen ustedes carlistas.

Y en vista de que permanecemos silenciosos prosigue, dando un suspiro:

—¡Buena falta basen!

¡Ah, picaruela! ¡Essas teníamos!



El pregonero.

. IV

Nos despierta el tambor del pregonero municipal.

Este modesto funcionario es el encargado, en nombre y representación del ayuntamiento, de participar diariamente á los vecinos cuantas noticias puedan interesarles.

Se planta en las bocacalles y en las plazuelas, redóbla un rato en el parche y luego grita, pongo por ejemplo:

— *Quien quisiere...* sardinas frescas... á cincuenta céntimos el kilo... Pescadería.

No puede negarse la utilidad del pregonero, puesto que gracias á él pueden enterarse los ciudadanos, sin salir de la cama, de los



Caserío de Arriaga.



ARRIAGA.—La trilla en el corral del señor cura.

Entre sus muchos monumentos descuellan el panteón de los condes de Alava, y el de la antiquísima familia de los Bengoas, á la cual pertenece, y mil años viva, el notable literato alavés D. Ricardo Becerro, catedrático que fué del Instituto de Palencia, publicista infatigable, distinguido arqueólogo, intencionado caricaturista á ratos perdidos y representante en Cortes del distrito de Vitoria muchas veces, formando siempre en las filas de la minoría republicana.

Medio kilómetro más allá, á la izquierda de esta misma carretera, está la fábrica de muebles torneados de los señores Quintana, edi-

precios que han de regir aquel día en el mercado, evitándose el dolor de dudar de la buena fe de la servidumbre.

En una de las últimas corridas salió nuestro hombre al redondel, en el intervalo de la lidia del tercero al cuarto toro, á anunciar un cambio de horas en el paso de los trenes, y como en la plaza no suelen respetarse las tradiciones venerandas, se ganó una silba de las que hacen época.

Después del desayuno, servido en unas cafeteras de forma monu-

ficio de modesto aspecto, que encierra, sin embargo, uno de los más acreditados talleres de la principal industria de Vitoria.

Hemos presenciado las operaciones del torneado y labrado de la madera, y los detalles de la construcción de sillas y camas, apreciadísimas en el resto de la Nación. Renuncio á describir unas y otras por las razones explicadas anteriormente al hablar de las molduras. Son cosas éstas más para vistas que para contadas. Dirán ustedes que para este viaje no necesitaban ustedes alforjas, pero la culpa no es mía, sino de la naturaleza, que me hizo absolutamente negado para la mecánica.



Secando el trigo.

mental, echamos por el camino de Arriaga, una carretera que para sí quisieran, cuantos pedalean por esos mundos con las pantorrillas al aire; tal está de cuidada y limpia de pedruscos y baches.

A la derecha de este ideal camino, á poca distancia de la población, se encuentra el cementerio de Vitoria, frondoso y alegre jardín cerrado por verjas y tapias de piedra sillería, en el cual no se usa ni se ha usado jamás el sistema de nichos, sino que los cadáveres duermen el sueño eterno, allí más dulce y tranquilo que en parte alguna, debajo de la tierra.

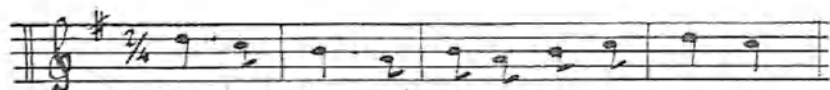
La aldea de Arriaga, que dió nombre á la célebre cofradía, y en cuyos campos se firmaban los pactos y se celebraban las Juntas en

que se echaron los cimientos del fuero consuetudinario alavés, es un caserío de lo más lindo y pintoresco que puede imaginarse. Á su imagen y semejanza están construídos todos los pueblos de la inmensa llanura, que son tantos que casi se tocan unos con otros, y se reducen á una ó dos docenas de casas rodeando una iglesia. En los pisos bajos de estas casas están las paneras, establos y depósitos de paja,

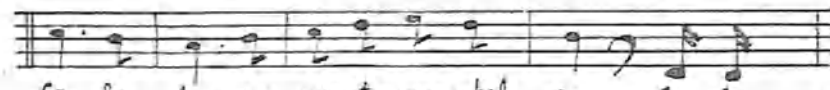
V



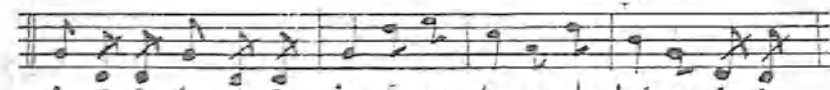
VITORIA.—Estadua de Morosca.



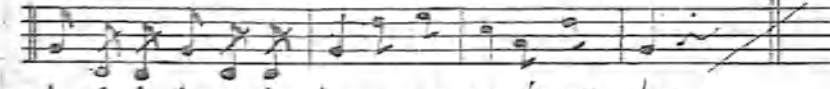
Ce le don ha he cho una ca sa nue va



Ce le don con ven ta na y bal con. Ce le



don, le le don, le le don le gus ta mu cho el vi no, Ce le



don, le le don, le le don es un gran bo rra chon.

Canción popular de la trinidad de Alava.

y en los altos las habitaciones de los dueños. Delante de las fachadas hacen los labriegos las operaciones de la trilla y de la bielda, de modo que un pueblecito de éstos, al mediodía, ofrece un espectáculo sumamente curioso.

Se ocupa en la labor toda la familia. Mientras uno de sus individuos, la moza de la casa generalmente, hace trotar sobre la mies extendida uno ó dos caballos, con objeto de que con las herraduras desgranen la espiga, las demás personas mayores arreglan y revuelven convenientemente la trilla, y los chiquillos guían la pareja de bueyes desde una carreta pequeña á la cual va amarrado el trillo.

Terminada la tarea de todos, grandes y chicos, echan mano á los bieldos y á las horcas y proceden á la separación del grano de la paja aprovechando el viento, como en el resto de la Península.

Cuando, como este año, las pertinaces lluvias de



Estudio del pintor vitoriano Sr. Díaz.

estio han castigado demasiado el trigo seco, con peligro de que germine, hay que secarlo y solearlo, tendiéndolo y esparciéndolo sobre lienzos ó mantas, aguardando con los brazos cruzados, y con la paciencia del justo, que el ardiente Febo se sirva remediar los desperfectos, si á bien lo tuviere, evaporando lentamente las partículas de agua absorbidas por cada grano.

Hecho esto, las hormigas humanas recogen lentamente el misero producto de sus afanes de todo el año y lo encierran en los destartados pajares y paneras que, como he dicho antes, forman el piso bajo de la vivienda.

Así, con la cosecha recogida, con algunos bueyes que se crían en las praderas cercanas, uno ó dos cerdos que se ceban cuidadosamente, las gallinas que picotean en libertad por los callejos y los

frutos de la huerta adosada á la modesta choza, viven tranquilos y felices los aldeanos de la provincia de Alava, ajenos á cuanto ocurre en el mundo, sanos y robustos de cuerpo, fuertes y limpios de espíritu, conservando siempre su carácter dulce, pacífico y hospitalario, que no está reñido con la bravura indómita de su país, baluarte de sus libertades y fueros y sostén de la independencia de la patria común cuando llega el caso...

Antes de dejar de hablar de Vitoria y sus cercanías debo hacer notar algunos detalles importantes.

Aquí no se habla vascuence. Creo que no lo sabe casi nadie, por añadidura.

La capital tiene alumbrado de gas y eléctrico, servido por la misma empresa, de modo que no hay otra competencia que la que quiere establecer el público.

El servicio telefónico ¡pásmense, si gustan, los abonados madrileños! cuesta cinco pesetas mensuales.

Y... no tengo más que decir por ahora.

VI

OR la carretera de Navarra, sombreada en su mayor extensión por frondosos árboles, dejando á la izquierda la Granja modelo, que es verdaderamente modelo en su clase, se llega al pueblecito de Argandoña, situado á ocho kilómetros de la capital, pasando por infinidad de aldehuelas y caseríos, entre ellos Elorriaga, donde años atrás vivía un cura tan inteligente en achaques de horticultura, que los más encumbrados personajes no desdafiaban visitar su huerta ni probar sus sabrosos frutos.

En Argandoña se deja el carricoche, si se ha hecho el viaje en carricoche, por supuesto, y se emprende la caminata monte arriba hasta dar en la cima donde se levanta la ermita de Estívariz, famosísima en toda la comarca.

Data su construcción del siglo XII, es de estilo románico y conserva casi intacta una fachada verdaderamente notable.

Venerábase en esta ermita una imagen de la Virgen, que fué trasladada á la inmediata aldea de Villafranca, donde se conserva esperando el momento, que acaso no llegará jamás, de ser trasladada á su altar primitivo, restaurado convenientemente.

En otros siglos se sacaba esta imagen en procesión hasta los campos de Arriaga, y presidía las Juntas que celebraba la cofradía y las asambleas populares.



ARGANDOÑA.—CARRICOCHES.



Miñón.

El panorama que se descubre desde la ermita es hermoso. Se extiende á la falda del montecillo la llanada de Álava, sembrada de aldeas de diez ó veinte casas á lo sumo, con su iglesia correspondiente, de manera que el conjunto semeja, á vista de pájaro, un verdadero bosque de campanarios y torrecillas.



Un patriarca alavés.

Queda al Poniente la ciudad de Vitoria, cuyas extensas galerías de cristales brillan esplendorosamente, y vense allá lejos, cerrando el horizonte por todas partes, los empinados montes coronados de fortines y castillos, recuerdos de ambas guerras civiles que aún subsisten latentes, y que estallan todavía de vez en cuando en las pacíficas luchas de los comicios, que en esta tierra se toman con un calor digno de mejor causa.

Al pie de la sierra de San Adrián, sobre la meseta de una de sus estribaciones, se alzan los restos del histórico castillo de Guevara, que tan importante papel ha desempeñado en las contiendas entre la libertad y el absolutismo.

Hacia el Norte se ven: el monte Arlabán, teatro de sangrientas batallas en 1874, y más allá el monte Gorbea, con sus blancas caperuzas de nieve. En la meseta de una colina se divisa, como un punto blanco, la ermita de San Víctor, que, según la tradición, tiene el don maravilloso de curar los dolores de cabeza á cuantos la visitan.

Por falta absoluta de tiempo hemos quedado ¡ay de nosotros! condenados á cuantas jaquecas quisiere enviarnos la Providencia.

En el alto picacho de la Peña Amboto, que desde la ermita de Estiváriz se ve como entre brumas, se aparece todos los años, en la Noche Buena, una dama de la cual se cuenta por estos campos una historia que no relato á ustedes por la sencilla razón de que no he podido enterarme de ella con la seguridad necesaria. Unos aldeanos dicen que la sombra es de la Virgen María, otros la creen alma en pena, algunos la relacionan con una leyenda caballeresca de Amboto originada hace muchos siglos; pero todo esto con unas confusiones y vaguedades que imposibilitan una relación concreta.

Sé que un escritor vascongado, D. Sotero Mantelli, publicó hace veinte años esta leyenda con el título de *La dama de Amboto*, pero no me ha sido posible encontrar el libro.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que no faltan todavía almas candorosas y puras que se pasan la Noche Buena al raso esperando la aparición misteriosa.

Muy cerca del río Avendaño, que no pasa de ser un murmurador arroyuelo, está la ermita de San Martín, ocupando parte del sitio

en que antiguamente estuvo edificado el pueblo que dió nombre al río.

De este pueblo se conserva memoria porque, viendo con malos ojos la creciente prosperidad de la



Ermita de San Martín.



Labradores de Estiváriz.

recién fundada Vitoria, la hostilizaba constantemente, hasta tal punto que, reunidos los hombres de armas de la villa, hicieron una salida para librarse de sus peligrosos vecinos, arrasaron la población y pasaron á cuchillo á todos sus habitantes.

En esta inmensa llanura, que se domina desde la ermita de Estiváriz, se dió en 1813 una batalla contra el ejército francés que protegía la retirada del rey José. Obtuvieron la victoria los aliados, rescatando gran parte del importantísimo convoy en que los invasores conducían á su país cuantas alhajas, cuadros y tesoros habían atrapado en su excursión por España.

Quedó en poder de los vencedores el coche del rey, que á uña de caballo huyó por Salvatierra.

Y éste es, según mis noticias, el hecho de armas más importante ocurrido en la provincia.

Adosado á la ermita existe un edificio, que indudablemente estuvo *in illo tempore* destinado á hospedería ó habitación de los encargados del culto, ó á ambas cosas á la vez, y que hoy está convertido en casa de labor donde vegeta una familia de cariñosos y amables campesinos, que no tienen más que trasponer los umbrales para cambiar el espectáculo de sus mugrientas y agrietadas paredes por el de aquel panorama delicioso y aquella maravilla arquitectónica.



Castillo de Guevara.

Cuando los visitamos se dedicaban con ahínco á la bielta, á la puerta de su casa, como los demás labradores del país.

—¡Hola, hola!—les dijimos.—Este trigo es mucho más blanco que el del resto del valle. ¿Es que no ha llovido en los alrededores de la ermita?

—¿No ha de llover, señor?—nos contestó una vieja que debía de ser el jefe de la familia.—A cántaros y todos los días casi, pero nosotros hemos tenido el cuidado de guardar la mies bajo techado en cuanto empezaba el chaparrón y volver á sacarla al aire cuando

se despejaba un poco el cielo. Y así está ello de hermoso, ¿verdad?

¡Improbable trabajo empleado con una constancia incomprendible durante un mes entero para asegurar la modesta manutención de cada día!



Queda una tradición curiosísima referente á la ermita de Estivariz.

Parece ser que siglos atrás todas las riñas y disgustos que surgían entre los vecinos de los pueblos de la comarca quedaban aplazados, de común acuerdo entre las partes contendientes, para dirimirse á estacazo limpio el día de San Juan en los alrededores del santuario.

Fundábase esta costumbre, cuya ley se obedecía con escrupulosidad hidalga, en que, presenciando la Virgen la lucha, no había de dar el triunfo á quien no tuviera razón, y nadie osaba pasar á vias de hecho, ni se dejaba arrebatar por el mal

humor hasta la fecha indicada.

De creer es que, calmada la excitación de los ánimos con la cataplasma del tiempo, serían perdonadas las injurias y no habría rencor que subsistiera con la fuerza necesaria para alzar el palo. Únicamente podrían ser temibles las cuestiones que se suscitaran el mismo día de San Juan ó á todo tirar la víspera.

¡Lástima que tan sabia costumbre no se haya propagado por el resto del mundo... y que todos los nacidos no tengan ese carácter alavés que permite tratar las ofensas con tal dignidad, sensatez y cordura!

VII

Por dos establecimientos balnearios hay que pasar para ir de Vitoria á Amurrio: Nancrares de



Alrededores de Vitoria.

la Oca y Zuazo. El primero ha desaparecido casi por completo por el malquerer de los bañistas, que empezaron á correr la voz de que no hacían provecho las aguas. En la vajilla de la casa se come el cocido en la fonda económica de Miranda, y por otros hoteles y casas de huéspedes de Vitoria andan esparcidos los muebles procedentes de la liquidación. El segundo, situado en la línea férrea de Castejón á Bilbao, al pie de una colina, tiene regular concurrencia de veraneantes.

Cuando el tren, después de subir la áspera pendiente de Izarra,



VITORIA.—Arco de San Vicente.

da una rápida vuelta y entra en las elevadas cimas que dominan el valle de Ayala, quedase el ánimo suspenso ante aquella prodigiosa maravilla de la naturaleza.

El cuadro es de una grandeza que espanta.

Vense allá abajo barrancos y colinas sombreados por espesas arboledas, pueblecillos rodeados de maizales, huertas y trigos y... ni un palmo de terreno sin labrar, todo aprovechado por el hombre y fertilizado por el trabajo.

Se desciende por una serie infinita de túneles y curvas, bordeando una montaña tras otra, entrando en Vizcaya por el alegre valle de Orduña, y llegando por fin á Amurrio...

Donde dejamos el tren á la una de la tarde, con un calor sofocante y una atmósfera caliginosa.

Nadie más se apeó, lo que prueba la necesidad de los seres humanos, como se demostrará luego. Los empleados de la estación despacharon el convoy, sonaron la campanilla y el pito, y un minuto después estábamos solos, completamente solos y perdidos en aquel encantador rinconcito de la pintoresca Alava.

Sudorosos, fatigados y jadeantes avanzamos por la revuelta carretera en busca de un techo protector, y ¡oh suerte! á unos cien metros de la estación, en un recodo del camino, dimos con una casa grande de piedra, sobre cuya puerta había un cartelillo que decía: «Fonda».

No lo era precisamente, pero no puede darse nada más característico. En el zaguán se abren las puertas de la cocina, de una especie de comedor con dos mesas semirústicas y la de la escalerilla que conduce al otro piso. A la derecha, sin puerta alguna de comunicación, está la cuadra, y en el fondo hay un portón grande por donde se descubre un corral con tenada.

Subimos por la escalerilla y fuimos á parar á un amplio pasillo, al cual dan las puertas de algunos cuartos que no parecen destinados á huéspedes, sino



El patrón de Amurrio.



Amurrio.—Casa de labor.



Los comensales de Amurrio.

habitaciones particulares de una casa de labor, que es, en resumen, á lo que llama pomposamente *fonda* el dueño, un mozo coloradote y campechano que es la franqueza y la amabilidad personificadas...

Según mi discreto compañero de viaje, que no se entusiasma fácilmente por más señas, no hay en el mundo un pueblo más bonito que Amurrio.

Le forma un numeroso caserío diseminado por un trozo del valle que parece propiamente un rincón del paraíso. Los caminos, las sendas, las calles, las casas solariegas (que hay muchas), hasta las chozas de los aldeanos repartidas por semejante verjel, todo está acicalado, compuesto y limpio como los chorros del oro.

El arbolado es por todas partes abundante y espeso, y los maí-



Amurrio.—Casa de labor.

zales, prados y tierras de labor, cercados por tapias de piedra que parecen acabadas de levantar por pulquérrimos artífices, los montículos que surgen á cada paso, la campiña entera cuajada de flores con un fondo verde de diferentes tonos, la extensión inmensa del valle de una belleza incomparable y espléndida, las márgenes del río, cuyo caudal aumentan constantemente infinidad de fuentejillas de limpiísimas aguas, los callejos festoneados de zarzamoras, las hondonadas, los picachos, las graciosas, ondulaciones del terreno... todo contribuye á dar la razón á Cilla.



Aldeanos de Amurrio.

En cualquier punto á que se dirijan los ojos se encuentra un cuadro: Aquí unos muchachuelos guiando unos cuantos bueyes, allá una vieja empeñada en recoger una manada de gruñones lechoncillos, rubios como unas candelas, acullá una familia entera dedicada á la operación de la trilla en la puerta misma de su vieja y pintoresca choza.

VIII

Á dos leguas de Amurrio, sobre una empinada loma, está el célebre santuario de la Encina, perteneciente al pueblecito de Arceniega, con el magnífico sepulcro del obispo de Salamanca D. Cristóbal de la Cámara.

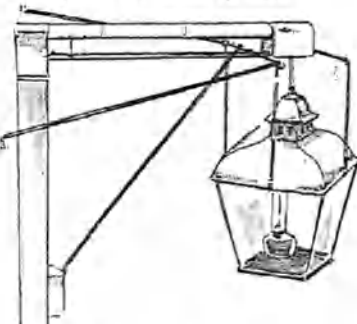
Más cerca está Barambio con sus famosas minas de plomo, y hacia Bilbao, sobre la línea férrea, el encantador caserío de Llodio, donde veranean algunas, aunque pocas, familias que lo entienden.

En esta agradable excursión nos ha sorprendido la lluvia... Esto de la lluvia, en el seno de las montañas, es un fenómeno que infunde una melancolía infinita, pero dulce y semisonolienta, que no apena el ánimo, sino que le recoge y reconcentra haciéndole saborear un deleite profundo, especialísimo, indescriptible. Caseríos, bosques, montañas, todo se ve cubierto por una gasa de tul, y al brillar el sol de repente y cuando menos se le espera, aparece la maravillosa decoración de la campiña entera cuajada de diamantes.

Pues ¿y el crepúsculo? No se concibe nada más poético que esa media sombra, vanguardia de la noche que avanza, velando aquel panorama delicioso.

—Cuando ustedes quieran pueden bajar al comedor.

Al oír esta frase mágica hemos descendido de nuestro camaranchón con la esperanza de que la comida había de ser típica, amena y... tal vez sustanciosa. No nos hemos equivocado en nada. Lo que la moza de la posada llamaba comedor, y con razón porque en él se comía efectivamente, es una habitación un tantico destartalada, con dos mesas colocadas formando ángulo y un par de bancos *corridos* para cada mesa.



Un farol de Salvatierra.

En una de ellas, de nogal, antiquísima, tallada primorosamente y resquebrajada por cien sitios, decoraban la pitanza un mocetón como un castillo y cuatro mujeres de distintas edades y cataduras. Eran, á la cuenta, obreros al servicio del amo de la *fonda* para la recogida de la mies. Una gran cazuela de garbanzos y coles y una respetable jarra de vino servían para todos. En aquella metían cucharada alternativamente; en ésta bebían un vinillo riojano, grueso y dulzón, cada vez que les venía en gana.

Junto á la otra mesa, con un enorme candelero de bronce por único adorno,

nos sentamos á embaular unas sopas de ajo que nos supieron á gloria de Dios, un par de docenas de sardinas recién traídas de la cercana costa, unas chuletas aderezadas con cierto gusto y unas peras cocidas para postre.

Después, fumando sendos cigarrillos en la ventana de nuestro dormitorio, oyendo entré las sombras las carretas de bueyes que tornaban de las labores, y de vez en cuando el rasgueo de la guitarra en uno de los caseríos, vimos caer la noche, una noche tupida y negra, sobre uno de los más lindos pedazos de tierra de la Península.

IX

Salvatierra, una de las villas más importantes de la provincia, tiene estación de ferrocarril en la línea de Madrid á Irún, veinticuatro kilómetros al Norte de Vitoria.

Construída, como la capital, en un montículo que domina la llanura, sembrada de campanarios coquetones y aldehuelas menudas, se alza majestuosa con su ancianidad venerable, cubierta con la patina de los siglos y muda, solitaria y triste como si la abrumaran los años y el abandono.

Como tener no tiene más que una calle, la Mayor, que remata por ambos extremos en dos iglesias góticas, San Juan y Santa María. Enfrente de la primera, en una plazoleta con soportales de distintas clases y épocas que se caen de viejos, encontramos nuestro alojamiento en una especie de casino, cuyo piso bajo huele á establo de un modo insoportable, para hacer mayor el contraste con el principal, limpio y ordenado como una casita burguesa.

Antiguamente sólo tenía la villa tres calles, contando con la Mayor, ya citada, encerradas en un cinturón de murallas. Derruídas éstas al concluir la primera guerra civil, se extendió algo más, pero no mucho; de modo que la población puede recorrerse y conocerse palmo á palmo en menos de una hora.

Durante la última guerra tuvieron graves disgustos los vecinos, porque como el pueblo, visto desde lejos, tiene un aspecto de grandeza señorial que engaña, se les echaban encima á lo mejor, pidiendo viveres y alojamiento, ocho ó diez mil hombres, que luego no encontraban qué comer ni dónde meterse en el reducido espacio que realmente ocupa.

Y nada más tengo que contar de Salvatierra, si no es la aventura entomológica siguiente:

Vamos hacia la estación. La noche está oscura de veras, y no se ve gota ni se oye nada absolutamente. En este preciso momento histórico descubrimos entre el follaje dos luciérnagas, cosa que Cilla no había visto en su accidentada vida y que le han producido tal

asombro que se ha pasado contemplándolas, casi en éxtasis, los cuarenta minutos que el tren mixto traía de retraso, por no perder la costumbre.

Es decir, que si antes de ahora no hubiera habido naturalistas en el mundo, no por eso los gusanos de luz hubieran pasado inadvertidos, porque Cilla los hubiera descubierto y estudiado detenidamente esta noche...

X

Al Sr. D. Ángel Rodríguez Chaves, redactor de *El Imparcial*, director de *El Enano* y colaborador asiduo de todas las publicaciones periódicas habidas y por haber.

En Madrid.

Nuestro muy querido amigo y casi venerable maestro: Mucho hemos echado de menos á vuesamerced en este nuestro viaje á Laguardia.



QUINTANILLA.—Fábrica de máquinas, terminadas, de Quintanilla.



SALVATIERRA.—Familia de labradores.

dia, porque tenemos la seguridad de que nos hubiera sido vuesamerced muy útil, dados su desmedida afición á todo lo que huele á siglos pasados y sus profundos conocimientos en cuanto á las edades muertas se refiere.

Figúrese vuesamerced que por una carretera estrecha, y más que estrecha sinuosa, y más que sinuosa polvorienta, se llega á esta antiquísima plaza fuerte (pasando por *Eciego*, curioso pueblecillo donde tiene sus afamadas bodegas el marqués de Riscal), y que á la entrada de la población esperan la llegada del carricoche donde viaja vuesamerced más de cien personas, mujeres y niños en su mayoría, que no tienen otra diversión ni conocen otra novedad que la de enterarse de la gente que viene de Cenicero.

Con este acompañamiento, chariatán y bullicioso, que sigue á la minúscula diligencia por la empinadísima cuesta que conduce á las puertas de Laguardia, llega vuesamerced al fieltro, donde se apean los que han tenido la humorada ó la obligación de arribar á estos andurriales, y se encuentra vuesamerced solo, frente á la mole gris de los macizos muros, dominando el llano de la Rioja alavesa, oscurecido por las primeras sombras de la noche, y con la gigantesca sierra de Toloño á la derecha, cerrando el cuadro. Es de advertir que si hubiera hecho vuesamerced el viaje con nosotros, como se lo pedí á Dios en tiempo oportuno en mis cortísimas oraciones, habría venido con un anciano sacerdote, simpático y campechanote como él solo, y que mereció de los generales Moriones y Loma el dictado de valiente, porque en uno de los episodios de la última guerra civil se portó como tal. Baste decir á vuesamerced que, según cuentan las crónicas, dueños los carlistas de la casa en que el señor cura vivía, y en posesión el ejército de un cuartel cercano, dirigía los ataques de la tropa contra su propia casa, animando y felicitando á los soldados cada vez que abrían un boquete en la pared ó le echaban al suelo un trozo de tejado.

Laguardia, cuya fundación se remonta á los tiempos de Sancho Abarca, como vuesamerced sabe, patria del insigne fabulista Sanniego, como vuesamerced no ignora, edificada en medio de una llanura vastísima plantada de viñedos, parece la momia de un guerrero feudal armada de punta en blanco, y conservada allí, en la risueña campiña, como recuerdo eterno de pasadas glorias.

Y ha de saber vuesamerced que yo, sin ser tan propenso como vuesamerced al entusiasmo y admiración por estas cosas, he sentido cierto inexplicable sobrecogimiento viendo á la difusa luz del



CRUZ DE LA DOLOROSA en el campo de Salvatierra.





Comensales de Laguardia.

raban á vuesa merced en tan melancólicos y artísticos lugares!

Siento no tener condiciones para describirlos como vuesa merced quisiera, y quedamos á las órdenes de vuesa merced en Laguardia á 7 de Septiembre de 1896 (víspera de la Virgen).

XI

Al mismo señor, en el mismo punto y con igual fecha:

Con permiso de usaré (cambio el tratamiento para que no se haga pesado y monótono el discurso), voy á concretarme de ahora en adelante á copiar mis apuntes, mondos y lirondos, sin galas ni añadidos, hechos á matacaballo y de cualquier manera, entre otras razones porque lo que me queda que contar se presta á la ampulosidad, de que Dios me libre hasta en la hora de la muerte.

De ese modo, si pierde algo la retórica, que poco tiene que perder, tal la hemos puesto, como usaré sabe, los periodistas y autorcitos dramáticos de la menguada década presente, algo ganará la relación en espontaneidad y frescura, y hasta puede que se forme usaré más clara idea de los sucesos que si empiezo á ordenar y pulir, operaciones ambas para las que no he venido á este pizaro mundo.

Dispense usaré, pues, si la plática resulta demasiado personal é íntima, prescinda usaré de este grave defecto, y algo encontrará en el fondo, aunque poco desgraciadamente, referente á tipos, caracteres y costumbres, que es á lo que vamos.

Verá usaré lo que encuentro en los susodichos apuntes, trasladado al pie de la letra:

Nos alojamos en un caserón enorme, de piedra gris, situado fuera de muros junto á la carretera. Este parador, venta ó posada, de una ancianidad venerable, respira, sin embargo, limpieza y aseo por *doguier*, como la mayoría de las habitaciones alavesas.

Salimos á recorrer la población, y á poco de entrar por la puerta de San Juan, defendida por los restos del castillo del mismo nombre, empieza á descargar un aguacero imponente.

Huyendo de él, venimos á guarecernos en lo que aquí llaman Plaza Mayor, que es una calle corta y estrecha (callejón en el resto del mundo), donde está la casa ayuntamiento, con soportales con arcos de piedra. Enfrente de estos soportales se ve, sobre una puertecita, un letrero que dice: «Café y billar».

Se entra á este café por una tienda de telas y ultramarinos, y se sube por una estrecha escalerilla que más parece conducir á salón de logia masónica que á café público. Como hay una oscuridad agradable y la casa representa tener tres pisos, se pierde uno en aquellas sombras. Gracias á que oímos pasos detrás de nosotros, volvemos la cabeza y nos encontramos con una muchacha que nos sigue.

Guiados por ella entramos á la salita que hace de café y nos acomodamos á ver llover junto á una ventana. La chica, á quien pedimos cerveza, transmite la orden á

una criada y se sienta familiarmente á nuestra lado... Es guapa, ó á nosotros nos lo pareceal menos, á causa de la carencia absoluta del sexo contrario, y fresca como unas rosas frescas. La conversación gira lánguidamente sobre las costumbres del pueblo, sobre la manera de caer la lluvia y... para mí lo que ella quiere es saber lo que somos y á lo que venimos.

Pedimos una botella más, vuelve á dar la orden y vuelve á sentarse...

En esto se asoma al balcón de enfrente una viejecita á llamar á una niña que se está mojando en la calle.

—Ésa es la madre de los cómicos—nos dice la muchacha del carretero.

—¿Cómo! ¿Hay cómicos aquí y también tienen madre?

—Sí, señor; es una familia compuesta del padre, la madre, dos hijas y dos hijos. Hace dos meses que están aquí y dan funciones los jueves y domingos.

—¿Dónde?

—En una sala de un cuartel abandonado, junto á la muralla.

—¿Y les va bien?

—Se conoce que sí, porque han alquilado esa casa de enfrente... Mañana hacen la función de despedida, por ahora. Dicen que además de la comida puede que hayan sacado dos mil reales libres.

—¡Hola! ¿Han gustado mucho?

—Mucho, sí, señor. Nosotros no sabemos si trabajan bien ó mal, porque no entendemos de eso; ¡como no hemos visto nada! pero les quieren mucho bien en el pueblo, porque aunque son cómicos, son muy decentes. No han dado ni tanto así que decir.

—¿Y cómo se arreglan para trabajar ellos solos?

—Cuando les hace falta gente llaman á los chicos aficionados del pueblo, la madre despacha los billetes, ellos echan las funciones y se van arreglando.

Prometemos asistir á la función de despedida, pagamos lo que nos pide la chica guapa por las tres botellas consumidas, que es una peseta, lo que prueba que aquí cada botella de cerveza cuesta treinta y tres céntimos y tres milésimas, cosa que no es creíble... y nos vamos á casa.

Comemos, acompañándonos á la mesa el posadero (que es el que además hace el servicio de coches á la estación de Cenicero), unos cuantos obreros y un viajante catalán que en el ejercicio de su profesión ha venido por estas latitudes, ¡tal vez con muestras de vino riojano más barato que el legítimo!

Se come admirablemente y se bebe... ¡ah! se bebe sin sentir, porque este vino de Laguardia, que se vende á dos pesetas la arro-



Servicio de mesa.



Laguardia.—Puerta de San Juan.



El Ciego.—Una botella.

ba, es cosa superior y péfida como la onda. Así es que cada comensal se embaula dos ó tres cuartillos en un abrir y cerrar de ojos.

Cilla hace algunos remilgos al llegar á los postres, y el que anda con el jarro de un lado para otro llenando los vasos le dice con alegre franqueza:

—¡Anda, chicó! ¡Pos usted bien ha chupao!

Esta agradable prueba de confianza no ha podido chocarnos, porque esta tarde la criadita del parador le dijo al ama señalándole:

—Este señorito no hace más que rirse. ¿Será de nosotras?

Y contestó la otra:

—¡Chicá! ¿Y qué? ¡Con rirnos nosotras de él, estamos despachadas!

Así es la gente de esta bendita tierra.

Después de comer llega el guía que hemos enviado á buscar para que nos proporcione caballerías con objeto de ir mañana á Bernedo.

Entra mi hombre en la habitación con la boina en la mano.

—Bueno—le digo,—ya sabe usted de lo que se trata, ¿eh?

—Á mí no me han dicho nada, señor.

—Pues le llamamos á usted porque queremos ir á Bernedo mañana.

—Bien, señor.

—Y necesitamos caballerías.

—Bueno, señor.

—¿Usted puede traerlas?

—Yo no tengo más que un *ganao*, pero buscaré otro.

—¿Usted conocerá bien el camino?

—Estuve allá cuando se acabó la guerra, hace veinte años, á llevar á un cura que por cierto se apó sin avisarme en un recodo del camino y me perdió la capa.

—¿Y nos costará mucho el viaje?

—¡Qué, señor! Ya veremos. Pero mucho, mucho no puede ser. Un ganao cuesta diez reales, y luego pa mí... pues usted verá, señor. El cura que me perdió la capa me dió cuatro pesetas por todo.

—Bien, entonces saldremos á las ocho de la mañana, si á usted le parece.

—Á mí no me parece nada. Cuando quiera, señor.

—¿Cuánto se tardará en llegar á Bernedo?

Pausa larga, muy larga.

—Pues... tres horas... ó cuatro. ¡No! pue que se tarden más de cuatro horas, señor.

—Saldremos á las siete y media. Es mejor. Conque hasta mañana.

Y el hombre saluda y se va sonriendo socarronamente.

Pues, *señor*, todo el mundo hace lo mismo. En Vitoria, en Miranda, en Laguardia no hay quien no nos mire y se ría con una especie de lástima al enterarse de que pretendemos ir á Bernedo.



Una carga de trigo.

sujeto por una cincha y un [cabezón] con una cuerda. ¡No, no se debe de ir allí muy seguro!

Enquanto se deja la carretera, que es á los pocos pasos, empieza á desarrollarse un camino infernal, especie de prólogo de lo que ha de venir luego, para que uno no se llame á engaño. La marcha se hace por un llano relativo por el espacio de un kilómetro; en seguida empiezan las cuestas, las quebrantas, los atolladeros. El camino no es camino, es una hilera de guijarros enormes, de rocas estratificadas y resbaladizas, en forma de escalera, que dificultan extraordinariamente el avance, que hay que hacer con precaución.

De este modo se llega á El Villar, un lugarejo de piedra negra, donde excitamos poderosamente la atención pública.

De El Villar á Cripán continúan las dificultades; la senda es cada vez más pedregosa, y á la salida de Cripán empieza á hacerse inaccesible casi.

Se borran todas las [huellas de] camino. Parece que por allí no ha pasado nadie nunca.

La pendiente de la montaña es de tal manera que parece cortada á pico. Se avanza por los guijarros, por las malezas, entre peñascos muy respetables por un sendero de cabras en



Albana de Guipán.

¿Qué tendrá Bernedo?

—¿Mañana saldremos de dudas usarcé y nosotros, si el Altísimo lo permite!

XII

Á las siete y media en punto está nuestro hombre con los dos *ganaos* á la puerta de la posada.

Los caballejos son de poca alzada, y el aparejo consiste en un albardón tremendo



LAGUARDIA.—Iglesia de San Juan.

que, no viéndolo, no se puede creer que anden los caballos. Es peligroso mirar hacia el valle, porque acomete el vértigo y asalta la idea de que un resbalón del ganado dé al traste con las doradas ilusiones... y con el cráneo en que se albergan. Abajo los barrancos son profundísimos, negros, terribles, y se los bordea por una senda de un palmo de anchura en muchos trechos, llena de pedruzcos enormes donde los jacos, hechos á estas caminatas, hacen pie por verdadero milagro.

No hay que decir que nos apeamos prudentemente, y subimos, gateando á ratos, durante dos horas mortales. Pero ¡qué panorama tan encantador! ¡Y qué excursión tan llena de peripecias y de incidentes!

Fatigosa y penosísima es la subida, pero todo puede perdonarse por la grandeza y casi sublimidad del cuadro que se presenta ante los ojos al llegar á la cumbre del picacho.

Esta cumbre no tiene de extensión más de medio metro, de modo que, colocándose en el punto medio, no hay más que poner los brazos en cruz mirando hacia el lomo de la sierra, y bajo una mano queda todo el inmenso valle de Laguardia, desde esta villa hasta Logroño, y bajo la otra el pintoresco valle de Bernedo. Del lado de acá la Rioja alavesa, en que campean los viñedos, entre los cuales serpentea la plateada cinta del Ebro. Del lado de allá bosques de robles y encinas en toda la pendiente de un kilómetro, brusca y rápida hasta el punto de que no hay á simple vista desviación alguna en la línea de bajada, que parece vertical.

No se comprende que se pueda bajar por allí.

El descenso tampoco puede hacerse á caballo sin riesgo de que se le vaya á uno la cabeza y se estrelle en el fondo del valle, fondo al cual no se alcanza con la vista...

¡Qué delicioso es todo aquello! Pero... ¡por algo se reían los que se enteraban de nuestro propósito de visitar á Bernedo!

XIII

El cual Bernedo no se ve hasta que se está encima materialmente.

Es un pueblo cabeza del ayuntamiento de su nombre, de que forman parte, además, unhas cuantas aldeas del valle. El cultivo de



Subida al puerto de Bernedo.

la vid, única riqueza del otro lado de la sierra, es aquí casi desconocido. Las tierras de labor, tendidas en las laderas, con los términos perfectamente deslinados, hacen desde lo alto del puerto el efecto de un muestrario de pañuelos de distintos colores extendido sobre un mostrador gigantesco.

Bernedo es pequeño. Tiene apenas cuatro ó cinco docenas de casas, agrupadas en torno á una iglesia gótica bien conservada, y á la ermita de Santa Teresa, cercana al templo. Baña su término el río Ega, y quedan en pie todavía dos puertas de la antigua muralla.

Cuando llegamos, todos los habitantes están en misa, y nos cuesta trabajo dar con la casa de la Brigida, donde nos han dicho que podremos comer.

La Brigida está en misa con sus ocho retoños... y décimas. Yo aprovecho el tiempo en arreglar de mala manera, debajo de una cama y cubierto por la bufanda del guía, el primer desperfecto de la serie, que supongo yo que me espera, en la máquina fotográfica.

He rabiado hasta el punto de asustar á Cilla. Pero los aficionados al pesadísimo arte de Daguerre comprenderán mi desesperación haciéndose cuenta, como yo me la hacía, de que, verificado el arreglo en pésimas condiciones, probablemente se me velarían las placas y sería inútil el viaje. Y ¿quién es el guapo que repite...

Vuelve la Brigida, le pedimos que nos dé de comer lo que buanamente encuentre á mano, se



Bernedo.—Puerta de la Serie.

echa un abundante pienso á las jacas y salimos á recorrer el pueblo. Como ya ha concluido la misa, nos siguen todos los mozos y chiquillos del pueblo gritando:

—¡El retratista! ¡Ha venido el retratista!

Y no hay modo de que nos dejen en paz en toda la hora que ha durado la excursión. Eso sí, son muy buenas gentes que se prestan á todo y le ayudan á uno en lo que pueden; pero... ¡ay! Cilla está volado.

La Brigida nos pone un plato, un solo plato con huevos, en el cual tenemos que comer los tres como Dios quiere. A esto sigue una fuente de carne frita con tomate que devoramos materialmente, para postre unos *malacotones*, como dice el guía, y como extraordinario un plato de arroz con leche que parece otra cualquier cosa, pero que hay que agradecer muchísimo porque la Brigida, para obsequiarnos, ha privado del regalo á sus chicos, con el cual pensaban solemnizar el día de la Virgen.

Por la puerta asoman unas cabecitas que nos miran con ojos asombrados en los cuales relampaguea el odio... En vista de lo

cual, no hacemos más que probar el obsequio, para que la patrona no lo tome á desaire, y tranquilizamos á los pobres muchos, que sabe Dios cuántos meses habrían es-



Iglesia de Bernedo.





Así se trepa al castillo de Lurnedo.

tado esperando la golosina. Como la sed, á consecuencia del paso del puerto, es devoradora, nos ponemos de vino como el chiquillo del esquilador.

Terminada la comida, mientras el guía aparea las cabalgaduras, vamos á subir á ver las ruinas de un castillo feudal de once siglos ha, que es el principal objeto del viaje.

Este castillo está, mejor dicho estaba, situado en un montecillo que domina al pueblo, de acceso tan difícil que

Cilla prefiere quedarse en la falda á emocionarse artísticamente con las ruinas.

Yo subo gateando, porque no hay otra manera, agarrándome á los brezos y malezas para no rodar al barranco, y



Vezurro.—Capilla de Santa Teresa.

llego falto de respiración, jadeando de una manera horrible y á dos dedos de la asfixia.

Las decantadas ruinas se reducen á un paredón de dos metros de espesor y otros dos de altura... y aquí paz y después gloria. Lo mismo puede haber sido aquello un castillo



Para ver esto.

feudal construido hace diez siglos que no haber sido nada nunca.

Emprendemos la marcha de vuelta buscando otro paso del puerto.

Hacemos la subida á caballo, porque no tenemos fuerzas para andar. Y es de ver cómo los *ganaos*, agarrándose con las herraduras á los pedruscos, van trepando en una posición inverosímil por aquel sendero revuelto, inacabable.

En lo alto de la montaña volvemos á admirar los mismos panoramas de antes bajo otros puntos de vista, echamos pie á tierra y bajamos.

¿Por dónde? Ahora mismo no podré decirlo. La montaña cae á plomo sobre un barranco plantado de robledales, cuya profundidad no puede calcularse, y el descenso, es decir, la bajada *rodando* dura más de una hora.

Laguardia parece, desde la cúspide, estar al alcance de la

mano, pero á medida que se desciende se va alejando traidora y engañosamente. Se acaba de bordear una colina y empieza otra, se atraviesa un barranco y surgen otros dos... El cansancio, porque pensar en montar á caballo es tontería, nos produce una sed tan rabiosa, que nos lanzamos como perros á beber en todos los arroyuelos y fuentes del camino, que por cierto tienen un agua fresca y finísima.

Cilla protesta siempre de aquella manera de revolcarse en el cieno, y dice que preferiría un vaso de cristal de Bohemia... ¡pero bebe!

Por fin llegamos á Laguardia molidos y maltrechos.

La marcha ha durado once horas, sin más descanso que el de la comida, y nos hemos echado al colete ocho leguas por un terreno punto menos que inaccesible y casi siempre á pie.

No digo que volveré á Bernedo, ¡ay, eso no! pero sí que recordaré siempre este viaje con muchísimo gusto.

XIV

Cenamos anguilas y perdices, que á mí particularmente me han sabido á gloria, y todavía tenemos agallas para ir al teatro á presenciar la despedida de la *compañía* de que nos avisó la chica guapa del café.

La función se anuncia á las nueve, lo que prueba que no es verdad aquello de que en los pueblos se acuesta la gente temprano, porque en Laguardia se permite el lujo de ir al teatro media hora más tarde que en Madrid.

Los billetes se expenden en un estanco de la plaza, pero cuando

vamos á buscarlos ya no los tienen. Hay que ir al cuartel por ellos.

Echamos á andar por una serie de callejuelas intrincadas, tenebrosas, en las cuales la débil luz de los farolillos más que para alumbrar sirve para que salgan al paso fantasmas pavorosos, y gracias á la amabilidad de un mozo que allá va también damos con el templo cedido por Marte á Talía, en mal hora, como se verá luego.

Pasada una puerta se penetra en un patio inmenso ó plaza de armas, y allá en el fondo, muy en el fondo, se ve brillar la luz de una tea que indica el punto



SIERRA DE TOLONO.—En lo alto del puerto.



de entrada al asustado caminante.

En esta puerta, y rodeada de chiquillos, está una vieja con un farolillo en la mano, que es la que despacha los billetes. Esta viejecita, como ya creo haber dicho, es la esposa del jefe de la *troupe* y madre de la compañía entera.

Cruzando varios salones ó cuartos del cuartel, se llega á una muy *erecida*, como aquí dicen, en la cual se alza un modestísimo escenario y han colocado unos bancos demasiado primitivos y unas sillas en las primeras filas. Atrás han levantado una especie de tendido con escalerillas para la gente menuda.

Quando entramos eran las nueve y estábamos solos.

Á eso de las nueve y media empezó á *cuajarse* la localidad de treinta y cinco céntimos y dos reales (los bancos antedichos), pero á las sillas de preferencia (tres realitos cada una) no venía un alma, á pesar de estar vendidas todas, supongo que á la clase pu-

diante. Esperando á esta respetable clase, que sin duda ha oído las campanas del buen tono y no sabe dónde, por lo cual no comprende que es gana de fastidiar á los forasteros acudir á las diez y media á ver una función anunciada para las nueve, la tropa de atrás arma una algarabía ensordecedora hablando á gritos y metiendo todo el ruido que puede.

Al fin, á eso de las diez empiezan á llegar las personas finas, entre las cuales hay algunas muchachas bonitas de veras, y... ¿usaré cree que se sientan? ¡Ca, no señor! hacen tertulias, charlan, rien y nos queman la sangre.

Por último, cuando ya el sueño se va apoderando de nosotros, aparece como por arte de encantamiento una especie de orquesta de viejecitos con boinas que sacan un banco por la cortina que da acceso al escenario y rompen á tocar una polka en las bandurrias y guitarras.

Entretanto, como en la obra trabajan varios jóvenes del pueblo, éstos andan por el salón, pintarrajeados y con escopetas y botas de montar, bromeando con sus familias.

No quiero hablar de la que forma la compañía estable.

Representó *El corazón de un bandido* con el único y decidido propósito de demostrar... que en su vida

las había visto más gordas. ¡Con decir que actrices y actores no sabían hablar si no tenían un pañolito apretado entre los dedos, y que los hombres, cada dos ó tres versos, habían de dar una fuerte



patada en los tablones para soltar y marcar un ripio de los muchos que adornan aquella joya clásica, está dicho todo!

Uno de los personajes, el bandido traidor por más señas, salió

con bigote en la primera escena y en la tercera ya tenía unas hermosas patillas de boca de *jacha*.

¡Dios se las conserve! ¡Y á nosotros nos premie por haber hecho la excursión á Bernedo y haber visto aquel *Corazón de un bandido* para postre!

XV

No he cesado de pensar, sin saber por qué, en el peatón que lleva el correo diariamente de Bernedo á Laguardia y viceversa. ¿Puede darse una vida más apereada que la de ese hombre, condenado á pasar el puerto dos veces al día, con la valija

acuestas, por aquellos desfiladeros, y con un camino semejante? Así, en el invierno, cuando la nieve cubre las sendas y hay peligro de morir sepultado en un barranco ó de perderse en la maleza para *in aeternum*, el martirio de aquel infeliz debe ser espantoso.

Cuentan que algunas veces han tenido que acompañarle ocho ó diez hombres con los instrumentos necesarios para abrirse paso, porque cuando, después de nevar en abundancia, corre el viento fuerte hay posibilidad de que un remolino entierre á un hombre en dos minutos. ¡Y sería una lástima que por un accidente de esos se perdiera el *Boletín Oficial* destinado al alcalde de Bernedo, que es lo único que conduce el peatón generalmente!

Tenemos hoy un compañero de posada que nos ha llamado la atención desde el primer momento. Pronto hemos salido de dudas, porque á eso de las diez han empezado á venir mujeres con balanzas y pesas, que se han dirigido á mí preguntando:

—¿Es usted el contratista?

De modo que el misterioso personaje es el fiel contraste de la provincia, que anda recorriendo los pueblos velando por la moralidad comercial.

Lo que hay es que como no trata de sorprender á nadie, pues avisa á los tenderos para que traigan á la posada sus peñas y medidas, pueden éstos presentar



Una Anticuada de Laguardia.



J. Ant. Arria. — Kiosco del paseo.



LAGUARDIA.—Detalles de la muralla.

las buenas que á prevención tendrán guardadas y quedarse con las que adolezcan ¡ay! de alguna ligera faltilla. ¡Digo yo!

Nosotros, después de comer, hemos ido á tomar café al establecimiento de la chica guapa, pero hoy le ha tocado acompañarnos á su señor padre, un riojano francote y robusto, que ha trasladado su taza á nuestra mesa para charlar un rato. Se conoce que es aquí costumbre servir á los parroquianos lo que pidan, y además conversación amena.

Al caer la tarde hemos presenciado un partido de pelota á mano en un frontón de piedra adosado á la muralla, preparado con sus galerías de bancos, como si fuera de verdad.

Los mozos jugaban bien, y en los corrillos que presenciaban el partido se cuchicheaba con calor, siendo, al parecer, el objeto de todas las conversaciones un muchachote bien plantado, macizo de carnes, que accionaba vivamente en medio del grupo más numeroso señalando á la cancha y marcando en el aire voleas y reverses.

—¿Qué es eso? ¿Que pasa?—le preguntamos al espectador más cercano.

—Nada, señor; que ese que habla fuerte es de Bilbao, y vino antiayer con un compañero á armar aquí un partido... Los dos juegan mucho bien, pero ganaron los de Laguardia, y ahora los bilbainos dicen que les deben dar



Un arriero de Laguardia.

el desquite, y los otros que no, y así estamos hace dos días.

—¡Claro! y entre los mozos del pueblo no se hablará de otra cosa.

—No se habla, no señor.

¡Oh, dichoso país en que la atención pública se reconcentra en un partido de pelota, que absorbe todo el interés durante semanas enteras, y se discuten, pesan y examinan las razones de una y otra parte sin acaloramientos ni disgustos!



LAGUARDIA.—Fuente junto á la muralla.

Y para terminar la excursión á Laguardia hemos dado una vuelta completa á la población en torno á la muralla. Como ya hemos estado aquí dos días y todo el mundo se ha enterado de nuestra estancia, la cual habrá dado lugar á sabe Dios cuántos cálculos y suposiciones, nos ha perseguido un buen trecho una turba de chiquillas gritando alegremente:

—¡Retratistaaa!... ¡Retratistaaa!...

No se oía otra cosa, ni turbaba otro ruido el sepulcral silencio de la llanura.

Recortábase sobre el fondo del cielo la negra silueta de la villa, con sus torreones pardos y su muralla almenada entre cuyos resquicios empezaban á brillar de trecho en trecho las lucecitas de las casas.

Volvimos á acordarnos de usarcé, nuestro amigo y señor de Chaves, que á tales horas, mientras aquel ambiente de poesía inundaba nuestras almas, y en el cual se hubiera usarcé bañado con intensa satisfacción, estaría atiborrándose de cocimiento de castañas en cualquier establecimiento de la corte, bajo los rayos de la esplendorosa luz eléctrica, conquista de la civilización que ha venido á borrar todos los recuerdos de épocas remotas...

Entendámonos.

Remotas para nosotros, inocentes criaturitas como quien dice, pero no para usarcé, que las siente, vive y goza en todos los momentos y que casi puede decirse que las ha tocado con las manos...



Teatro de Laguardia. Una espectadora buscando asiento.

XVI

Quando el tren rodaba por las llanuras de Castilla y yo procuraba dormir en mala postura arrullado por el traqueteo del vagón, hacia desfilár el sueño por mi imaginación multitud



Aldeanos de Bernedo en día de fiesta.

de visiones distintas. El paisaje de Amurrio, los miradores de Vitoria, las molduras de la fábrica, el hotel Quintanilla, la ermita de Estívariz, los aldeanos, la trilla, los muros grises de Laguardia...

Y siempre me zumbaban en los oídos aquellas voces de las chiquillas que me perseguían al caer la noche:

—¡Retratistaaa!... ¡Retratista!

¡Cielos! ¡Si será un aviso de la Providencia! ¡Si me marcarían así aquellas inocentes criaturitas alavesas la misión que debo imponerme?

—¡Retratistaaa!

Que quiere decir

—Anda, vuélvete á Madrid; pero si persistes en tu locura, no te empeñes en dárte las de artista, porque no sabes sentir lo bello, ni eres capaz de ver en estos paredones negros las sombras de nuestros antepasados, las glorias de la patria...

No puedes hacer más que retratarnos, copiar lo exterior, lo que casi no importa...

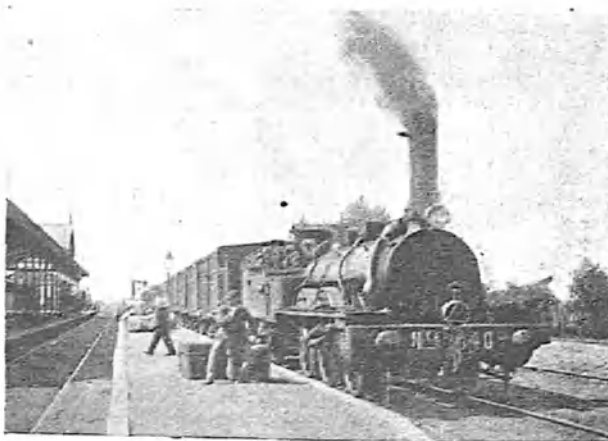
Llevarás grupos de figuras, líneas de monumentos, vistas de paisajes. Estamparás, para que quede memoria de la generación presente, imágenes de rostros atezados, de rústicas habitaciones, de palacios sombríos. Pero el espíritu de los hombres y el poético lenguaje de las cosas son para tí terrenos vedados...

.....

Y el tren rodaba sin cesar, y yo cabeceaba rendido por las fatigas de los días pasados y no dejaba de oír vibrar, entre los resoplidos de la locomotora, laterrible palabra:

—¡Retratistaaa!... ¡Retratista!

Sí, eso es. Tenian razón los angelitos de la muralla. No quiero ni pretendo ser otra cosa. Un *eco imparcial de la opinión...* y del *objetivo.*





ALBACETE

I

—¿Qué quieren ustedes? ¡Esto es un pueblo!—exclaman á cada paso, con esa amargura que pide una protesta misericordiosa, todos los habitantes de la ciudad. *naturales y vecinos de la misma*, como diría el simpático Algarra, de quien hablaré más adelante.

Y lo peor es que no hay modo de protestar sin que se le conozca á uno en la cara la mentira.

Sí; es un pueblo perdido en los inmensos llanos de la Mancha, que no se acaban nunca, un pueblo sin historia, sin tradiciones, sin leyendas, sin monumentos ni edificios notables, que levanta sus casitas terrosas y humildes como excrescencias del mismo suelo, formadas incorrectamente en calles desiguales, pero limpias y alegres.

Los naturales y vecinos, etc., al menos los que yo he tratado durante mi breve estancia, son amables, complacientes y expansivos como ellos solos. Ya puede usted echarse por las calles á pedir datos y á tomar apuntes; todo el mundo le ayudará en cuanto pueda y sepa. ¡Desgraciadamente hay poco que saber y que contar en la clásica ciudad de las navajas y puñales!

Precisamente lo más notable es eso, la fabricación de armas blancas, que tiene fama universal y muy merecida. Fórgase la imaginación ardiente, á consecuencia de esto, grandes y espaciosos talleres con poderosas máquinas, chimeneas humeantes, fraguas enormes y legiones de obreros.



Pues no, señor; no se hacen así los puñales y las navajas, sino de la manera más sencilla y más modesta que pueden ustedes figurarse, lo cual tiene las ventajas inherentes á la *descentralización*, y entre ellas, la de proporcionar trabajo independiente á multitud de familias que, por la ley natural de la competencia, procuran constantemente mejorar la mano de obra...

Así, á la vuelta de cada esquina, y antes de dar la vuelta muchas veces, tropieza usted con una ó dos especies de covachas destartadas y mugrientas, con su fragua chiquitita en un rincón, donde martillean, liman y preparan el acero, dándole ese temple sin rival en el mundo, unos cuantos operarios, media docena á todo tirar.

Lo cual no *empece* para que sobre las puertecitas de las tiendas, tras de cuyos cristales aparece un exiguo muestrario de los mortíferos objetos del comercio, se ostenten siempre grandes cartelones,

ó simples letreros escritos en el yeso de la pared, anunciando pomposamente:

Fábrica de navajas y puñales.

Y fábrica es, en efecto, y en ella se venden, á mayor precio del que pudiera creer el forastero incauto, esas cortantes hojas con sus cachas de cuerno y sus vainas de veludillo..

II

He dicho antes que las calles de la población son relativamente alegres y limpias, y esto es más digno de notarse puesto que los servicios municipales están en mantillas, ó mejor dicho, no han nacido todavía los servicios municipales, y cada vecino toma por su cuenta el aseo y arreglo del trozo de vía pública que le corresponde.

Por no haber, no hay ni agua.

Toda la que se necesita se trae en cubas especiales de las norias y aljibes, y hay alguno de éstos, como el del casino llamado vulgarmente *La Piña*, que merece grandes elogios de los consumidores.

Este abandono del Ayuntamiento es indisculpable, porque, según mis informes, á muy corta distancia de Albacete brota un manantial abundante y de agua finísima, manantial que está pidiendo la canalización ó la tubería. ¡Pues como si no, inmensa!

En cambio, la ciudad goza de los beneficios de la luz eléctrica, y es curioso espectáculo ver, sobre todo en la parte alta, que es anti-

quísima, aquellas callejuelas de casucas de un solo piso alumbradas esplendorosamente por bombitas de mediano tamaño.

También he dicho antes que no existían edificios ni monumentos dignos de llamar la atención, y lo he dicho porque no me acordaba del teatro.

El cual teatro tiene su historia, lastimosa, naturalmente, pero algo, ¡y aun algo, interesante. Em-



Fábrica de navajas.





pezaron á construirle con fe y... con arreglo á un proyecto casi monumental. Termináronse la sala y las dependencias y se suspendieron las obras al mediar la fachada, que se ha quedado, como ustedes pueden ver en la fotografía, con más aspecto de ruina venerable que de frontispicio moderno acabadito de construir. Con eso los naturales y vecinos de la misma pueden, si gustan, dar una broma á los forasteros, diciéndoles que aquello es... un recuerdo de la dominación romana, pongo por caso.

¿Y qué diversiones y recreos, preguntará el pío lector, tienen y disfrutan los albacetenses?

Pues varios, á saber:

En primer lugar, el paseo de la Cuba, situado á bastante distancia del poblado y solitario casi siempre, y el de la calle de Salamanca, sombreado por frondosos árboles. El vecindario prefiere, al anochecer, dar unas cuantas vueltas por la calle Mayor, centro y núcleo del comercio.

En segundo lugar, tiene á su disposición algunos casinos decorados con bastante buen gusto, y en uno de los cuales, el Artístico, por la modesta cuota mensual de una peseta, puede tomarse posesión de unos salones vastísimos, en los cuales cabe perfectamente, y con comodidad, la población entera.

Además, y á falta de cafés, de que no hay la más leve noticia, aunque parezca extraño, existe la cervecería italiana, que parece á primera y aun á segunda vista una botillería del siglo pasado, en la cual la falta de amplitud y desahogo se compensa con un café superior y... muy barato para los de fuera, porque convidan los amabilísimos naturales del país.

Y, por último, queda el velódromo para los aficionados al sport ciclista, que son numerosos y constantes, como si no quisieran morirse sin utilizar las ventajas que proporciona á su diversión esta llanura inacabable. Al frente de este brillante batallón del jersey y el calzón corto, da el ejemplo el señor Baltasar Martínez, padre del matador de toros *el Mancheguito*, que con sus setenta y tantos años acuestas, nueve y guía el caballo de acero como un doncel de veinte abriles.

—Mirusté—dice el valiente viejo,—yo, si pa ir á tal sitio gento la carretera y el sendero, ¡pus me voy por el sendero! Si hay camino llano y cuesta, ¡pus echo por la cuesta! Porque esto del *mátamico* si no tié peligro no tié gracia...

III

Algarra, el buen Algarra, que no puede quedar olvidado en estos apuntes, porque es el verdadero, el único monumento de Albacete, representa el tipo, puro y sin mezcla, del noticiero provinciano.

Ocupadísimo siempre en cosas que no le importan, se pasa la vida en agitación perpetua, procurando averiguar lo que ocurre en una población donde no ocurre nada, para telegrafiarlo inmediatamente á *La Correspondencia*. Pensar que puede transcurrir un día entero sin que los lectores del popular diario madrileño se enteren de lo que ha podido averiguar Algarra en Albacete, es pensar en lo excusado.

Acude al gobierno civil, al ayuntamiento, al juzgado, á la estación á ver pasar los trenes, y llega á última hora, jadeante y aspeado, al correo ó al telégrafo, á depositar las cuartillas fruto de sus afanes.



ALBACETE.—Fachada del teatro.



Don Baltasar Martínez.

Su estilo se ha hecho célebre.

«En el pueblo Tal, de esta provincia, ha fallecido repentinamente Fulano de Tal, de treinta y siete años, casado con Mengana de Cual, de la misma naturaleza y residencia, bracero sin trabajo hacía dos meses. El digno, ilustrado y probo médico forense de la localidad ha procedido á practicar la autopsia.

Buen tiempo.—Algarra.»

Sus especialidades son los adjetivos y las variaciones atmosféricas.

No pasa por Albacete un propietario que no sea *opulento*, ni un magistrado que no sea *integérrimo*, ni un escritor que no sea *distinguido*, ni un torero que no sea *arrojado*, ni un militar que no sea *bizarro*, ni un criminal que no sea *empedunido*.

Y siempre el despacho termina con la inevitable observación:

«Tiempo primaveral.—Llueve copiosamente.—Sopla un viento huracanado», etc., etc.

Una vez se atrevió á decir lo siguiente, después de dar cuenta del fallecimiento de una persona *de esta vecindad*:

«Ha cesado de llover, pero continuará pronto.»

La frase ha hecho fortuna, porque retrata el tipo de Algarra de cuerpo entero.

IV

No puedo menos, aunque de ello no entiendo palotada, de dar á ustedes algunas noticias acerca de las operaciones necesarias para la cosecha y preparación del azafrán, una de las principales fuentes de riqueza de esta provincia. (Ya se me pegó el estilo de Algarra.)

Verán ustedes:

Al amanecer, precisamente al amanecer, salen las cuadrillas, y una vez en el azafranal, cada operario se encarga de tres *hilos* ó surcos y va depositando las rosas en cestos apropiados. Terminada la labor, regresan las cuadrillas, se pesan las rosas, se tienden inmediatamente sobre las mesas y empieza la monda ó limpia, que no puede suspenderse hasta quedar completamente terminada, para evitar que aquéllas se marchiten.

Vuelve entonces á pesarse el producto limpio, tuéstuse por la noche en cedazos especiales y queda dispuesto para la venta.

A los *roseros* se les paga, según la frase típica, á diez y diez.

Es decir, diez céntimos por cada libra de rosas recogidas y diez



Vendedor de navajas y puñales.

por cada onza de azafrán limpio, y se les lleva la cuenta en libretas para hacer el saldo al concluir la temporada.

El azafrán vale en el mercado, por término medio, á ocho duros libra.

Hay años en que la cosecha es tan abundante que, como la operación exige hacerse en un momento determinado, no desdennan dedicarse á ella las señoritas más encopetadas.

Y... celebraré que hayan ustedes entendido la explicación, porque no puedo ni sé hacerla de otra manera.



V

Los medios de comunicación en la provincia de Albacete, aparte las diligencias y ordinarios de que tendremos que disfrutar el mejor día, se reducen á tres trenes: el correo, el mixto y el corto provincial. Los tres recorren el trayecto de noche. De manera que el que no conozca el terreno á palmos, obli-

gado á apearse y andar á tientas, corre el peligro de perderse en estas extensas campiñas, con grave riesgo de que no se le encuentre en los siglos de los siglos...

Digo esto porque, siendo nuestro propósito visitar la importante población de Chinchilla, nos hemos quedado con las ganas á consecuencia de la aventura ferroviaria siguiente:

—Pues señor, salimos de Albacete á eso de las diez, llegamos á Chinchilla cerca de las once y echamos pie á tierra chupándonos los dedos, no de gusto precisamente, sino porque ya es sabido que, haya en el mundo la temperatura que quisiere, siempre con el permiso y la aquiescencia de Algarra, en la estación de Chinchilla ha de hacer tal frío que se hielan los pájaros.

Habiánnos dicho en la capital dos cosas importantes: que las mujeres de Hellín son hermosísimas y que Chinchilla está muy lejos de la estación.

La primera noticia nos había llenado de júbilo, como es natural; la segunda nos había apenado los ánimos, aunque para atenuar el mal efecto había añadido el *cicerone*:

—Pero en la estación hay tartanas que los llevarán á ustedes.

Y, en efecto, allí, á la espalda de la estación, al lado de una tienda de comestibles perdida en la más espantosa de las negruras, después de mucho rebuscar, tropecé con uno de aquellos vehículos;

pero ¡oh dolor! desenganchado, arrimado á la pared y sin malditas las trazas de emprender el viaje.

Pregunté en la tienda:

—¿Sale de aquí alguna tartana para Chinchilla?

Y me contestó una moza. N

—Sí, señor; pero ahora no; mañana.



Albarracín.—Patio de una casa de la calle de Albaráceras

¡Mañana! Es decir, que se espera allí hasta que se *almacenan* los viajeros de todos los trenes, y no hace el viaje más que una vez al día. Dios sabe á qué hora; de modo que es más breve ir y venir á San Petersburgo...

Afortunadamente, el tren se pasa allí tomando el fresco las horas muertas, y tuvimos tiempo sobrado de tornar á nuestro coche para seguir hasta Almansa, dejando la visita á Chinchilla para mejor ocasión... ó para el día del juicio por la tarde.

Dos horas después llegamos á Almansa, salimos de la estación por una escalerilla que parece conducir á un sótano, y una vez en pleno campo, nos hubiéramos visto más negros que la noche á no haberse acercado sigilosamente un jovencuelo que nos dijo en voz baja:

—Un servidor tiene carruaje.

En el carruaje de un *servidor* entramos en la ciudad por una calle larguísima, y fuimos á parar á la *Hospedería de Oriente*, donde otro servidor, en camiseta y calzoncillos, nos hizo de prisa y corriendo las camas.

Es de advertir, antes que se me olvide, que en las fondas, posadas y paradores de esta tierra las almohadas son tan *cortas* que apenas encuentra uno sitio donde reclinar la cabeza... Lo que prueba que aquí no se admiten matrimonios ni cosa parecida, y que no se concibe que haya quien tenga la mala costumbre de dar vueltas durante el sueño.



Labrador de Albacete.

VI

La muy noble, leal y fidelísima ciudad de Almansa, célebre en la historia por haberse dado en su término la batalla que lleva su nombre, es, además de todo eso, una población importante y que demuestra su importancia á las primeras de cambio.

Ocupa un extenso perímetro; sírvela de eje la calle de Mendizábal, de cerca de un kilómetro, y ofrece (sigue el estilo de Algarra) un aspecto (animado y bullicioso. Demuestran su ilustre abolengo las casas solarietas, algunas de ellas, la que llaman *Casa grande*, por ejemplo, con fachadas verdaderamente artísticas y notables. Lo es asimismo, y en grado extraordinario, la del templo parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, coronada por una elegante torre. No es menos digno de llamar la atención el interior de esta iglesia, formado por una gran nave que termina, por la parte del altar mayor, sumamente sencillo, en un semicírculo de gruesas columnas que dan al conjunto un *tinte* enteramente pagano.

Peró, con ser bonita la ciudad, hermosa y raro el templo y curiosos los escudos y fachadas, los ojos y el espíritu se van instintivamente al castillo, el famosísimo castillo, que ejerce una atracción poderosa é irresistible.

Levántanse las formidables ruinas sobre una verdadera montaña de roca cortada á pico, que limita la población por la parte Norte. Llegan las casas hasta el borde mismo de este peñasco colosal, formado por capas estratificadas que se deshacen en polvo, amenazando constantemente á las humildes viviendas con un derrumbamiento terrible.

La gigantesca mole de los restos de la fortaleza, vista desde sus cimientos colosales, parece tocar el cielo con sus almenas medio desmoronadas. El espectáculo es realmente grandioso.

Entrase á la parte accesible del castillo, con alguna dificultad á causa del amontonamiento de peñascos, por una puerta de arco elegantísimo, y piérdese el curioso, con el alma presa de la más alta admiración, en un laberinto de callejones, rampas, pozos y galerías. Por aquí, un enorme lienzo de muralla, resquebrajado y desigual, amenaza desplomarse sobre el caserío que se ve allá abajo; por allá, se rompe bruscamente la escalera de piedra que conduce á las almenas de los cubos; se abre, en este lado el boquete que debió servir de entrada á subterráneos misteriosos; se quiebra en este otro el arco del puente que ponía en comunicación los dos cuerpos de aquella fortificación tremenda.

Y siempre queda allá arriba, erguida y firme por un milagro de equilibrio, la maciza y altísima torre, de una severidad imponente,



Almansa.—Una fregada de vino.





ALMANSA.—Grupo de occidentales.

ceñida y guardada por una segunda faja de murallones y de cubos. No, no se puede andar por allí con las modernas vestiduras. Siente uno vergüenza de no llevar el guerrero casco, la tupida malta y el pesado mandoble... Aunque sí, libre de toda esta impedimenta, pasa uno fatigas de muerte para subir... hasta donde buenamente es posible la subida, ¿qué sería ¡oh divinos cielos! con la carga de acero bruñido que las circunstancias requieren?

Hermoso es, pues, el castillo; pero más hermosas y más grandes son las ideas que hacen surgir, en largas horas de meditación, sus restos venerables. ¿Qué raza de titanes se atrevió á cimentar en la roca, á levantar aquellos pedruscos inmensos, á labrarlos á semejante altura y á vivir resistiendo el empuje del huracán, en constante lucha con el vértigo?

¿Qué hombres eran capaces de velar en aquellos muros y, sobre todo, de lanzarse al asalto por aquella empinadísima cuesta?

Bajamos de las ruinas, con verdadera pena, al caer la tarde. Almansa se animaba, bullía con la muchedumbre de trabajadores que regresaban del campo. Los caminos, las veredas, las calles estaban llenos de horriquillos cargados de maíz, de cuadrillas de vendimiadoras, de carros que conducían la uva á los lagares en cubos de madera con aros de hierro, que es como en toda esta región se acarrea el fruto de las viñas, de tartanas tiradas por caballos, de yuntas que tornaban de la arada... y por todas partes se oían las canciones de los mozos, el confuso rumor del traqueteo de las ruedas y el alegre tintineo de los cascabeles.

Veíase entretanto avanzar por la llanura un tren de mercancías y oíanse, dominando sordamente los demás ruidos, los resoplidos de la locomotora, que lanzaba bocanadas de humo negro que iban á perderse deshilachándose entre los mugrientos paredones del castillo.

Como recuerdo de la batalla de Almansa se conservan en la



ALMANSA.—Grupo en el mercado.

iglesia parroquial una especie de esclavina roja, un gorro militar en forma de media mitra y una alabarda, objetos todos que, según cuentan, pertenecieron á un prisionero austriaco y que se encasqueta sobre su traje ordinario y mozo del país para acompañar á la Virgen de Belén cuando es conducida procesionalmente á su ermita.

¡En esto vienen á parar á lo mejor los atavíos bélicos!

VII

Cayó en mis manos, por casualidad, un programa en que se anunciaban las fiestas de Bonete, y entre ellas dos grandes corridas de novillos á beneficio de la Virgen del Rosario, y tomamos en seguida el tren para la estación de Bonete-Higuera, en la creencia errónea de que sería cuestión de llegar y besar el santo.

¡Nunca podría sospechar que me esperarían allí aventuras dignas de mejor péñola! En fin, siguiendo mi sistema, me concretaré á relatar lísa y llanamente los sucesos, en la segu-

ridad de que ellos en sí tienen tal atractivo y sabor local, que, ya que no para entretener á los lectores, me servirá el relato de gratísimo recuerdo en la vejez á que pienso llegar, Dios mediante, y más pronto de lo que yo quisiera.

La noche era de las llamadas de boca de lobo. No se veían las puntas de los dedos... ni levantando la mano á la altura del rostro. El jefe de la estación nos dió la fatal nueva de que Bonete no estaba allí, á dos pasos, como yo me había figurado inocentemente, sino que había una hora de camino. Hay que advertir que cuando en la Mancha le dicen á usted que tardará en llegar á un pueblo una horita corta, puede usted poner dos para no errar.

Por fortuna... de Cilla, al ir á buscar el camino con ayuda del farolillo del guarda-agujas, topamos con una tartana que se disponía á partir. Pedimos por favor un sitio á las personas que la ocupaban y se apresuraron galantemente á concedérselo; pero sólo uno... porque no había más. Le ocupó Cilla con todos los bártulos, y echamos detrás, á paso redoblado, este humilde criado de ustedes y un labrador alicantino, que también se encaminaba á Bonete á sus negocios. El viaje duró, efectivamente, una hora, pero ¡á qué paso! Cuando la horrica que tiraba del carricoche *agarraba* una cuesta abajo, allá íbamos el alicantino y yo, con la lengua fuera, por la negra planicie, sin ver el terreno que pisábamos, tropezando á cada paso con los guijarros del camino, ¡hala, hala! detrás del vehículo, que á lo mejor se sumía en las sombras, enseñándonos únicamente los dos agujeros hechos en la lona de la trasera, que parecían ojos burlones...



ALMANSA.—Fachada de una casa antigua.

¡Qué caminata, válgame el cielo! Servíame de "compensación el elogio de mi compañero de *trote*, que decía de vez en cuando:

—¡Ya aprieta usted, ya! ¡Por usted ya pueden arrear si quieren! Y esto me esponjaba y me henchía, haciéndome crecer á mis ojos... y á los insolentes ojos de la tartana.

Una vez en Bonete, el mismo conductor tuvo la bondad de guiarnos á la posada de la Sorda, situada sobre la carretera de Madrid á Alicante, la cual posada, si no es la misma en que curaron á Don Quijote después de su cardenallescavventura con los yanquises, está hecha á su imagen y semejanza.

Entramos en el amplio zaguán á las diez de la noche. Junto al portón de entrada se veían los carros de los pequeños comerciantes que habían acudido á las fiestas; más allá comía un arriero en una mesita baja; otros dos bostezaban sentados en toscos taburetes, y tres zapateros ambulantes preparaban, medio desnudos, sus menguados lechos con sacas de paja. Había, empotrada en la pared y húmeda en el suelo, una enorme tinaja, almacén del agua para el consumo de la venta, y á su lado, en una especie de hornacina, una tosca jofaina que servía para todos los huéspedes. Todo ello alumbrado por la mezuquina y débil luz de un farolón colgado del techo.

Con gran trabajo indicamos á la sorda, que lo es, y como una tapia, nuestro deseo de cenar y acostarnos y, por el asombro que se retrató en su semblante, comprendimos que aquella descabellada pretensión nuestra la ponía en un verdadero apuro.

Por fin, nos trajo una cazuela con gran cantidad de tocino, indi-



El canavero de Almansa.

cándonos que si queríamos aquello; dile á entender que á falta de pan buenas eran tortas y, gracias al alicantino, que me servía admirablemente de intérprete, me atreví á lanzar la idea de que no estarían mal, además, algunos huevos fritos; entendiéme, al parecer, la sorda y nos dejó solos en el mal alumbrado zaguán, viendo cómo acababan de acostarse los tres zapateros.

Acabada nuestra modesta cena, empezó la dificultosa preparación del lecho. ¡Mal hayan, amén, la ropita de corte madrileño, las corbatas de lazo y los sombreros finos! A no ser por ellos, la sorda nos hubiera acomodado tan guapamente en el zaguán sobre cómodas sacas de paja y no hubiera tenido la endemoniada idea de obsequiarnos con un camastro de tablas en el piso superior, en una alcoba destartada y al final de un pasillo enorme, habitación de trasgos y vestiglos.

Como era imposible que dos buenos mozos durmieran en tan corto espacio, cargué con un colchón enclenque, una almohada y una sábana, dejé á mi colaborador el usufructo de los cuatro tablores, un jergón raquítico, otra sábana y otra almohada, y me marché á un rincón á disponer mi cama á la luz de un candilejo...

Nunca encontraré suelo más duro, atmósfera más fría ni noche más larga.

A cada paso creía oír los del ingenioso hidalgo, en descomunal batalla con los pellejos de vino, ó las quejas lastimeras de Sancho, molido á puñetazos por el farriero embriagado con el perfumado aliento de la Maritornes.



ALMANSA.—El castillo.

de de Belascoain, y el día en que nosotros tuvimos el honor de conocerle no se ocupó solamente en obsequiarnos, acompañarnos ó ilustrarnos cariñosamente, sino en preparar al mismo tiempo la representación del drama de Echegaray *Moncha que limpia*, con la que habían de solazarse aquella noche sus paisanos después de asistir á la corrida.

Y como por la mano venimos á parar al principal atractivo de las fiestas de Bonete, imán que me había hecho correr detrás de la tartana y dormir sobre el menguado colchón de la venta.

Ustedes me dispensarán si me extiendo en la descripción de la novillada, abundante en incidentes y peripecias dignos de esculpirse en mármoles y grabarse en bronce, para recreo y admiración de los venideros siglos.

A la salida de misa mayor, con órgano y charanga, todo el vecindario pudo ver, expuesta en el balcón donde se alojaba la cuadrilla, la ropa del primer espada, asaz desteñida por cierto y con más zurdicos y remiendos de los que fueran menester.

Y después de comer, dos horas antes de empezar el acto, pudo verla también sobre el airoso cuerpo del Mellaito, que, acompañado de dos banderilleros y un picador, trajeado al *respectivo*, entró gallardamente en el Casino á jugar unas carambolas para hacer tiempo.

El que no estuviera en Bonete por aquel entonces se morirá sin ver el curioso cuadro formado por los toreros, con avíos de luces, caladas las monteras y con las pantorrillas al aire, jugando al billar en una salita pequeña y baja de techo, *culotada* por el humo de los cigarrós de los consumidores.

En esto estábamos, cuando se oyó en la carretera gran estrépito de voces, músicas y cascabeles. Era que en tartanas y velocípedos llegaba buen golpe de gente de Almansa escoltando á un aficionado de la ciudad, también en traje de faena, que venía á pedir á la comisión bonetense permiso para matar un toro.

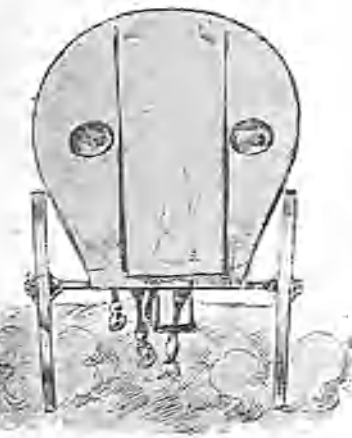
Como de los dos que se lidiaban sólo uno era de muerte y, por otra parte, no era conveniente disgustar á los almanseños, que podían provocar un conflicto si se les hacía un desaire, empezaron los cabildos y las conferencias entre la comisión y el Mellaito y entre el Mellaito, la comisión y el recién llegado.

Con muy buen acuerdo, el espada cedió sus derechos al intruso, pensando, sin duda, que poco podrís perjudicar á su fama aquel sacrificio del amor propio, y en santa paz fuimos todos al

VIII

Ilámase D. Pascual Serrano el profesor de primera enseñanza de Bonete. Tiene ocho hijos, neboticias cincuenta pesetas de sueldo y un curioso museo arqueológico formado á pulso y á fuerza de sacrificios.

La afición á coleccionar objetos antiguos es propia de gente desocupada, rica y que viva ó visite con frecuencia los grandes centros de población y de cultura. Cultivarla con fe, con constancia en un lugarejo de la provincia de Albacete, con ochocientos cin-



Cama de Bonete.

cuenta pesetas y con ocho hijos por añadidura, es don de almas grandes y de caracteres de hierro. Cumples mi D. Pascual su difícil misión de dar lecciones en su escuela, la no menos ardua de alimentar á sus retoños, y aún le queda tiempo para cargar con la azada y marcharse á practicar excavaciones en Montealegre ó en Alpera, escudriñando pacientemente los vestiglos de poblaciones borradas para siempre, examinando las peñas, ahondando los agujeros, rectificando sin cesar cálculos y medidas.

Así ha podido reunir un tesoro, un verdadero tesoro de valiosos cacharros, urnas cinerarias, ánforas, candilejas, pedazos de estatuas y cerca de dos mil monedas de oro, de plata, de bronce, árabes, fenicias, romanas, celtas, cartaginesas, visigodas, de todos los reyes, de todos los emires y de todos los consules...

Como oro en paño guarda un Mercurio y un Priapo, verdaderamente notables, descubiertos por él en Montealegre, y que no vendería por todas las riquezas del mundo.

Muchos afanes, sudores, privaciones y penalidades cuesta al modesto sabio su pasión favorita; pero ¡qué placer tan hondo, qué satisfacción tan profunda debe experimentar su alma cuando el pico del azadón tropieza en aquellos yerros con un pedrusco histórico, y con cuánto orgulloso desprecio debe mirar á los eruditos académicos que cultivan la ciencia arqueológica en cómodos sillones y al abrigo de la intemperie!

No acaba ahí la prodigiosa actividad del humilde maestro.

Además de estudiar, catalogar y clasificar sus descubrimientos, que no es tarea fácil, se dedica, á ratos perdidos, al arte de Máiquez y Romea. Por su iniciativa se ha habilitado para teatro un amplio local, cercano á la casa solariega de D. Diego de León, primer con-



Una calle de Bonete en día de fiesta.

redondel á tomar sitio.

Formaban la plaza, improvisada en un corral, una barrera hecha con tablones de lagar sujetos con cuerdas á los maderos correspondientes clavados en el suelo, con otros maderos largos también atados con cuerdas á guisa de estribo, un tablado para la presidencia y carros y vigas cruzadas para la muchedumbre.

Llegaron las señoritas de Chinchilla que habían de presidir, hizo la señal y salió el primer becerro, destinado á la capea aquel día y á morir estoqueado al día siguiente.

Como había *pique*, cosa muy natural, entre la cuadrilla contratada y el almanseño, hubo que ver las largas, verónicas, galleos, recortes y adornos con que procuraron lucirse los muchachos, siempre en las mismísimas astas, *sobre corto*, y al borde de la tumba.

Si éste hace una monada, aquél intenta una gallardía; si uno se arrodilla, otro se acuesta junto al hocico de la res... ¡Ay! Era cosa de estar con el alma en un hilo.

En esto se le ocurrió á un mocetón de Almansa romper á vocear diciendo que aquello era pampolina, y que con un choto como el de autos también él era capaz de hacer jugueteos y filigranas. Y decirlo y echarse á la arena fué todo uno.



BONETE.—La llegada de la cuadrilla.

Para corregir aquella falta de formalidad y evitar que la corrida se convirtiera en merienda de negros, se echaron tras él unos cuantos garrotes, empuñados por sus dueños correspondientes, y empezaron á repiquetear con garbo en las espaldas del atrevido. Generalizóse la riña; una piedra vino á herir en la frente al torero almanseño, causa inocente del escándalo; intervino, por últi-



BONETE.—La salida de misa mayor.



BONETE.—Al empezar la corrida.

mo, la guardia civil y dióse la orden de que se retirara el toro para que saliera el de muerte.

Peró las órdenes se dan con facilidad; y se cumplen como Dios permite. La res, aficionada, sin duda, á la marimorena, se empeñó en no dejarse encerrar, y no bien entraba en el toril con el auxilio de los mansos, volvía á

salir á dar un par de vueltas. En esta brega de que has de entrar y de que no me da la gana se pasó media hora bien cumplida, y, por último, los vaqueros, la cuadrilla y algunos mozos de buena voluntad tuvieron que echarse á

hombros al becerro y llevarle de semejante guisa á la cuadra de sus mayores.

Salió el segundo, el de muerte, y como no había más y la función corría peligro de acabarse pronto si se le despachaba de prisa, se *apuraron* las snertes hasta donde buenamente se pudo.

Por fortuna, el bicho arremetía de firme, y le hicieron *tomar* siete ú ocho varas y le colgaron seis pares de banderillas. Todo, por supuesto, con el



BONETE.—Haciendo la cama.

obligado acompañamiento de quites arriesgados, de toreo á la limón, de caídas de bruces y de otras mil heroicidades por el estilo. Excusado es decir que seguía el *pique*.

Por último, el almanseño, con la cabeza entrapajada, saludó á la presidencia, echó mano al estoque y se lanzó á luchar con la fiera.

Peró antes...

¡Ay! antes se plantó el *Mellaito* en mitad de la plaza y exclamó en un andaluz cerrado, dirigiéndose al senado respetable:

—Zefiore, ze va á da una güerta, po si arguna perzona tié voluntad de ayudarnos á pagá er viaje pa nuestra tierra.

Y, ni corto ni perezoso, entregó su capote á los demás individuos de la cuadrilla, que lo cogieron por las puntas y empezaron á bordear la barrera pidiendo una limosna.

También los que no estuvieron aquel día en Bonete se perdieron tan encantador espectáculo.

Más de media hora duró la operación de la colecta;



Haciendo tiempo.



caían lentamente de los carros y las vigas las monedas de cobre, y el toro, materialmente cuajado de banderillas, esperaba asombrado, inmóvil y jadeante, en los medios del redondel á que terminara el acto benéfico.

Llegó el fin, por qué todo fin llega en este mundo; un banderillero recogió el producto en un pañuelo de hierbas, y el público, que no había chistado en espera tan larga, vió con inmensa satisfacción que el aficionado almanseño se deshizo de su enemigo entre dos luces, de unas estocadas, que yo no soy *quién* para juzgar...

Acompañados por las personas más importantes del pueblo y por el señor alcalde de Chinchilla, á quien, con harto sentimiento, no pudimos complacer en su deseo de que visitáramos el penal, próximo á inaugurarse, levantado sobre las ruinas del antiquísimo castillo, fuimos á recoger nuestro equipaje á la posada.

Allí dejamos á la sorda haciendo sonar sobre las losas del zaguán el duro con que hube de pagar sus servicios, y en una tartana con que galantemente nos brindó un rico propietario de Bonete salimos para la estación y tomamos el tren con rumbo á Hellín, el país de las mujeres hermosas, según la voz pública, á la misma hora en que D. Pascual Serrano empezaría su difícil papel de galán en *Mancha que limpia*...

Cilla iba mohino y cabizbajo por no haberse decidido á lavarse en la jofaina de los arrieros, y yo reventando de orgullo por haberme brindado un par de banderillas el *Mellaito*.

IX

El tren correo entra bordeando una barriada de Hellín á medianoche. Se ve la población, espléndida y profusamente iluminada por la luz eléctrica, tendida en un ribazo, coronada de esplendoroso nimbo como un paraíso abandonado.



Hellín.— Vista parcial. Ermita del Rosario é iglesia parroquial.

Las hurfes de hermosura excepcional, orgullo de la provincia, duermen el sueño de los justos.

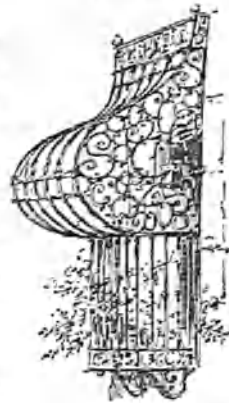
Distá la villa de la estación más de un kilómetro, y todo el trayecto, por una buena carretera, se hace bajo la iluminación de potentes focos que dan al camino cierta novedad y fantasía. No de otro modo estarán alumbrados los senderos del cielo de Mahoma, donde es sabido que esperan al viajero bellísimas mujeres de ojos brillantes y undosos cabellos negros como el azabache.

Pensando ¡ay! en ellas cruzamos una porción de calles solitarias y silenciosas y nos dormimos poco después, cómodamente instalados, en la patria de Perier, Macanaz y el general Cassola.

Es Hellín una de las principales poblaciones, tal vez la principal, de la provincia de Albacete, incluyendo la capital misma. Desde la torre de la ermita del Rosario se domina la gran extensión de terreno que ocupa con sus casas de color de tierra, que le dan cierto tinte de tristeza monótona, y se adivina, por la hermosura de la vega murciana que se extiende allá abajo y por la frondosidad de los montes que se adivinan en la lejanía, la imponderable riqueza de su término.

Efectivamente, en las riberas del río Mundo, célebre por la cascada que en la montaña de Alcaraz constituye su origen, y que á corta distancia de Hellín une su caudal al del Segura para fertilizar juntos la huerta murciana, en esas riberas, digo, se encuentra, en asombroso conjunto, la flora de todos los países. Las palmeras del Mediodía al lado de los pinos del Norte, los nardos junto al maíz, los olivos entre las viñas, las chumberas festoneando los campos de trigo, prados y jardines.

No hace muchos años, cuando las difíciles circunstancias económicas por que atraviesa la Nación no habían secado ó empobreci-



Un balcón de Hellín.



BOSQUE.— Comprando sandías.

do las fuentes de riqueza, la producción del esparto en el término de Hellín era tan grande que hubo temporada en que produjo al Ayuntamiento 70.000 duros el beneficio de este vegetal en los montes municipales. Por ahí pueden calcularse las proporciones que alcanzaría la explotación.

Notable es esta ermita del Rosario, desde cuya torre estoy enterándome de la topografía.

Fundada muchos siglos hace, utilizada por los moros como mezquita, créese que aprovecharon después el templo los muzárabes, y hoy, blanqueada, restaurada y limpia, parece acabada de levantar junto á las ruinas del castillo, del que no quedan más que unos cuantos paredones que apenas bastan á dar idea de la fortaleza de otros tiempos.

Se guardan en la ermita los pasos de Semana Santa, entre ellos algunas buenas esculturas de Zarcillo, descollando una *Dolorosa* al pie de la cruz, de indudables belleza y mérito. A su lado figuran una imagen de la samaritana al pie de la cisterna, con la jarra en la mano y vestida ¡ay! con un elegantísimo traje á la *Pompadour*, costeador, sin duda, en la época de la propia Pompadour por un católico ferviente, y un sayón de los que van azotando á Cristo, con casco, celada, armadura y vestimenta del Gran Capitán nada menos.



Tipo de Hellín.

A la bajada del castillo, con la fachada principal en la Plaza Mayor, está la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, hermoso templo de gusto ojival echado á perder con blanquete, como casi todos los monumentos españoles, y al cual da acceso una escalinata de piedra que salva el declive del terreno.

En esta plaza está la casa-ayuntamiento, con un salón de sesiones recién construido y adornado con una elegante severidad que encanta y suspende, y adosado al edificio está el parque de bomberos, modelo de faseo, de orden y... de precaución. To-

dos los trajes, colgados en sus correspondientes perchas, son flamantes; los instrumentos brillan de puro limpios y los aparatos de salvamento, cuidadosamente conservados, pueden empezar á funcionar sin tropiezo en el momento preciso.

Más abajo, casi en las afueras, se ven los restos de un teatro monumental que pretendieron levantar los hellineros para su esparcimiento y solaz durante las ferias, única época del año en que suelen caer por allí compañías trashumantes. Dios castigó su audacia no permitiendo que se concluyeran las obras, y el edificio se desmoronó lentamente sin que en su recinto haya retumbado un solo ripio del moderno ni del antiguo repertorio.

Más allá se está edificando, con fondos reunidos por suscripción popular, una magnífica *casa-asilo* capaz de contener en sus salas la mitad de los habitantes de la villa; precaución laudable, pero, afortunadamente, inútil, puesto que son ellos activos y trabajadores y saben sacar producto al pedazo de suelo que les deparó la fortuna.

Por último, en el camino de la estación se alza una amplísima plaza de toros, donde se echa la casa por la ventana durante las fiestas haciendo trabajar á las estrellas del arte taurino. No hemos podido presenciar corrida alguna; pero, según informes de personas de buen gusto y dignas de crédito, es verdaderamente maravilloso el aspecto del circo en los momentos solemnes... por la apiñada multitud de mujeres bellísimas, que realzan su hermosura con lo mejor del cofre.



HELLÍN.—Muestra del género femenino.

X

Y si son de veras guapas, y frescas, y arrogantes mozas las hembras de Hellín.

Viéndolas se comprende la atmósfera de entusiasmo que corre por toda la provincia y la pecaminosa admiración con que de ellas se habla en todas partes.

Altas, esbeltas, elegantes, con ojos muy grandes y muy negros, el color cetrino, la nariz aguileña, los cabellos abundantes y aterciopelados, majestuosas en la marcha, incitantes en la mirada, provocadoras en la sonrisa, todas parecen cortadas por un mismo patrón, por el patrón que usa Dios para sus criaturas predilectas.

¡Ángeles míos! Es decir, míos no, desgraciadamente. Ni de Cilla tampoco, me consta.

Porque hemos tenido que contentarnos con tomar café cuantas veces hemos podido en un café servido por camareras, acompañados jeso sí, y dicho sea en descargo de nuestras conciencias, por las personas más importantes de la localidad, que, según espontánea confesión, no acuden allí por las chicas, sino con fines más artísticos y loables. Efectivamente, en un tabladillo levantado en



HELLÍN.—Fuente de Portafu.

un rincón del establecimiento amenizan las veladas un tenor, cojo que además de la cojera tiene una voz de primer orden que para sí quisieran algunos artistas de zarzuela *grande*, y una modesta tiple, que le acompaña como puede buenamente, no en la cojera ni en la voz, sino en las canciones más en boga. Días antes de llegar nosotros había funcionado en el mismo *coliseo* otra muchacha dedicada exclusivamente á lucir todos los trajes de mallas inventados hasta la fecha. Pero las personas formales, que no iban por las camareras, tampoco habían ido por las mallas, sino por la voz dulcísima y bien timbrada del cojo.

Para quitar á ustedes el amargor de boca hablaremos del cáñamo. Entre col y col bueno es poner una lechuga.

Seré breve.

El cáñamo, una vez seco, se arranca; se desgrana la espiga, separando los cañamones, y hechos los haces, se les sumerge en balsas á propósito con objeto de que se pudran. Estas balsas, como es de suponer, despiden un olor característico, que no es parecido al del ámbar y que levanta en alto.

Cuando se calcula que está en su punto la podredumbre, se saca de las balsas y se pone á secar. Luego se le *quebranta* machacándole por medio de unos sencillos aparatos compuestos de mazas y tablonés, y en seguida se desfilacha y carda convenientemente.

Convertido en estopa, queda dispuesto para hilar, y ésta es la operación más curiosa é interesante.

Una rueda giratoria, movida generalmente por un muchacho, pone á su vez en movimiento, por medio de una correa que hace dar vertiginosas vueltas á un carrete, una espiga de metal unida al carrete mismo y á la cual se atan los primeros filamentos. El ó la que hila, con gran cantidad de cáñamo rodeado á la cintura, va andando hacia atrás y soltando estopa en la medida exacta y proporcionada al tamaño de la cuerda que se fabrica, estopa que queda convertida en hilo gracias á la rá-

vida rotación de la espiga del carrete. Causa pena ver en los extensos cobertizos á los pobres hilanderos, hembras y varones, encorvados, silenciosos, marchando acompasadamente hacia atrás por los senderos grabados en la tierra por generaciones de obreros. Pero sin bramante y sin maromas no se puede vivir, y es preciso que alguien los haga.



Las tradicionales fiestas de Semana Santa en Hellín, de remoto origen que se ignora en absoluto, se celebran de un modo estruendoso y desconocido en el resto de la cristiandad.

Ello es bien sencillo. Todo el mundo tiene un tambor y todo el mundo lo toca, sacando fuerzas de flaqueza, si es menester, porque el quid de la gracia está en hacer más ruido que el vecino. Así, mientras la Iglesia conmemora y celebra los misterios de nuestra redención, millares de personas, repiqueteando desahondadamente en los descomunales parches, ensordecen la población y atruenan las cercanías con redobles verdaderamente espantosos.

Es también curioso el espectáculo de los nazarenos que recorren en tan solemnes días las calles, repartiendo á diestro y siniestro caramelos cilíndricos, de fabricación especial, propia de Hellín.

A tal punto ha llegado esta costumbre de repartir caramelos que, según dicen, ha habido año en que los confiteros han vendido quinientas arrobas sólo en Semana Santa...

Hemos terminado la excursión á Hellín con una visita á la frondosa huerta del juez municipal. Nada puede pedir allí el gusto más refinado, en punto á frutas, que no le ofrezcan y sirvan inmediatamente.

Hay, sobre todo, unos higos de distintas clases que convidan al atracón peligroso.

¡Qué higos, María



Santísima, los de la huerta del juez!

¡Y qué hijas las del propio cosechero!

¡Dios se las conserve!

XI

Hay una carretera que pone en comunicación las poblaciones de Albacete y Cuenca.

Por esta carretera hay que emprender la caminata en diligencia si se quiere y se tiene humor de visitar la villa de Casas Ibáñez, cabeza del partido de su nombre, y situada á cincuenta kilómetros, próximamente, de la capital de la provincia.

De los accidentes del camino y de lo pintoresco del paisaje poco habría que hablar, si verdaderamente se pudiera hablar algo. Más vale así, porque mal hubiera yo podido enterarme de esas cosas, ocupado como estuve durante la mitad del trayecto, ó sea hasta llegar á Mahora, en convencer al mayoral de que no me era posible enseñarle el retrato que él suponía que había de estar, detallado y coleando, en el cajón oscuro de la máquina. El hombre tomó su manía con tal empeño que apeló á todos los recursos imaginables para salirse con la suya, llegando hasta el extremo de ofrecerme un duro en el acto sólo por ver la placa. En esta disputa pasamos el puente sobre el Júcar, desde el cual se abarca gran parte de su feraz y famosa ribera, y llegamos á Mahora. Allí me dió un susto de órdago, porque mientras el ama del parador nos preparaba el almuerzo, le sorprendí husmeando en el equipaje, con el ansia de dar con el resorte de la cámara y contemplar su figura, que, por su desgracia, me ha salido después un tantico desenfozada y borrosa.

Mahora es en la actualidad un pueblo casi insignificante, que revela su ilustre abolengo en la profusión de artísticas rejías y de escudos medio horrados que adornan las fachadas de sus casas hasta de las más humildes.

Tiene, además, la ventaja de que se almuerza como en ninguna parte. Crúzase allí las diligencias que van y vienen de Casas-Ibáñez, y todos los visjeros piden huevos y magras. Con este trajín ha adquirido tal habilidad la cocinera para freir magras y huevos que, aunque esté mal visto en sociedad, se chupa uno los dedos de gusto.

No puedo menos de detallar el *menu*, porque merece pasar á la historia... sobre todo por el precio.

Almorzamos lo siguiente: media docena de huevos fritos, un pollo frito, dos raciones de lomo frito, ¡todo frito!, una de jamón crudo, un melón, cuatro manzanas, un enorme pan moreno y un porrón de vino, y todo ello nos costó ¡cuatro pesetas! Recomiendo, pues, el pueblo y la posada á los tragones con pocos recursos.

El mayoral, al acercarse á un pueblo, hace sonar estrepitosamente una bocina, cuyo áspero sonido anuncia á los sencillos habitantes que ha llegado el minuto preciso de ponerse en comunicación con el resto del mundo, y al llegar á Golosalbo, aldehuela casi derruida y cercana á Mahora, sale á la carretera un muchachuelo de unos diez años que cambia las escuetas valijas sin que se detenga el coche.

En Fuentesalbilla, el *arribo* de la diligencia, que se detiene al pie de la misma fuente que da nombre á la población, toma, en cambio, caracteres de acontecimiento y presencian el acto de dejar y recibir la correspondencia todas las personas pudientes y des-





Un labrador de Mahora.

ocupadas. A las cuatro de la tarde, con el cuerpo molido, como es consiguiente, se llega á Casas-Ibáñez, envuelto en una atmósfera pegajosa de soledad y de tristeza.

La villa, de fundación antiquísima, carece en absoluto de historia, ó por lo menos nada se sabe de ella, sino que jugó importante papel en la primera guerra civil, siendo objeto de frecuentes ataques de los carlistas. Recuerda estos hechos el monumento levantado al general Valdés, que fué su defensor con varia fortuna. Nada hay tampoco en la actualidad de notable. Únicamente llama la atención del curioso la abundancia de imágenes de santos hechas con azulejos sobre las puertas de las casas, el gran movimiento de acarreo que se nota en los alrededores, y que revela su importancia agrícola, y las dos salas de lo que aquí llaman casino, donde no se hace otra cosa que jugar al truco.

Al amanecer nos ha despertado una voz estentórea, precedida de un redoble de tambor, que decía en la calle:

«De orden del señor alcalde se prohíbe entrar á *rebuscar* y meter los ganados en viñas ajenas hasta que no se acabe la vendimia en todo el término municipal... bajo la multa de cinco pesetas.»

Como si ésta hubiera sido la voz que animó á Lázaro, hemos abandonado los mullidos lechos de la *fonda* de Cabrera y nos hemos empaquetado otra vez en el propio coche que nos trajo, y á las órdenes del mismo mayoral de la fotografía.

Poco he visto en Casas-Ibáñez, pero eso poco no se me borrará nunca de la memoria... porque he gastado dos días en el camino.

¡Menos mal que he almorzado dos veces en Mahora con tan fausto motivo!

XII

Amigo Cilla: Te quedaste en Albacete, en aquel amplio aposento del Hotel Francisquillo, aspeado todavía del dichoso viaje á Casas-Ibáñez, esperando la hora de salida del correo de Madrid, que

había de devolvete á tus lares á cumplir urgentes compromisos con otras publicaciones periódicas, y yo, por una testarudez que casi me honra, me empuñé en salir solito para Alcaraz, á riesgo de perder tres días en una excursión completamente inútil.

Pero no era posible dar cuenta de la provincia de Albacete sin visitar parte por lo menos de esta extensísima región de la sierra, que yo suponía lógicamente había de diferir bastante en aspecto y condiciones de todo lo visto hasta ahora.

Me acomodé, pues, en el pescante, y á las siete y pico salimos por la carretera de Jaén con gran estrépito de cascabeles y trallas.

Confieso que al llegar al tercer kilómetro y al salvar una pequeña curva se me cayó el alma á los pies. ¿Qué dirás que se presentó ante mi vista? Una recta de veintitrés kilómetros! Fíjate bien, porque así, escritos, los veintitrés kilómetros no parecen nada. Pero recorridos representan la inmensidad, el agotamiento de la

paciencia... ¿Tú sabes lo que son cuatro leguas de carretera recta como una i, sin la más ligera ondulación, sin la desviación más leve? Pues son lo único que puede dar idea del infinito. Aquellas dos hileras de montones de grava que se juntan, al parecer, en la línea del horizonte, sin un desmonte, sin un terraplén, sin una alcantarilla, tendidas en una llanura sin límites, semejan la estela de un barco en la planicie inacabable del mar...

Al terminar esta recta se encuentra el importante pueblo de Balazote, famoso por su abundante producción de superiores patatas.

Aparte de esto, no tiene otra particularidad que el barrio de las cuevas. Estas cuevas son realmente curiosas.

Tres paredes cubiertas por un tejadillo forman una especie de portal en cuyo centro se abre el boquete de entrada que por medio



Un lavadero de Fuentealbilla.



MAHORA.—Cambiando el tiro.

de una rampa suave conduce á las habitaciones bastante profundas, y al lado de este portal se levanta una chimenea circular, muy tosca, de tres ó cuatro metros de altura y con una especie de embudo de tierra cocida por remate.

Haz el favor de figurarte lo que yo habré excitado la curiosidad de aquellos habitantes subterráneos con el insoporrible chasquetón de pana que debo á tu poderosa iniciativa y el morral de la máquina colgado en bandolera...

Bajo la campana verdaderamente colosal de una chimenea que ocupa casi toda la cocina, sentado sobre el poyo clásico, almorcé los inevitables huevos

con lomo, rociados con un vino de primera clase (no de los que á ti te saben á agua de colonia), y volví á ocupar mi asiento en el pescante al lado de *Perino*, un mayoral casi viejo, con puños de acero, que maneja las cuatro mulas como si fueran perrillos amaestrados.

Desde que se sale de Balazote, el paisaje cambia por completo: empieza la montaña. Una montaña coquetona y pintoresca, bonita sin grandeza, compuesta de pequeños promontorios agrupados que bordean, en una extensión de 40 kilómetros (vete echando kilómetros), el alegre y estrecho valle del Balazote, un río que parece una acequia, en cuyas márgenes se cultiva todo género de cereales y legumbres.



CASAS-IBÁÑEZ.—El Ayuntamiento.

El camino ondula de tal manera que no bajarán de mil sus curvas violentas y rápidas... ¡Esto te hubiera gustado extraordinariamente á ti, enemigo mortal de los caminos derechos y de los campos áridos! La carretera es blanca como la misma nieve, y el polvo tan espeso que se levanta al paso de la diligencia formando verdaderas nubes. Blanco está el coche, blancas las caballerías, blanco *Perino*, blanco yo como un albañil que vuelve de la obra... Afortunadamente, me has dejado traer el cepillo, haciendo un sacrificio enorme que te agradeceré toda mi vida.

A trechos bordean la carretera apretadas filas de altísimos álamos que semejan una maciza muralla verde... ¿Podía nadie sospechar que en la provincia de Albacete hubiera esto?

En las inmediaciones de un pueblecito que se llama *Jardín* por una broma pesada del padrino, pues difícilmente se encuentra peñasco más escueto que el que le sirve de base ni casucas más terrosas y más miserables que las que le forman, he visto una cuadrilla de muchachas jóvenes y bastante bonitas recogiendo habichuelas á la orilla del Balazote. Vestían traje completo de hombre: sombrero de alas anchas, blusa corta y amplio pantalón. No las retraté porque me figuré al principio que serían chicuelos, y cuando caí en la cuenta ya no había tiempo. Como Dios me dió á entender hice un apunte á lápiz, que te llevaré para que con el exquisito gusto y la facilidad de comprensión que te caracterizan me lo dejes visible.

Por todas las sendas de la montaña bajaban á presenciar el paso del coche correo hombres, mujeres y chiquillos, que recogían de manos del mayoral, éste una cantarilla, aquél una cesta, la de más allá un ovillo de hilo, los diferentes objetos de uso ordinario encargados previamente á la capital; de modo que en aquella inmaculable serie de curvas iba haciendo *Perino* el papel de emisario del progreso, único representante del comercio en aquellas latitudes casi inexploradas. ¡Y habías de ver con cuánta alegría recibían los infelices montañeses las pruebas de la civilización que les llegaban por tan intrincados senderos!



JARDÍN.—Mujer recogiendo habichuelas.



CASAS-IBÁÑEZ.—Una curva de uva.

En lo alto de la montaña, á 68 kilómetros de Albacete, está el pueblecito de *Robledo*, donde no he visto otra cosa de particular que unos cuantos callejones, una casa consistorial de construcción moderna que, sin embargo, se está cayendo á pedazos, y ¡pásate una estanquera guspa como los angelitos del cielo.

Por fin... doce kilómetros más allá (ochenta kilómetros en diligencia, después de los ciento de ida y vuelta á Casas-Ibáñez) se



CASAS-IBÁÑEZ.—Un carro de uva.

levantan los restos del castillo de Alcaraz y del acueducto que surtía sus aljibes...

¡Ah! Pero esta entrada en la antiquísima ciudad, *cabeza de Extremadura y llave de toda España*, á las seis de la tarde, casi de noche... capítulo aparte merece.

XIII

Ahora, ahora es cuando deploro sinceramente tu ausencia, al penetrar por la calle Mayor, mal empedrada, tortuosa, con edificios de todos los órdenes y de todas las épocas, con corredores de



BALAZOTE.—Barrio de las Cuevas.



JARDÍN.—Un balcón sobre el río Batavole.

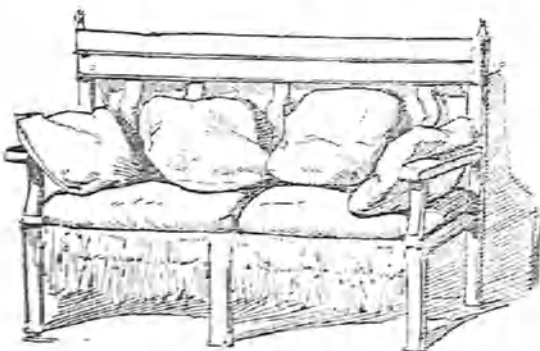
madera, con ventanas góticas, con fachadas platerescas... esta casa árabe, la vecina del tiempo de Felipe II, la de más allá acabada de construir el año pasado. En esta acera, al lado de una casa moderna con miradores, se inclina por el peso de los siglos otra que



ALCARAZ.—Una esquina.

presenció la Reconquista. En la de enfrente una puerta del Renacimiento sirve de entrada a un portal del año 40. ¿Has visto tú, ni ha visto alma nacida que no haya estado en Alcaraz, abigarramiento y mezcolanza semejantes?

Por uno y otro lado desembocan infinidad de callejuelas tenebrosas y lóbregas, que parecen conducir al abismo las de la izquierda, que parecen subir al cielo las de la derecha. Y en las de ambos lados repisas, arcos, escalinatas medio destruidas, aleros en que anidaron generaciones de gorriones durante mil años, lienzos de pared que se despanzurran, escudos, medallones, agujeros artísticos, ventanas con adornos de florones y columnas, corredores llenos de remiendos, todo envuelto en las sombras y oreado por el aire fresco de la montaña. Tuvo Alcaraz grandísima importancia durante los tiempos de la Reconquista, porque su posesión significaba para los moros andaluces el paso libre a las llanuras manchegas y el dominio de una región extensa y fértil. Así pasaron los alcaraceños siglos y siglos en combates diarios, y así ganó la



La banca clásica.

ciudad sus dictados de *llave de toda España y cabeza de Extremadura*.

En su recinto se albergaron dos reyes, D. Alfonso X y D. Jaime I. Durante una larga temporada, su fortísimo castillo vió entrar y salir por los puentes lo más lucido y brillante de las cortes castellana y aragonesa; en esas calles tortuosas pisaron los jacos de los más esforzados capitanes, y sobre sus negras murallas defendieron la cruz millares de hombres cubiertos de hierro. Aún, en las noches oscuras como esta que me ha tocado en suerte, parece que ha de oírse de un momento á otro la voz de alarma de los centinelas avisando un ataque de los enemigos que bajan en tropel del cercano castillo de las Peñas de San Pedro, y que han de pulular precipitadamente por las callejas sombrías, requiriendo las armas, los mesnaderos con sus cotas, los caballeros con sus bruñidos cascos empenachados, y que han de turbar el temeroso silencio los gritos de guerra, las voces de mando, el ruido de los mandobles al salir de las vainas y de los lanzones al caer en las enjas...



BATAVOLA.—Un ejemplo del sero ábaco.

De lo formidable del castillo, de la importancia de la ciudad como punto estratégico, baste decir que D. Alfonso VIII, que fué quien la ganó á los mahometanos, púsole cerco dos veces, teniendo que retirarse la primera, en 1182, y conquistándola, por fin, la segunda, en 1213, después de dos meses de duro asedio y de infinidad de asaltos infructuosos. De cómo atacaban nuestros ilustres abuelos te formarás idea cuando sepas que en uno de esos asaltos perdieron los cristianos 2.000 hombres. Bueno, pues al retirarse el



ALCARAZ.—Calle Mayor.

conquistador dejó de guarnición en la plaza 1.000 caballos y 3.000 peones; y hoy, viendo la ciudad casi en el mismo ser y estado en que se encontraba hace ocho siglos, con el perímetro marcado aún por los restos de las murallas, pasma que pudieran revolverse en tan estrecho recinto tantos hombres de armas, ni dar un paso si-

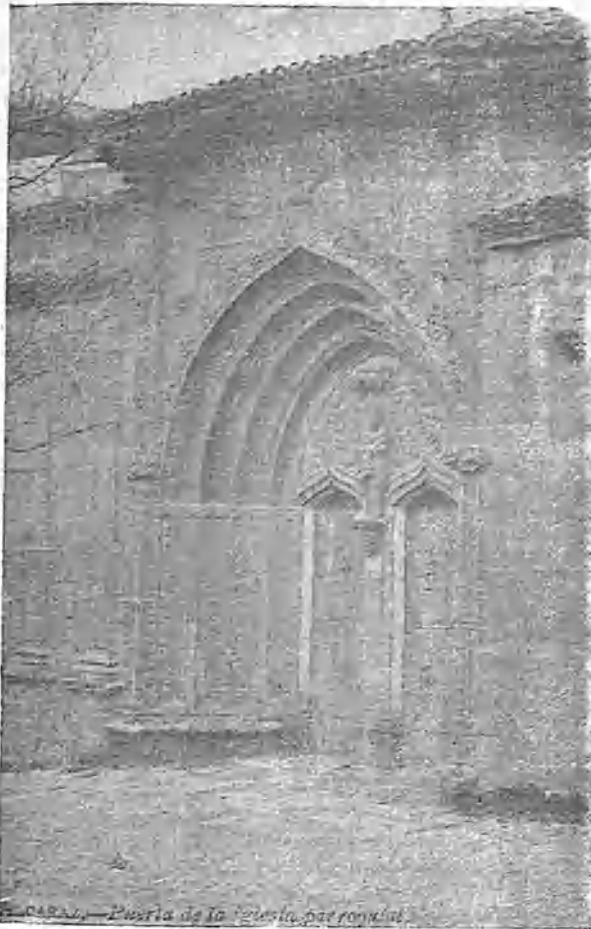


ALCARAZ.—Escudo de fachada.

quiera por estos empinados callejones tantos caballos. Pero ello fué así, y hay que creerlo.

Á media hora de la población, en una ladera, hubieras podido visitar, si hubieras venido conmigo, el santuario de la milagrosa Virgen de Cortes. Esta Virgen, escondida indudablemente en el hueco de una encina en los tiempos

de la irrupción surracena, se apareció, como otras muchas Vírgenes, á un sencillo pastor de Alcaraz, y entre resplandores



ALCARAZ.—Puerta de la iglesia parroquial.



Un callejón de Alcaraz.

de la ejecución, atado de pies y manos, le habían encerrado en un arca, con cerrojos y llaves, para que pasara en tan espantoso tormento la última noche de su vida.

Durmióse, sin embargo, el preso, encomendándose de todo corazón á la Virgen de Cortes, que, apiadada de su siervo, trasladó el arca con su contenido á su ermita de Alcaraz, donde la encontraron al día siguiente los guardianes, que sacaron vivo y sano al que pocas horas antes iba á sucumbir en poder de infieles.

vivísimos y con voz meliflua le ordenó la construcción de una capilla en aquel mismo sitio. Comprobada la aparición, y temerosos los de la ciudad de que, si cumplían el deseo de la Madre de Dios, cayeran sobre la ermita los moros, que aún dominaban en algunos puntos de la sierra, determinaron trasladarla al altar de la iglesia parroquial; pero, como acontece en semejantes casos, la portentosa imagen no se conformó con la decisión, y aquella misma noche se volvió al hueco de la encina.

Hízose, pues, la capilla, y costó no poco trabajo conservarla intacta de las acometidas de los moros, que, como he dicho antes, llegaban en sus excursiones hasta los mismos muros.

Cuéntanse de la Virgen de Cortes, venerada y obsequiada por muchos reyes y príncipes, infinidad de milagros. Te referiré brevemente uno de los más notables.

Gemía en una mazmorra africana un pobre cristiano alcaracé-

¿ Ya en lo intrincado de la sierra, cerca del pueblecillo de Riopar, se hallan establecidas las célebres é importantísimas fábricas pro-



ALCARAZ.—Á la vendimia.

piedad de la Sociedad metalúrgica de San Juan de Alcaraz. Se construye en ellas, gracias á poderosas máquinas y á legiones de obreros, toda clase de objetos de metal, y sus productos gozan de gran renombre en toda España y aun fuera de ella. No lejos de las fábricas, en el nacimiento del río Mundo, por cuyo cauce se conducen las maderas de toda la sierra, se disfruta, según dicen, de una perspectiva admirable. Pero para gozarla hay que viajar días enteros en mulo, y... no me siento con fuerzas para tanto.

Por último, no se puede dejar de hablar de Alcaraz, sin mentar á la insigne alcaraceña D.^a Oliva Sabuco de Nantes, escritora ilustre de excepcional talento, que floreció á fines del siglo XVI y trató en multitud de obras, con perfección asombrosa, las más difíciles materias. Se han agotado muchas ediciones de sus libros, y tal profundidad y variedad de conocimientos palpita en ellos, que no ha faltado quien llegue á suponer que Oliva Sabuco de Nantes es un pseudónimo de un sabio de aquella época.

Voy á concluir. Durante mi estancia en esta ciudad ha llovido copiosamente, con gran contentamiento de los labradores, que esperaban ese socorro del cielo. Pero á mí la benéfica lluvia me ha impedido trabajar, y he tenido que refugiarme en el casino con mis amables compañeros de paseo, que son muchos y excesivamente cariñosos.

Allí el registrador, que es un muchacho muy fino, ha buscado un pretexto para dejarme su sitio en la mesa del tresillo, y yo, que soy un zoquete en eso de los naipes, le he perdido cuanto había él ganado en una semana de suerte. ¡Es chusco eso de venir á visitar una ciudad histórica para perder el dinero registrador!

En este momento, una de la madrugada, me levanto de la mesa, donde hemos estado de tertulia no sé cuántas horas. ¡Tiembo al pensar que mañana he de levantarme á las seis para echarme al colete los 80 kilómetros de la vuelta!

¡Que Dios me coja confesado!

Cabeza de Extremadura y llave de toda España,
á 11 de Octubre de 1886.



ALCARAZ.—Serranos

XIV

El ingeniero D. Valeriano Perier, persona de veras ilustrada, de aménisima conversación y de agradable trato, ha hecho por mí el sacrificio, que lo es, y no flojo, de acompañarme durante cuatro días en estas excursiones de Albacete á Alcaraz y de Alcaraz á Vi-



llarrobledo. Gracias á él, que conoce á palmos el terreno de la provincia y mantiene relaciones de amistad con lo mejor de sus habitantes, lo que pudiera haber sido fatigosa campaña ha resultado entretenido y breve paseo.

Hecha esta declaración, con la cual no alcanzo á pagar sus atenciones, diré que salimos, á las siete en punto, de una mañana lluviosa y fresca, de la patria de D.^a Oliva Sabuco, cómodamente instalados en un coche de cuatro asientos, con almohadones y todo, el cual coche alterna con un carro en el servicio postal entre Villarrobledo y Alcaraz.

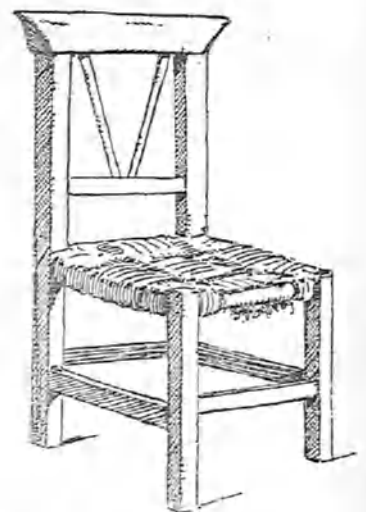
Las primeras estribaciones de la sierra en que se asienta esta última población, peladas y rojas, habían tomado con la lluvia un color de sangre que metía miedo.

Volvimos á pasar por Robledo, esta vez sin tener el gusto de saludar á la estanquera, hicimos alto por breve espacio de tiempo en un pueblecito intitulado el Balletero, donde tomaban el sol, libre ya de nubes, varios apreciables campesinos, almorzamos en El Bonillo, villa importantísima, á poca distancia de la cual tiene una magnífica posesión el exministro D. Alberto Bosch y Fustegueras, pasamos por las cercanías de Munera, edificada en un pequeño cerro, y caímos sobre Villarrobledo á las seis de la tarde, sin que, dicho sea en honor de la verdad, se me hubiera hecho largo el camino, gracias á la sabrosa y variada conversación de mi compañero, de que ya he hecho mérito más arriba.

Y bueno será hacer constar que el paisaje, en una extensión de muchos kilómetros, más se presta al aburrimento que á otra cosa.

Compasión causa el pensar en la vida de estos pobres labriegos, condenados á pasarla en esta campiña árida y escueta, en que todo está lejos, sin agua en el estío, sin leña para calentarse en invierno, y obligados á caminar leguas y leguas para recoger y almacenar sus frutos...

Villarrobledo, uno de los pueblos más grandes de la Mancha, lo es tanto por la especial distribución de sus casas y de sus inmen-





ALCAZAR.—Calle Barroca.

los corralones, que yo me he pasado una mañana entera buscando la salida para satisfacer mi deseo de visitar el interior del molino.

Tan rica fué antiguamente, tan abundantes eran sus cosechas de cereales, que se dijo de ella que sus paneras bastarían á surtir de trigo á toda España. Aún conserva restos de sus pasados esplendores, á juzgar por el inusitado movimiento de carros, galeras y caballerías que van y vienen por sus alrededores, semejando numeroso y activo hormiguero. Esta animación agrícola contrasta de un modo chocante con la soledad y el silencio de las principales vías. Todas las puertas están cerradas á piedra y lodo. Las clases acomodadas no salen, no se reúnen, no se tratan, y únicamente dos docenas de caballeros acuden á los casinos, en uno de los cuales, que además tiene un teatro, se sirve un café... que no tiene que envidiar al de la cervecería italiana de Albacete.

Volviendo á mi molino, diré que he quedado verdaderamente encantado de la visita.

Las aspas, que vistas desde lejos, como las han visto todos los viajeros de este mundo, parecen juguete de criaturas, son, de cerca, de una enormidad espantosa, y cuando el aire las voltea derribarían, no el mísero caballo de Don Quijote, sino una locomotora que se pusiera á su alcance.

La maquinaria que funciona en el interior es rudimentaria y sencillísima. Toda ella consiste en dos ruedas dentadas de madera, una en que termina la viga horizontal en que

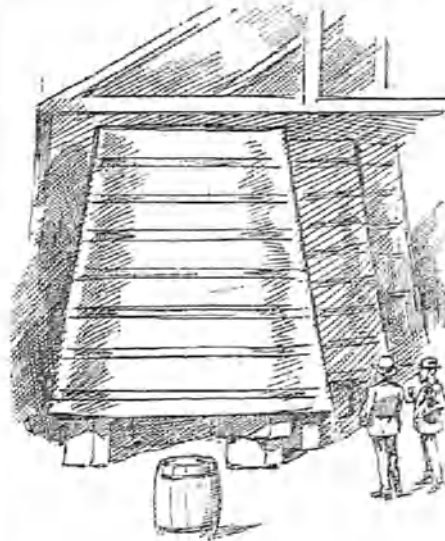
se apoyan las aspas, y otra unida á la viga vertical enclavada por su parte inferior en la piedra de moler.

El viento mueve las aspas, éstas hacen girar el primer madeiro y el engranaje de las dos ruedas dentadas establece el movimiento de rotación de la piedra, bajo la cual va cayendo el grano, que sale inmediatamente por un cajoncito lateral convertido en harina. Como se ve, el sistema es primitivo.



Moya.—Lapaleras.

La caperuza que cubre el edificio es giratoria, y por medio de un palo enorme que, arrancando del mismo vértice, viene en diagonal á quedar á medio metro del suelo, donde se amarra á un cabrestante, puede toda aquella mole dar vueltas para colocar las aspas en la dirección del viento.



Conos para vino.

Lo verdaderamente importante y curioso en Villarrobledo es la fabricación de tinajas, industria á que se dedican los habitantes de un barrio bastante grande, llamado por esa razón de

tinajerías. Tan amables son los obreros, altos y bajos, jornaleros y propietarios, que he podido presenciar todas las operaciones, siendo recibido en todas partes con exquisita cortesía, y recoger en breve tiempo cuantos datos me han hecho falta.



Villarrobledo.—Tinajería.

Para construir una tinaja, sea del tamaño que fuere, no hace falta molde, como pudiera sospechar la mayoría de los cristianos. Bastan la habilidad y el ojo de los operarios, que en este punto no tienen nada que envidiar á nadie.

El barro, compuesto de arcilla y arena en proporciones que no pueden mezclarse artificialmente, se busca por medio de pozos y galerías subterráneas en los alrededores de la población, donde hay, como es de suponer, gran abundancia de minas de esta clase. Tan delicada es esta primera materia, que basta echar en una mezcla de muchas arrobes un puñado de tierra común para que todas las tinajas se resquebrajen y sean, por consiguiente, inútiles. Si se tiene en cuenta que es imposible conocer la presencia de sustancias extrañas antes del horno, en el horno y después del horno, se tendrá idea de la buena fe y de la honradez de los jornaleros villarrobledanos, que jamás han acudido á semejantes artimañas en sus rencillas con los dueños.



Una calle de Villapalacios.

Extraída del barro la tierra, se humedece, precisamente con agua de lluvia, y del depósito donde se ha revuelto convenientemente se van sacando grandes pedazos, á que se da la forma cilíndrica. El obrero se echa al hombro uno de esos enormes *cordones* de barro, y una vez hecho el suelo de la tinaja, va soltándolo sobre los bordes, con tal rapidez y precisión que la materia depositada en cada vuelta no discrepe en grosor ni altura de las sucesivas ni de las anteriores.

De ese modo resultan las paredes del cacharro con esa igualdad asombrosa.

Las superficies interior y exterior se alisan á golpes de pala (unas palas iguales á las de las lavanderas), y esos golpes sirven de paso para dar mayor consistencia á las paredes.

Quando la altura de la tinaja lo exige, se colocan andamios que permiten seguir trabajando hasta construir la boca, siempre sin cálculos ni medidas, de ninguna especie, á pesar de lo cual, desde



El Pozuelo.—Una tinajero.

muchas de trescientas arrobas, destinadas á las grandes bodegas, y aun alguna que otra de quinientas ó seiscientas.

Su precio este año ha sido de dos reales por arroba de cabida, puestas en bodega.

¡Ahí una advertencia: no necesitan barnizado, y ¡largos fabri-



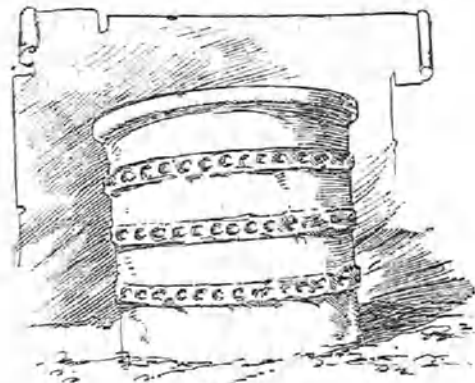
VILLARROBLEDO.—Un puesto de trabajo de cerámica.

el momento en que se coloca el suelo de una vasija se sabe con exactitud la cabida que ha de tener.

Concluidas estas operaciones, se la remoja, arrojando sobre ella cubos de agua, se la deja secar y queda en disposición de entrar en el horno, donde se cuecen varias á la vez de distintos tamaños.

Quando la acción del fuego ha endurecido el barro hasta darle la consistencia de la piedra, se verifica la extracción de las tinajas, que deslizándose suavemente sobre las espaldas de los obreros, caen sobre un carrito de cuatro ruedas, en el cual, por medio de cuerdas, se sacan á la vía pública, que es el depósito universal.

Por cierto que no de jan de presentar extraño aspecto las calles de las *Tinajerías* y sus campos adyacentes, materialmente cuajados de tinajas, en algunas de las cuales puede albergarse cómodamente una familia numerosa. Porque es de advertir que, aunque las más son capaces para ciento cincuenta arrobas de líquido, se construyen



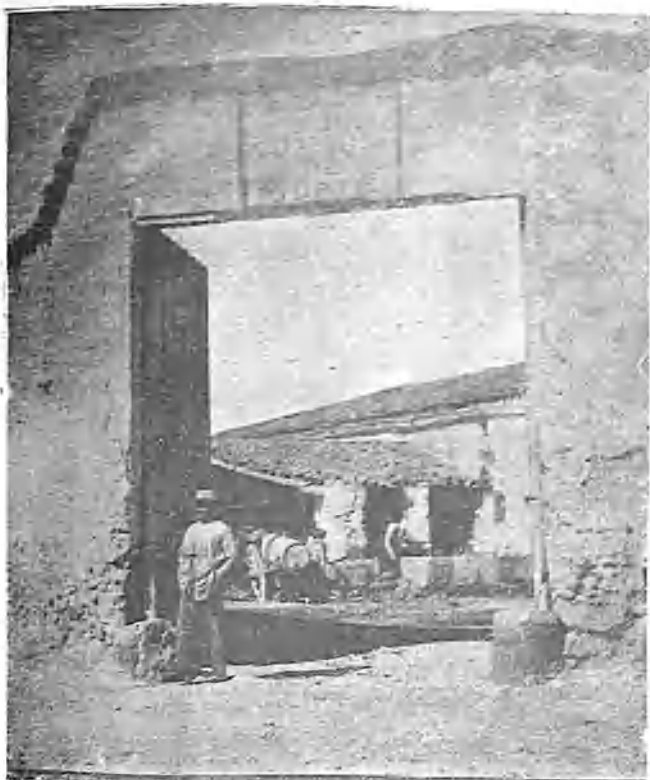
Brocal de pozo.

cantes las venden garantizadas hasta la primera fermentación del vino, que es la ocasión de probar sus buenas ó malas condiciones.

Y creo no tener nada más que decir de las tinajas.



VILLARROBLEDO.—El Consistorio.



VILLARROBLEDO.—Parador del Guardia de Corps.

XV

De lo que sí tengo que hablar, y no tanto como yo quisiera, es de las bodegas de Villarrobledo, que revelan la excepcional riqueza vinícola del país, aunque según las crónicas haya decaído mucho en estos últimos tiempos.

He visitado detenidamente las de San Antonio, edificadas cerca de la vía férrea de Madrid á Alicante y junto á la carretera que conduce á Cuenca.

A ambos lados de un inmenso patio, lleno siempre de animación y movimiento, se abren las puertas de los dos principales cuerpos del edificio, con sus amplios muelles para el reposo, carga y descarga. Llegan los carros, se pesa la uva y cae inmediatamente entre los cilindros de las trituradoras ó bajo los pies de los lagareros, que ambos procedimientos se emplean indistintamente. El producto de estas operaciones, mosto y orujo, se deposita en los trullos, grandes hoyos con paredes de ladrillo ó mampostería, y de estos trullos, por medio de bombas que mueven caballerías dando vueltas á malacates de distintos sistemas, pasa el preciado líquido á los conos ó á las tinajas donde ha de fermentar.

Los conos son enormes pozales de madera con aros de hierro, exactamente iguales á las herradas montañesas, con la única diferencia de que en ellos, en la mayor parte, caben cinco ó seis mil arrobas. Los conos asustan, tanto por su propia grandeza como por la consideración de los siglos que necesitaría una persona de buen ganate para beberse el líquido que contienen.

La habitación de las tinajas es de un aspecto imponente. Las ciento veintiocho vasijas, de tres-

cientas arrobas cada una, formadas de á seis, semejan un ejército de gigantes barrigudos que avanza dispuesto á ahogar en vino... todas las penas de este pícaro mundo.

Lo malo es que no puede presenciarse el espectáculo más que algunos segundos, porque el ácido carbónico, dificultando la respiración inmediatamente, amenaza con una muerte lenta, pero segura.

Como (no sé si lo he dicho ya) uno de los defectos capitales de



Terminación de una tinaja.

Villarrobledo consiste en la falta absoluta de agua de río ó fuentes, forzosamente han de apelar los vecinos á los aljibes, y para el servicio de las bodegas acababan de construir uno monstruoso, al cual bajé por una larga escalera de mano, pasando por un agujero por el que á duras penas puede sumirse una persona en las negruras del abismo.



VILLARROBLEDO.—Una calle de las Tinajeras.

Tiene este aljibe veinte metros de largo, cinco de ancho y cuatro y medio de alto. Por ahí podrán ustedes deducir la grandísima cantidad de agua que en él puede almacenarse. Allá abajo la conversación es imposible, porque el ruido más pequeño toma los caracteres de estampido de cañón y... no deja de tener sus atractivos un diálogo sostenido en semejantes condiciones.

Por último, y ésta es la parte lastimosa, mis acompañantes y yo fuimos obsequiados por los dueños de la casa... como hay que obsequiar en tales casos. Y entre probaturas de la cosecha de 1873 y del 85, y del año pasado, y coñac por aquí y clarete por allá... tenían que ver una porción de personas formales, sesudas, revestidas de autoridad algunas de ellas, alborotando al empezar la noche con sus canciones y risotadas las tristes, silenciosas y solí-



EL BALLESTERO.—La plaza en domingo.

tarias calles de Villarrobledo...

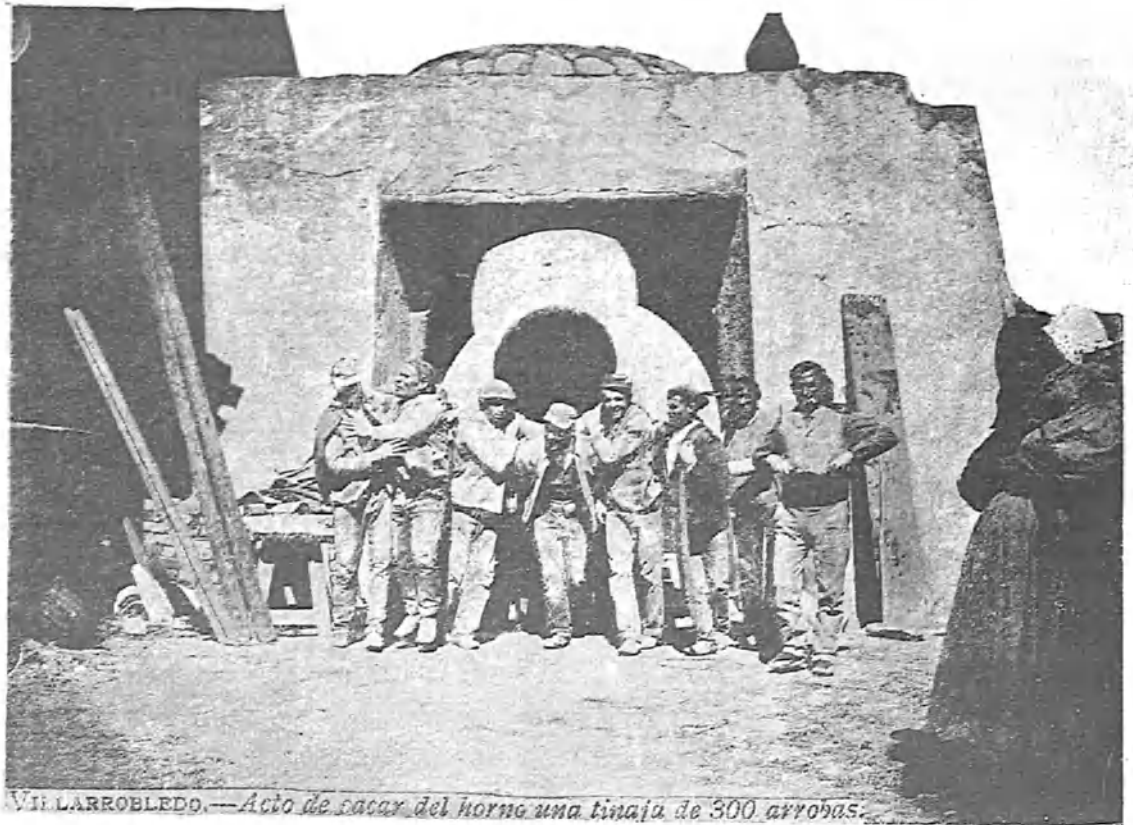
Por la misma razón que nos ha impedido visitar á Chinchilla, es decir, por los trastornos del itinerario á que hay que sujetarse por fuerza, he dejado yo sabe Dios para cuándo el dar un paseo por la Roda, otro importante pueblo de la provincia.

Pero si este pequeño defecto no puede subsanarse, porque es un pocotarde para hacerlo, sería imperdonable no remediar un olvido. (No digo involuntario aunque es frase hecha, porque el olvido es involuntario ó no es olvido.)

Ello fué que á la entrada del palacio de la diputación de Albacete vimos una noche, á la luz de las menguadas cerillas, un curiosísimo objeto de arte antiguo, destinado, según me dijeron, á figurar muy pronto en el Museo Arqueológico Nacional. Emulos de D. Pascual Serrano tiene la villa y corte que sabrán clasificar el objeto; yo debo concretarme á describirle.

Trátase de una escultura, bastante bien conservada por cierto, que representa un animal con cabeza de hombre, con barba rizada al estilo egipcio, patas, orejas y cuernos de cabra y cola de león, cuyo cuerpo voluminoso reposa descansando sobre las cuatro extremidades dobladas.

A este rarísimo y extravagante conjunto denominan en Albacete



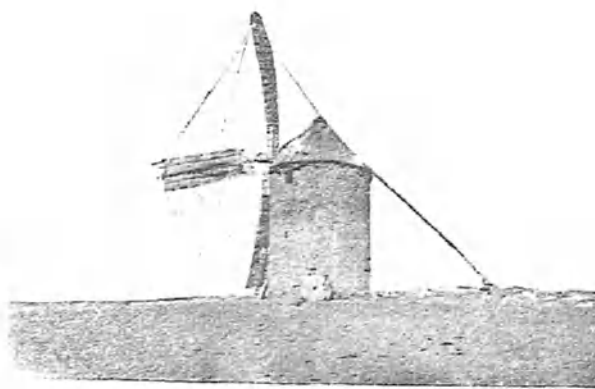
VILLARROBLEDO.—Acto de sacar del horno una tinaja de 300 arrobas.

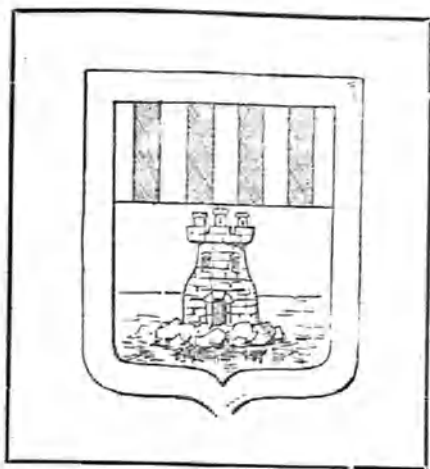
la bicha, y como fué encontrado al practicar excavaciones en el pueblo de Balazote, se añade generalmente: *la bicha de Balazote*.

¿Por qué, si el rostro es masculino, la gente ha prescindido de tan importante detalle y da terminación femenina al nombre?

¿No sería más natural decir el *bicho*?

Quédense el examen y resolución de tan interesante problema para señores más graves, serios y concienzudos que este humilde servidor, que besa á ustedes las manos.





ALICANTE

I

¡Gran batalla fué la que se libró en el límite mismo de las provincias de Albacete y Alicante al amanecer del día 6 de Noviembre de 1896, entre el sol que salía y las nubes que no querían marcharse!

Con el rostro pegado al cristal de la ventanilla del vagón y el ansia pintada en los ojos, asistía yo á la empeñada lucha, como parte interesada en que triunfase el ardiente Febo.

Al principio la victoria pareció decidirse por las nubes. Avanzaban éstas en compacta cerrazón, casi al ras del suelo, desde las montañas del Norte y las llanuras de la Mancha, y la vanguardia del astro rey, débil todavía, embotaba sus rayos en aquellas nieblas macizas que recibían constantemente refuerzos.

Pronto entró en acción el grueso del ejército luminoso y, atacando briosamente desde lo alto, mientras empujaba desde abajo la luz difusa filtrada á través del espeso velo del enemigo, obligó á éste á declararse en fuga y á refugiarse en las veletas de los campanarios y en los picos de los cerros, dejando jirones enganchados en las piteras y en los árboles.

Allí, en las montañas, improvisó trincheras, agarrándose á los peñascos; pero fué perdiéndolas una á una ante los millares de bayonetas de fuego, y cuando el tren penetraba en el pintoresco verjel alicantino quedaba sólo en poder de los nabarrones el formidable castillo de Almansa y habían ya perdido los de Villena y Sax, en cuyos derruidos torreones reinaba el sol triunfante, mientras allá en lontananza brillaba el mar como enorme plancha de acero bruñido.

Y así entramos en Alicante, con la alegría de un día espléndido



ALICANTE.—Una casilla de carabineros.

que prestaba animación á los muelles, con el suave calorcillo de una mañana primaveral que desentumecía los miembros y... con barro hasta las orejas.

El aspecto de la población, en estas condiciones, no dejaba de tener cierto atractivo. Extendida á lo largo del puerto á que debe su existencia, defendida desde la cumbre de un altísimo picacho de tierra amarillenta por un castillo moderno y una bien entendida serie de inexpugnables fortificaciones, parece una bandada de palomas recreándose á la orilla del mar y guardada por un águila que tiene su nido en las alturas del monte.

A lo largo del muelle central se extiende el paseo de los Mártires que, empezando cerca de la playa en que se levantan las casetas de los baños públicos, va á terminar formando ángulo con la calle de Luchana, en cuyo fin, y en el centro de una glorieta, se ha erigido recientemente una estatua á Maisonnave.

Claro está que también puede decirse que el paseo empieza en la calle de Luchana y concluye en los baños, pero... tómenlo ustedes por donde quieran.

Paralelas al muelle corren varias calles, de las



ALICANTE.—Los baños.

cuales la más importante es la Mayor, centro del comercio y camino obligado para todas partes, y en ella empieza, en línea vertical, la de Méndez Núñez, vía de primer orden y la mejor de Alicante sin disputa, con buenas casas y un gran paseo central y elevado, al cual se sube por una escalinata de piedra.

Como edificios dignos de mención no hay en Alicante, que yo sepa, otros que las casas consistoriales y el templo de Santa María, este último con una fachada de verdadero mérito.



ALICANTE.—Estatua de Maisonnave

ro. Cuando se dejan pasar muchos años sin verle, se le desea con ansias, se le adivina desde lejos en los frescos efluvios del aire, se le encuentra con un placer inmenso y se le goza con éxtasis...

Dirán ustedes que esto del mar no es patrimonio de Alicante; pero yo en Alicante tropiezo con él por primera vez después de larga ausencia, y aquí le saludo... con la menor cantidad de poesía posible.

Volviendo á mi escollera, diré que es sumamente curioso el retorno de los pescadores al oscurecer, manejando hábilmente las velas para enflar la angosta boca del puerto. Cerca de treinta de estas gaviotas hemos visto regresar á un tiempo. Parecían una escuadrilla que avanzaba atacando la ciudad sin el menor temor á los fuertes, y como el mar seguía con el resquemor de las tormentas pasadas, hacíalos bailar á su gusto, zarandeando de lo lindo á los tripulantes, que le miraban impertérritos, con las manos en el timón ó en el cowisje de las velas...



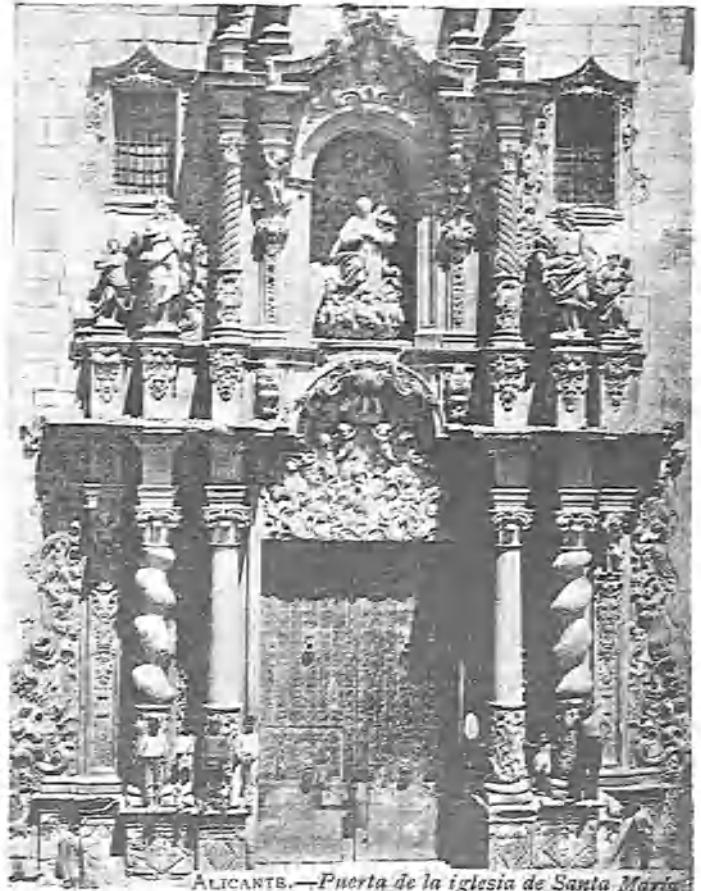
ALICANTE.—El muelle

Y digo que yo sepa, porque lo hemos olvidado todo: el arte, las costumbres, los tipos, hasta la religión de nuestros mayores, y nos hemos pasado el día junto al mar, un poco más alborotado, por suerte nuestra, de lo que generalmente suele estar el Mediterráneo.

El puerto de Alicante no es excesivamente grande, pero es bueno. Del muelle central parten dos laterales, recto el uno y semicircular el otro, que dejan una entrada bastante estrecha.

En la punta de uno de estos muelles, dejándonos salpicar á ratos por la blanca espuma, sentados otros en los penascos enormes de la escollera, hemos presenciado la salida y la vuelta de las lanchas pescadoras.

¡Ay! es que el mar ejerce tal atracción, aun sobre los que no han nacido ni se han criado en sus orillas, que donde él está no admite competencias, ni tolera maravillas, ni consiente curiosidad de otro género.



ALICANTE.—Puerta de la iglesia de Santa María

El Teatro Principal está de reformas, y no hemos tenido donde pasar la noche. Afortunadamente, al bajar por la calle de Méndez Núñez, con rumbo al Hotel de la Marina, hemos oído tras unas vidrieras gran estrépito de taconeos y algo así como lastimeros quejidos. Nos acercamos por si había que prestar auxilio á alguien. Sobre la puerta hay un cartelón que dice *El Liceo*. Entramos.

Y érase un saloncito con un corredor en la parte alta. Entre el corredor y el salón habría á todo tirar, una docena de personas, contando con nosotros, el camarero, el pianista y dos mozas, no garridas precisamente, que eran las que se quejaban y bailoteaban sobre un tablado.

No puede darse una alegría más... triste que la de aquella soledad misteriosa, turbada únicamente por los jipios de las dos infelices que se desgañitaban muy en serio para distraer á unos cuantos obreros... y á dos forasteros que estaban como gallina en otro corral. Acabada como Dios quiso la malagueña, ó lo que fuese aquello, entraron



En el muelle.

dos cargadores ó marineros con treinta años en cada pierna, que vinieron á sentarse junto á la mesa más cercana á la nuestra. Verlos una de las *tiples* y lanzarse á saludarlos fué una misma cosa, más por enterarse de cerca de nuestras cataduras que por quedar bien con los parroquianos.

El caso es que se arrió á ellos y contoneándose y dijocafiosamente:

—¿Cómo va, chiquillos?

Por lo que pudiera tronar, la hemos dejado con los *chiquillos* y nos hemos ido á la cama...

Notas al sumario: En Alicante hay servicio telefónico, alumbrado por gas y tranvía urbano; hay una temperatura deliciosa que permite dormir en invierno sin mantas y salir á la calle, si se quiere, en mangas de camisa; hay... que andar con ojo con el agua potable, porque produce irritaciones intestinales y los trastornos consiguientes á los que no están acostumbrados á ella, y hay... que madrugar muchísimo para tomar el tren corto é ir á Novelda.

II

—¡Madre, dame el sol!

Así termina una de las obras teatrales más importantes y más discutidas de Ibsen. El protagonista, que muere acariando era idea absurda, sirve al dramaturgo noruego para presentar un caso de atavismo que los críticos han llamado curioso, pero que es por desgracia, demasiado frecuente entre los fieles cristianos de la actual centuria. Al hijo le gusta muchísimo una criada; ¿por qué? Porque también le gustó



ALICANTE.—El paseo de las Mártires.

acabó de averiguar hoy mismo) á dos kilómetros próximamente de la estación del ferrocarril, y se recorre el trayecto, entre frondosas huertas y lindas posesiones de recreo y labor, en un ómnibus que viene á dejarle á uno en mitad de la plaza, á dos pasos de la fonda del Comercio, á cargo de Ramonet, donde forzosamente han de tomarle á uno por viajante catalán, aunque no lo sea.

Y aprovecho esta ocasión para saludar, de una vez para siempre, á la respetable clase de viajantes de comercio, nuestros compañeros en todos los viajes y en todas las fondas, cuyas conversaciones me son siempre de gran utilidad... aunque hablen en dialecto, y aunque se queden con las ganas de preguntarme qué artículos



ALICANTE.—Un carro de pipas.

otra criada al padre. La encuentra en el comedor y pretende abrazarla, y algo más, si puede ser. ¡Lo mismo que su padre! ¡Qué horror! ¡Y cuántos apreciables sujetos estarán obedeciendo á estas horas á esa influencia atávica!

Bueno, pues la misma muletilla de aquel infeliz neurasténico, ó lo que fuere, he tenido yo durante mi estancia en Novelda, aunque no en la agonía, á Dios gracias.

—¡Madre, dame el sol! ¡Dame el sol, madre!

Pero la naturaleza, á quien procuraba conmovier con mis súplicas de hijo cariñoso, no se ha dignado rasgar el manto del encapotado cielo ni por un momento siquiera, y una lluvia menuda, espesa y constante nos ha privado durante todo el día de admirar las innegables bellezas del paisaje.

Porque la villa de Novelda, capital de partido judicial mientras el Ministro del ramo no disponga otra cosa, es una bonita población con unos alrededores muy pintorescos, por lo menos en lo que á distinguir nos ayuda la tenue claridad de este día lluvioso, triste... y antifotogénico, que es lo más deplorable.

Está situada la patria de Jorge Juan (ya solté lo que



Calafate.



ALICANTE.—Puerta del distrito de San Juan.



ALICANTE.—El castillo.

llevo y qué plazas hago. Cumplido este deber de cortesía, diré que lo primero que me ha llamado la atención en Novelda ha sido un municipal con uniforme de verano y paraguas. Consiste el traje en guerrera larga y pantalón blancos con vivos verdes y kepis de la misma tela. El uniforme de invierno es negro, según dicen, pero... ¡oh dichoso país! el día 7 de Noviembre no ha concluido todavía el estío en Novelda.

Forman la villa unas calles estrechas y tortuosas, pero con buenas aceras y que deben de ser limpias cuando no llueva tanto como ahora.

Todas estas calles caracolean y se retuercen en torno á la calle de San Roque, ancha, espaciosa y recta, que, partiendo de la plaza, va á concluir en una ermita.

En ella (en la calle de San Roque, no en la ermita) se levanta un edificio casi suntuoso, rodeado por extenso jardín cerrado con verja de hierro. Es el casino; un casino digno de una capital de primer orden, con amplias salas y bien dispuestas dependencias, con aspecto de hotel que no desmerecería seguramente al lado de los más lujosos...



Guardia de Novelda.

En un monte de las cercanías están las famosas canteras, de donde se extrae gran cantidad de piedra blanca y dura, muy á propósito para construcciones; y en la población se dedica buen número de obreros á la preparación y arreglo del azafrán, que sale de sus manos tal y como se usa en la industria y en el comercio.

Por último, en un gran portal, sentadas en el suelo, hemos visto una cuadrilla de mujeres limpiando la almendra, operación que

no es que los labradores, que usan en su mayoría sombrero de alas anchas y blusa negra corta, aran sus tierras con una sola caballera, enganchando el arado, por consiguiente, á limonera.

Respecto al carácter de los obreros noveldenses ó noveldeses, como se diga, baste contar que el Ferret, á quien tuve que dar el

no deja de tener sus lances, por que la cáscara es de granito materialmente, y hay que partirla con ciertas precauciones para no machacar el fruto, que después, en virtud de habilitadas operaciones, ha de convertirse en socrusco sustancioso ó aromático caracolillo...

Y, siempre bajo la acción de la lluvia, que nos ha hecho renegar hasta en valenciano, tornamos en el ómnibus á tomar el tren coero para Villena.

De tipos y costumbres nada he encontrado digno de apuntar, si



NOVELDA.—Verja del casino y calle de San Roque.

encargo de descerrarar una maleta, se empeñó en que aquello no valía la pena y hube de sostener con él una verdadera disputa para que aceptara una pequeña gratificación por su trabajo, y el conductor del coche me hizo dar infinitas vueltas por los alrededores de la estación, porque á la cuenta le era indiferente cobrar ó no cobrar el precio del pasaje.

¡Conque si se quieren mayores desinterés y galantería!...

III



AGOST.—Una alfarería.

En la línea férrea se encuentran: Monóvar, célebre por sus riquísimos aguardientes; Elda, cuyo túnel, único en toda la vía de Madrid á Alicante, citó el gran Campoamor en uno de sus cantares, que dice, sobre poco más ó menos (del texto no estoy seguro):

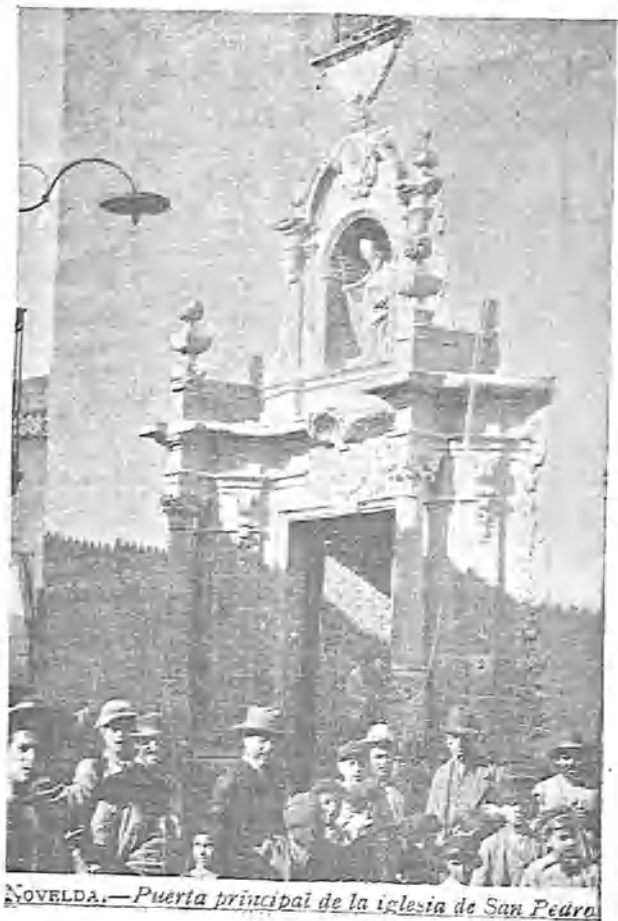


Castillo de Villena.—Torre del Homenaje.

«Con tanto placer cruzamos el túnel de Elda los dos, que á la salida exclámamos: —¿No habrá otro túnel, gran Dios?»



NOVELDA.—El mercado en la plaza de Fernandina.



NOVELDA.—Puerta principal de la iglesia de San Pedro.

y Sax, en la falda de un altísimo picacho coronado por los restos de un castillo que debió de ser inexpugnable.

Entramos en Villena á eso de las seis, completamente de noche, y como la estación está en la población misma, no hay vehículo alguno á la disposición de los viajeros.

Por el gusto de intentar una calaverada, desoímos las tentadoras voces del mozo de la fonda, y nos lanzamos entre la oscuridad á buscar á tientas alojamiento. ¡Suerte fué, y no pequeña, que la hospedería del Alcoyano estuviera á dos pasos del andén y á mí se me antojara fijarme

en el anuncio de la fachada, porque de no haber sido así, á estas horas andaríamos todavía vagando como almas en pena! ¿Que por qué? ¡Ay! Porque no saben ustedes bien lo que es Villena por la noche.

Después de la comida, amenizada por un fogoso orador de mesa redonda que tronó contra el Círculo de la Unión Mercantil por entregarse demasiado á la política, salimos á practicar un reconocimiento con las debidas precauciones. Eran las ocho en



VILLENA.—Tocado de misa.

punto y no había un alma por las calles, ¡lo que se dice ni un alma! Unos cuantos fa-

roles de petróleo, excesivamente distanciados, servían para hacer creer que los charcos eran terreno firme; puertas y ventanas estaban cerradas á piedra y lodo, y no se oían una voz, ni un ruido, ni el sileteo de un murciélago en aquella negrura pavorosa.

Únicamente estaba abierto, frente á nuestra fonda, el Círculo del Comercio, donde por recurso tomamos café, y donde hubiéramos estado solos á no ser por los viajeros, nuestros compañeros de alojamiento.

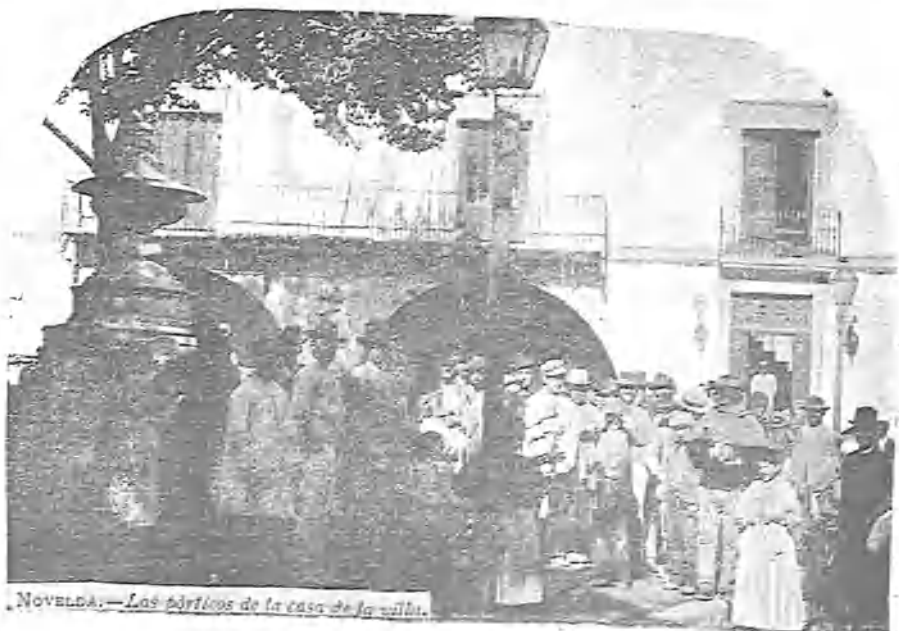
Imitando á los habitantes de Villena, cuyas morigeradas costumbres son de alabar, nos retiramos á las nueve.

Al entrar en nuestro cuarto estaba todo, naturalmente, como yo lo había dejado: las cuartillas en que trabajé mientras llegaba la hora de la comida, el tintero, las cajas de placas fotográficas, la lámpara de tubo rojo... pero ¡oh, sorpresa! sobre la silla en que me había sentado yacía un servicio de café, sin café, pero con cucharilla, servicio que yo no había puesto allí ni del cual tenía la menor noticia.

¡Aquello ponía los pelos de punta! Porque es de advertir que al salir habíamos cerrado la puerta con llave.

¡Cielos! ¡Si la sombra del marqués de Villena, aquel á quien tuvieron por brujo y encantador sus contemporáneos, se entretendrá en hacer jugarretas á los que vienen á visitar sus antiguos dominios?

Por de pronto esta noche voy á soñar con la redoma.



NOVELDA.—Los pórticos de la casa de la villa.



VILLENA.—Entrada á la plaza del Mercado.

Y á volver á dirigirme á la Providencia parodiando al personaje de Ibsen:

—¡Madre, el sol! ¡El sol para mañana, que si no voy á poder hacer fotografías!

Y, efectivamente, bajo un sol esplendoroso y rutilante se nos apareció al día siguiente un Villena distinto del que habíamos podido imaginarnos entre las sombras. Alegre, animado, lleno de vida, contrastaba notablemente con el pueblo muerto encontrado á la llegada.

Los trabajadores villenenses con sus trajes de día de fiesta, las muchachas guapas con sus trapitos nuevos, los señores de la burguesía tomando el sol en la plaza, ó en la calle de la Estación, ó en la Corredera, los mercados concurren, las calles todas bullendo de gente que iba y venía de la iglesia.

Se nos ofreció espontáneamente por guía nada menos que Simón Bocanegra, un mozo que limpia las botas al que se lo permite y, además, engancha viajeros para la hospedería del Alcoyano. Como era de temer, Bocanegra no estaba muy enterado de historia, ni de



VILLENA.—Escalinata de la fuente de Alfonso XII.

heráldica, ni de geografía, y hasta confundía lastimosamente el correo con el telégrafo, pero conocía perfectamente todos los escondrijos del castillo, que era lo interesante.

Además, y por si no fueran bastante sus escasos conocimientos, pronto se nos unieron, al olorillo de la máquina fotográfica, ocho ó diez muchachuelos sin ocupaciones perentorias, que nos escoltaron toda la mañana alegremente.

Con tan lucido acompañamiento recorrimos las principales vías de la población, admiramos la notabilísima fachada del Consistorio, dimos un paseo entre los vendedores de frutas y hortalizas en la plaza de las Ma'vas, oímos misa en la iglesia de Santiago, de orden gótico con enormes columnas salomónicas, y subimos al histórico castillo, resbalando y cayendo por empinadísimas callejuelas.

Consérvase este monumento en bastante buen estado, y mejor estaría aún si los franceses, los endemoniados franceses, no hu-

bieran tenido la malhadada idea de volar las bóvedas de dos pisos en la torre del homenaje.

Se llega hasta las almenas de esta torre por una serie de escaleras angostas y oscuras labradas en el mismo muro, y desde lo alto se ve, muellamente reclinada á los pies de la fortaleza, la populosa ciudad, con sus calles laberínticas y sus dos pequeñas torres.

Allá, á lo lejos, se extiende una vega pintoresca y feraz, hasta el límite de la provincia por la parte de Albacete, y hasta la cordillera por la de Alicante.



La zar de villenenses.

Está casi intacto su gran patio de armas con torreones en los ángulos y escaleras de piedra que permiten el libre acceso á la muralla. Tiene el castillo un no sé qué que infunde placidez al espíritu y no produce la impresión de terror de otras construcciones de esta clase. Tal vez depende esto de la subida fácil y de la familiaridad con que trataban á los venerables restos los simpáticos capitalistas nuestros acompañantes, que corrían y saltaban por todos lados, peleándose por enseñarnos cuanto sabían, que no era cosa mayor, desgraciadamente.

—Mire usted, aquí dormían los moros.

—Aquí se ponía el centinela de los moros.

—Allí, en aquel agujero, se ven unas tablas que son de la caja donde enterraron á un capitán moro.

—Siempre los moros!

—Aquellas aberturas redondas que se ven allá arriba—dice uno—eran para los cañones.

—Justo—añade otro,—y las rendijas que tienen encima eran para el gatillo.



En fin, que no dejó de ser instructivo y ameno el paseo por aquellas alturas.

Á la bajada presenciábamos la salida de misa de doce, llamándonos la atención el tocado de las mujeres, que consiste en una mantilla de franela blanca como la nieve.

Y después de comer, acompañados ya por personas mayores, visitamos la parte alta del Círculo Comercial, donde habíamos tomado café la noche anterior, casi sin saberlo, y todas las dependencias del Casino villenense, decorado con lujo y que tiene á disposición de los socios una biblioteca en que figuran los mejores libros de la literatura moderna: colecciones completas de las obras de Galdós, Pereda, Campoamor, Valera, Clarín, Alarcón, etc., etc.; de viajes, de historia, de geografía... en fin, pruebas palpables de que ha presidido en su formación exquisito gusto.

Pero lo que no debe dejar de visitar el curioso que pase por Villena son los manantiales.

En el patio de una casa particular, al mismo nivel del suelo, y formando un estanque, brota tal cantidad de agua cristalina que viven en ella, coleando muy á su gusto, centenares de barbos casi domesticados por el trato de gentes, y algunos de ellos muy respetables y muy dignos de figurar en cualquier banquete.

Se da salida al agua por una pequeña alcantarilla que horada los muros de la casa y forma á la entrada del mercado un no muy grande remanso que llaman *la fuente de los burros*.

Por una poterna abierta al lado de la fuente de Alfonso XII, situada en la plaza del mercado, se penetra en una gran cueva donde se ve salir á borbotones de los peñascos un verdadero río que por filtración viene, indudablemente, de las montañas próximas. El espectáculo bajo aquellas bóvedas oscuras es tan raro y sorprendente que, según cuentan, cuando D. Emilio Castelar estuvo en Villena, hace años, se sintió tan entusiasmado al ver aquello, que lo dedicó, ante sus escasos acompañantes, uno de sus más arrebatadores discursos.

Deploro yo no tener la maravillosa brillantez de estilo de nuestro gran tribuno;

pero más lo sentirán ustedes, que tienen que contentarse con esta relación breve y sucinta.

III

No es todo agua en Villena; también hay mucho vino y muy excelente.

Sin ir más lejos, en las grandes bodegas de Conesa, y en infinidad de departamentos repletos de conos, pipas y *vasijos*, se almacenan muchos millares de arrobas. Una poderosa máquina aspirante impelente, movida á vapor, hace los trasiegos necesarios por medio de una complicada tubería que serpentea en giros caprichosos por todas partes.

No hay para qué decir que probamos diferentes clases de caldos, elaborados en la casa, de exquisito sabor y aroma confortante; ni que á la salida el cielo cárdeno, las montañas plomizas y hasta el incierto porvenir nos parecían de color de rosa...

En el pueblo natal de D. Ruperto Chapí, el insigne y fecundo compositor, honra de España, no podía faltar música.

Y música tuvimos, y buena, y admirablemente interpretada al piano por



VILLENA.—Plaza de las Maltoas.

una lindísima señorita villenense, en una velada improvisada en obsequio nuestro, que se prolongó hasta la una de la madrugada. La pianista hizo primores de ejecución, se recitaron versos de todas clases, nos honraron con su compañía algunas muchachas bonitas

y todos los aficionados á las bellas artes, que son muchos; los dueños de la casa hicieron los honores con exquisita galantería, y nosotros... creo que nosotros no estuvimos á la altura de las circunstancias con nuestros atalajes de marcha y nuestra cortedad nativa.

La cual no me ha de impedir declarar *urbi et orbe* que Villena es uno de los pueblos más hospitalarios de la nación, y sus habitantes los más cariñosos y atentos de la tierra.

IV

Llaman *la chicharra* al tren que recorre el trayecto entre Villena y Bockairente, porque la locomotora pita

de una manera especial estridente y roncá.

Pues bien, en esta *chicharra*, que corre sobre vía estrecha y tiene unos coches muy cómodos, llegamos á Bañeras, después de cruzar



Una calle de Bañeras.



Mejor villenense.



Un alroyano.



VILLENA.—Al pie del castillo.



Alcoy.—Interior de la iglesia de Santa María.

los términos de unos cuantos pueblos, cada uno con su castillo correspondiente, de la misma época y estilo que el de Villena.

En Bañeras tomamos asiento en un carricoche que hace el servicio hasta Alcoy, trepando lentamente por el empinado monte de Santa Bárbara, y después de comer *salchichetas* en un ventorro de *El salto* (un caserío edificado en lo más alto de un conjunto de abruptas rocas, desde el cual se domina vasta extensión de accidentadísimo terreno), dimos con nuestros huesos en la ciudad de Alcoy, edificada entre montañas grises sobre las crestas y vericuetos que bordean el raquítico cauce del Serpis.

Simpática y alegre como ella sola es esta población, la de mayor importancia fabril de la provincia de Alicante. Limpia, cuidada, en perfecto estado de urbanización, con teléfono, con dos fábricas de luz eléctrica para el servicio del vecindario y una de gas para el del municipio, disfrútase en ella de todas las comodidades inherentes á semejante grado de civilización y... de un fresco demasiado subido para el que llega de Alicante.

Nosotros nos alojamos en la fonda de Rigal, que tiene café público en el patio, más de sesenta habitaciones para huéspedes, alguna de ellas de gran capacidad, y unos dependientes tan cariñosos que todos, desde el gerente á los camareros, le saludan á *vustet* dándole la mano.

Entrar en mi cuarto y sentirme atacado de uno de esos dolores

de cabeza que hacen estallar las sienes, fué todo uno. ¡Había que ver entonces la solicitud de la servidumbre que, sin duda, me adivinó en la cara el padecimiento!

—¿Quiere *vustet* alguna cosa? ¿Una *tasa* de flor de *malva*...?

—No, gracias; esto se me quitará solo.

—Pida *vustet* lo que vulgare, como si estuviera *vustet* en su casa.

Y, efectivamente, en mi casa hubiera creído estar si con intervalos de media hora no hubiera venido á turbar mi sueño febril una robusta voz de contralto

que, acompañada de un piano, amenizaba la velada de los concurrentes al café con canciones españolas y americanas...

Un paseo por Alcoy es sumamente fatigoso, porque está la ciudad entera en áspera pendiente, y las calles principales, rectas y bien alineadas, bajan desde lo alto de la cuesta hasta la misma orilla del río, en la cual se levantan la mayor parte de las fábricas. Todas aquéllas están afirmadas, con buenas aceras de baldosa, y las forman casas de tres y cuatro pisos, construidas sólidamente y con cierto gusto. Hay establecimientos comerciales muy lujosos, una iglesia, la de Santa María, que tiene una torre elegante y esbelta, y... unas mujeres bastante guapas.

La mayor parte de las vías públicas tienen nombres de santos, siendo las principales la de San Nicolás, situada en el centro, que empieza en la cumbre del montículo y termina en la plaza Mayor, y la del Mercado, que forma con ella un ángulo recto y continúa hacia el puente con el nombre de San Lorenzo.

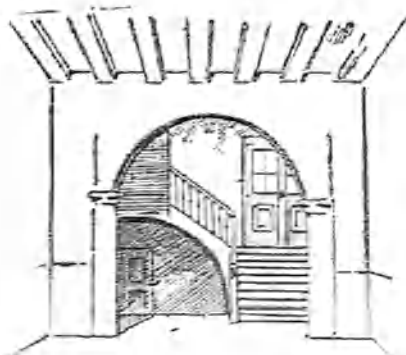
Todos los portales de las casas son del mismo orden, pues en ninguno falta el arco de piedra en el centro, de uno de cuyos lados arranca la escalera y en el otro abre la puerta que conduce al patio ó á las habitaciones bajas.

Los labradores visten alpargatas, media blanca, calzón corto abierto y con vuelillos al estilo aragonés, chaquetón, pañuelo negro á la cabeza y sobre él sombrero de alas anchas. La gente moza de la ciudad, como si dijéramos la *chivria*, usa toda vía pantalón de campana que cubre la alpargata casi por completo.

Como hay cuatro ó cinco fábricas de paños en cada calle, bastantes de papel de fumar y algunas de fósfo-



Alcoy.—Plaza Mayor en día de feria.



Alcoy.—En portal.



dad ocasionaron graves trastornos, pues el incendio devoró algunas fábricas y hubo desastres y colisiones sangrientas. Por eso dicen aquí que cuando el petróleo se asustaron muchos fabricantes y capitalistas y decayó no poco la industria de la población.

Gracias á la amabilidad de su dueño, el Sr. Gisbert Terol, que *aún* más nos ha servido de guía, hemos tenido ocasión de visitar una fábrica de librillos de papel de fumar. Fiel á mis propósitos, intentaré dar á ustedes cuenta de lo que he visto, con la mayor brevedad posible.

Constituyen la primera materia de tan delicada manufactura ¿qué cosas dirán ustedes? ¡Las suelas de alpargatas viejas! que, asquerosas, rotas y llenas de mugre, llegan por cientos de millares á las puertas de la fábrica.

La primera operación se reduce á apartar las inútiles y á descoser las restantes, dejando únicamente la parte de cáñamo. La tarea, como es de suponer, no es nada limpia y se ejecuta entre nubes de polvo.

Terminada ésta, entran las suelas en unos aparatos que las trituran, machacan y desmenuzan, dejándolas en disposición de lavarse en la lejadora, esfera colosal de hierro, á la cual imprime un lento movimiento de rotación la poderosa máquina de vapor que impulsa todas las del establecimiento.

Limpia ya la pasta, va pasando por unas pilas donde se purifica y mezcla con el cloruro de cal. En una de estas pilas funciona una enorme espiral de madera que agita la mezcla incesantemente, y concluida toda la serie de operaciones previas, que sería inútil detallar, porque todas tienden al mismo fin de limpieza, viene á parar la pasta, completamente cambiada de su primitivo estado, al primer departamento de la máquina monstruo, asombrosa combinación de rodillos, palancas, ruedas y planchas, de donde ha de salir dispuesta para el consumo.

Pasma verdaderamente contemplar cómo, en el corto espacio de diez ó doce metros que próximamente tendrá de longitud la máquina, lo que entra masa líquida por un lado, sale por el otro hecho papel finísimo convenientemente seco y planchado y en disposición de liar con él todo el tabaco que se quiera.

Sin embargo, nada más sencillo.

El líquido lechoso depositado en la primera artesa, ancha y de escasa profundidad, cae á una segunda, donde un aparato de absorción, que forma parte integrante de la máquina, separa y extrae el agua, y penetra la pasta sola, todavía húmeda, entre dos rodillos que la aplastan y alisan. De éstos, y sin solución de continuidad, cae sobre una tela sin fin que corre sobre otros cilindros ingeniosamente dispuestos y bajo los cuales se desarrolla una elevadísima temperatura que evapora las últimas moléculas del líquido y



deja el papel completamente seco para enrollarse inmediatamente en una especie de jaula también cilíndrica.

Es decir, que si no se cortara la ancha cinta podría obtenerse á la vuelta de unos cuantos años la tira suficiente para liar el globo terráqueo como un simple cigarrillo. ¡Calculen ustedes los libritos que producirá la máquina cada minuto!

Acondicionado de esta manera el papel, se deshacen los rollos y se meten primero en las prensas y luego en las guillotinas, cuyos cuchillos acaban por dejar las hojas del tamaño ordinario.

Empieza entonces la labor más pesada.

Un batallón de mujeres, niñas en gran parte, recortan los cartones de las cubiertas, pegan con goma los cromos, separan las hojas y forman el librito con una celeridad que asusta. Cuéntanse después, se empaquetan y se lanzan al mercado.

Para comprender la grandísima producción diaria de la fábrica, baste decir que el fabricante viene á cobrar por cada librito dos céntimos de peseta próximamente, y de ellos ha de pagar las máquinas, el carbón, las primeras materias, los viajeros y los 250 operarios.

Y... ya saben ustedes lo que cuesta dejar la suela de alpargata en disposición de que se la metan ustedes en la boca.

V

Otra de las principales industrias de Alcoy es, como he dicho, la de fabricación de pafios.

En la absoluta imposibilidad de visitar varios establecimientos de esta clase, hemos escogido el del señor Aparicio (muerto algu-





Denia.—Entrada por la carretera.

nos días antes), porque, según nuestros informes, había logrado montar su fábrica con los últimos adelantos.

En efecto, dos motores eléctricos, colocados en elegantes y espaciosas salas, hacen funcionar todas las máquinas instaladas en el edificio, que son muy numerosas.

Del oficio de todas ellas podrán ustedes formarse idea leyendo lo siguiente... con la paciencia necesaria.

Cárdase la lana en unas cepilladoras mecánicas que consisten en una combinación de cilindros dentados; límpiase y pláncese en otros rodillos y se hila en unos aparatos especiales muy complicados á primera vista, pero que funcionan, sin embargo, con tal facilidad y sencillez que un chiquillo basta y sobra para su cuidado y arreglo.

Consisten estos aparatos en dos barras paralelas y horizontales, una sobre otra, entre las cuales están colocados los husos, y apoyadas sobre unas ruedecitas que corren sobre rieles. En cada huso, que gira independientemente de los demás á impulsos del motor común, se anuda, como es natural, un hilo, y cuando la cantidad que media entre las barras y la parte de máquina que sirve de depósito á la lana está suficientemente apretada y retorcida, no hace el chiquillo más que soltar las paralelas que, gracias á las ruedas, se aproximan al depósito, y el hilo se enrolla rápidamente á los husos. Vuelven á separarse las barras y torna á repetirse la operación. Y así continuamente.

Cuando la hebra ha de tener dos ó más colores, otra máquina servida por mujeres, complicadísima y difícil de comprender en una sesión sola, teje y mezcla los diferentes hilos por medio de otros husos, que funcionan de una manera distinta que, aunque quisiera, no acertaría á explicar á ustedes.

Los telares están en un gran salón, ocupado por 32 máquinas que funcionan á la vez con un estrépito ensordecedor que sólo pueden resistir los que á él están acostumbrados.

En cada una de estas máquinas se teje el paño con distintos dibujos y colores, sin que esto quiera decir que no sirvan todas para todos, gracias á una acertada distribución de tornillos y engranajes.

golpea la barra citada más arriba. De ese modo la urdimbre resulta maciza y compacta.

A cada lado de la máquina hay un juego de lanzaderas, pudiendo funcionar una sola, ó dos ó más, según el número de colores que han de entrar en la combinación de hilos transversales.

Terminada la operación de tejer, entra el paño en las máquinas secadoras, cepilladoras y planchadoras, cuyos elementos principales son los cilindros. Y pasa después á manos de unas cuantas obreras que examinan y reconocen detenidamente las piezas, quitan los nudos, recortan los hilos salientes y repasan y zurcen los



Alcoy.—Patio de la fábrica de paños de Aparicio.

rótos ó débiles, teniendo que volver en este caso á las prensas y al planchado.

Y esto es todo.

No quiero añadir que desconfío de haberme expresado con claridad, porque ya creo haberlo dicho en otras ocasiones, y no es cosa de estar siempre con igual mutilla.



Denia.—El castillo.

VI

Sin probar las famosas *peladillas* de Alcoy, abandonamos esta ciudad, contemplándola con cariño desde la carretera que conduce á la estación del ferrocarril de Gandía, sostenida, al parecer, la ciudad, no la estación, por un milagro de equilibrio sobre los peñascos que lame el Serpis.

El tren que ha de llevarnos es una segunda edición del *chicharra*, y se forma á nuestra vista con la lentitud propia del que no tiene obligación de llegar á hora fija á ninguna parte; porque es de advertir que á nadie se le ha ocurrido hacer la menor combinación de empalme entre las líneas secundarias de Alcoy á Gandía y de Carsgente á Denia, y pierde uno las horas que es una bendición.

¡Ahí pero esta *chicharra* es muy respetable. Para llegar á su destino tiene que cruzar una sierra abrupta con tremendos desfiladeros, profundas gargantas, elevadísimas crestas y abismos oscuros á que la luz de la luna presta indefinibles encantos. Y aquel tren, que parece juguete de criaturas, tan *llarg* que no se le ve el *cap*, como decía un compañero de viaje, avanza majestuosamente, salvando puentes, cruzando riscos y horadando montañas, sobre su vía de poco más de un metro de anchura, por curvas violentas y respirando y crujendo fatigosamente.

Una sola vez, entre las estaciones de Muro y Beniarrés, al subir por una áspera pendiente, faltaron á la locomotora las fuerzas necesarias para arrastrar tan gran convoy, y se detuvo de pronto en mitad del campo...

No se asustó nadie; no se oyó una voz ni para preguntar qué ocurría...

Y era curioso el espectáculo de aquella larga fila de coches quietos y silenciosos en el monte, con la locomotora en el *cap* forcejeando durante largo tiempo para salvar el obstáculo. Sólo se oía de vez en cuando el rápido correr de las cadenas de los trenos, cuando el peso del tren arrastraba á la máquina hacia abajo.

Por fin, tras un supremo esfuerzo, y sin necesidad de que los viajeros tuviéramos que empujar, como yo temía, se subió la cuesta, se cruzó la montaña y se llegó con toda felicidad á Gandía,



DENIA.—Descarga de maderas.

la campiña, algunas de ellas blancas hasta las tejas, y todas con su pareja de palmeras á guisa de guardianes. A poco más de una hora de viaje empieza á respirarse la salina atmósfera del mar y



se entra en Denia, ciudad esencialmente marítima, situada en el límite septentrional de la provincia de Alicante.

Cerca de la estación está la calle principal, ó por lo menos una de las principales, la del Marqués de Campo, y en ella la fonda del Comercio, donde nos hospedamos, algunos cafés modestísimos y casi siempre solitarios, el Casino obrero y bastantes establecimientos comerciales de relativa importancia.

Paralelas á ésta, hasta la falda de la colina que sirve de base al castillo, hay otras calles bastante bien acondicionadas, una de las cuales atrae la atención por su nombre. Se llama... ¿cómo dirán ustedes? ¡De la *Sandunga*!

En la plaza, que es muy pequeña, se alzan las casas consistoriales, edificio de moderna construcción, y el hospital de la Caridad, de bonita fachada, con jardín delante.

El castillo ocupa una gran extensión, y sin tener nada de notable, es, sin duda, una respetable defensa para la población, en los ataques por mar principalmente. No hay otros monumentos dignos de mención que los restos de una muralla romana, cuyos cimientos besan las olas y que, á juzgar por los vestigios, debió de ser formidable.

¿Ustedes habrán oído hablar alguna vez del puerto de Denia? Pues bien, Denia no tiene puerto, y su construcción sería indudablemente base de gran prosperidad para el pueblo y de utilidad



Guardia de Denia.

positiva para la comarca. Actualmente, las barcas pescadoras no tienen más abrigo que el que pueden prestarles unos malecones sencillísimos, y los buques de algún calado tienen que anclar á gran distancia.

A pesar de eso, unas y otros bailan que es un gusto en cuanto



DENIA.—Grupo de obreros.

entrando, por consiguiente, en la provincia de Valencia.

¡Dormimos allí, y á la mañana siguiente emprendimos la marcha para Denia en la tercera edición del *chicharra*,

que tiene la suerte de cruzar uno de los trozos más bonitos del territorio de la Península.

Bordean la vía férrea verdaderos bosques de naranjos cargados de fruto, chumberas, olivos, palmeras y viñas; y mientras cierra el horizonte por la derecha una cordillera de montañas diplomizas, le limita por la izquierda la plateada planicie del Meditarráneo.

Innumerables casas de labor se levantan á cortos trechos en toda



DENIA.—Obreros á la salida del almucón.

el mar se alborota un poco. El principal comercio marítimo de Denia es el de las pasas, que en cantidades enormes se exportan con destino á Inglaterra.

Hay en la población muchos y grandes almescenes donde las mujeres, sentadas en el suelo formando corros, ó en fila junto á largas mezas, con sus capachos al lado, se ocupan en despalillar el fruto, dejando la pasa limpia de estorbos y en disposición de encajarse en cajoncitos de madera y ser trasladada á bordo.

El cuadro que presentan estas inmensas salas á la hora del trabajo es animadísimo, y no lo es menos el de las calles todas de la ciudad al dar las doce y suspender las tareas. Yo he visto la calle de Diana, ancha vía que corta perpendicularmente á la del Marqués de Campo, literalmente llena de obreras en compacta masa, riendo y charloteando, como si formaran en una numerosa manifestación alegre y pacífica.

Y las he oído también á las once de la noche, en la oscuridad más completa, porque el Ayuntamiento apaga los faroles de gas demasiado pronto.

Lo que prueba que éste es un pueblo trabajador que madruga y no debe trasnochiar, por lo menos oficialmente.

Á la misma orilla del mar, cuyas olas llegan hasta las casas, está el pintoresco barrio de la marinería, que sirve de habitación á los no muy numerosos pescadores de la ciudad y á los escasos cargadores de los muelles... cuando haya muelles, porque á estas fechas la carga y descarga de los barcos se hace con grandes dificultades.

Y gracias á que algunas compañías inglesas dedicadas al negocio de exportación de pasas han hecho construir unas especies de



DENIA.—Cargando algas á la villa del mar.

machinas, por donde se internan pequeñas vagonetas (se ejecutan las operaciones con menor pérdida de tiempo).

Es, pues, de absoluta y urgente necesidad la construcción del puerto. Con él Denia puede llegar á ser una población floreciente por su situación topográfica y por la fertilidad y riqueza de la extensa región que habría de utilizarle para dar más rápida salida á sus productos.

Y ustedes perdonen el parrafato, que parece un suelto de cualquier periódico defensor de los intereses morales y materiales.



JIJONA.—Un grupo de obreras.



Casa de labor en las cercanías de Denia.

VII

El viaje de retorno hacia el Sur ha sido sumamente agradable.

Salimos de Denia á las seis y media de la mañana, contemplamos de nuevo el magnífico panorama de la huerta de Gandía, que parece cada vez más hermoso, y gracias á la antedicha y endiablada combinación de trenes, que obliga á detenerse allí más de dos horas, nos desayunamos con unos huevos fritos y unas sardinetas servidos por una garrida valenciana en una mesita colocada en el andén, al sol.

Despedimos con el inevitable «Pasen bien» — «Don viatge» y torna á cruzar la abrupta sierra, esta vez iluminada por un sol espléndido, entre los resoplidos de la diminuta locomotora, que pasaba las de Cain para ganar las pendientes, y vuelta á repartir apretones de manos en la fonda de Bigal.

En esta segunda etapa hemos comprobado y probado las riquísimas peladillas, que siento no poder ya ofrecer á ustedes, y además un par de casquets rojos, muy usados en esta tierra, que representan el término medio entre la barretina y el gorro de dormir, y que si puedo poner á disposición de cualquiera, en la seguridad de no hacerle ningún favor, porque al más pintado le sientan como un tiro.

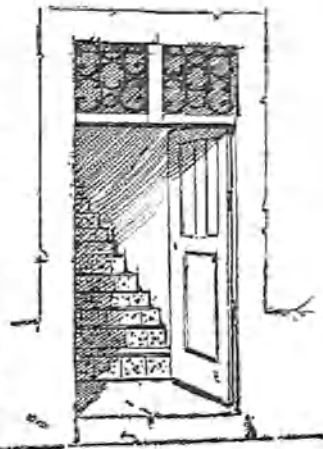
Tienen una ventaja: cuestan ocho perretas, ó sea cuarenta céntimos cada uno; de modo que después de los cucuruchos de papel no puede uno ponerse en la cabeza nada más barato.

Á las once de la noche, en un cochecillo donde á duras penas caben cuatro personas y van seis ordinariamente, se sale de Alcoy para Jijona, donde se llega á las dos y media de la madrugada, después de subir lentamente la empinada cuesta de la Carrasqueta, y de bajarla á escape, al borde mismo de profundísimos barrancos y de precipicios pavorosos. Y siempre apretados, estrujados por los compañeros de viaje, sin poder hacer movimiento alguno ni alzar la cabeza por no pegar en el techo. El que no haya hecho tal viajecito á tales horas no sabe lo que es canela fina.

No sé por qué me había yo figurado á Jijona limpia, alegre, rodeada de extensa campiña y sombreada por palmeras, naranjos y limoneros. Y nada más lejos de la realidad. Se entra en la población sin saberlo, creyendo que se sigue viajando por el pelado monte, tal está de escondida en un barranco y rodeada de picachos escuetos. Verdad es que aquellos campos, que parecen áridos, son fértiles por el trabajo del hombre, que ha sabido sacar fruto de la tierra labrando las montañas á fuerza de practicar en ellas escalones y organizando un sistema perfecto de riegos, ni más ni menos que en el resto de la provincia.

Realmente, en Jijona no hay más que una calle, la de Vall, formada por la carretera y en la cual hay dos casinos. Las otras son callejones que trepan, como hiedra en pared por la falda del cerro coronado por los restos de un antiquísimo castillo de que no quedan en pie más que un torreón y algunos trozos de muro.

Pero si como población carece en absoluto de importancia la tiene, y grande, por sus



DENIA.—Un portal.

celebrísimos turrone y peladillas, de que abastece á toda España. Y como esta industria sostiene á la mitad del vecindario, y ella era el principal objeto de nuestro viaje, sin quitarnos, particularmente yo, el polvo del camino, fuimos muy de mañana á visitar



JIJONA.—Una perola.

al veterano D. Luis Mira, que desde un oscuro pueblecito, sin reclamos ni anuncios pomposos, y únicamente por la bondad de los productos de su fábrica, ha adquirido universal renombre.

Los demás fabricantes de Jijona, que son muchos, expenden el género al por mayor y exportan grandes cantidades para América; el Sr. Mira vende siempre al menudeo, y así, caja por caja, ha logrado hacer una propaganda suave, pero segura.

Le encontramos entre dos perolas, con los cinco sentidos puestos en la mezcla para calcular el momento preciso del punto.

Púsose inmediatamente á nuestra disposición, nos enseñó todas las dependencias, nos explicó detalladamente todas las operaciones y nos hizo probar las peladillas y el turrón, mientras nos enseñaba con orgullo su título de caballero de Isabel la Católica y los diplomas de los premios obtenidos en buena lid en diferentes exposiciones.

Precisamente por entonces se preparaban grandes remesas para Madrid con motivo de la próxima Pascua de Navidad, y los cuatro pisos de la casa, con los muebles arrinconados, bullían con la animación del trabajo incesante. Porque no vayan ustedes á suponer que el turrón se hace como las pajaritas de papel. Tiene sus dificultades y requiere su estudio, como cualquier arco de iglesia. Y precisamente su buena calidad consiste en el gusto y el tino del que dirige las operaciones. En distintos puntos de la provincia nos habían dicho que en ninguna parte se fabrica el turrón como en Jijona, porque contribuyen á ello aquel clima y aquellas aguas; y el buen Mira nos ha jurado, puesta la mano sobre su título de caballero de Isabel la Católica, que él es capaz de hacerlo igual en mitad de la Puerta del Sol ó en la plaza Mayor de Monforte de Lemus.

Lo que prueba que el *quid* no está en las condiciones del país, sino en la habilidad y el gusto de los fabricantes jijonenses, transmitidos de generación en generación.



Un pastor de Jijona.

Separadas las almendras de su dura cáscara, labor que ya habíamos presenciado en Novelda, se procede después con sumo cuidado á limpiarlas de la película interior y escoger las más finas, *rechonchetas* y aceitosas, que son las que dan mejor y más sabroso producto.



D. Luis Mira y su estado mayor.

De estos dos cuidados se encargan en las fábricas de Jijona unas guapas mozas, frescas, airosas, bien plantadas, que tienen, por todas esas cualidades, gran nombradía en muchas leguas á la redonda.

No se dijo por ellas, seguramente, aquello de «no me vengas con alicantinas», porque ¡ay! ¡qué más quisiera uno!

Tan excelentísimas personas cumplen con su cometido de la manera más alegre del mundo, pues en las salas del trabajo se suceden las malagueñas y las jotas desde la mañana hasta la noche, acompañadas á ratos por la guitarra de un obrero que deja de moler para rasguear en las cuerdas é interrumpidas de vez en cuando por una sesióncita de baile. Chocándonos mucho aquello, el dueño nos dió la explicación exclamando:

—¡Qué quiere *vusteti*! Como no ganan mes que cuarenta *séntimos* hay que darles un poco de *libertat*!

¡Hermosa *libertat*, que hace que cundan más y sean más llevaderos el trabajo y los cuarenta céntimos!

Bien, pues, una vez limpias las almendras, se ponen á secar en el santo suelo hasta que no les quede una sola partícula de humedad en los poros, porque esto perjudicaría notablemente al turrón, y entre tanto se mezclan independientemente determinadas cantidades de azúcar, miel y clara de huevo.

Hácese la mezcla en las *perolas*, vasijas cuyo nombre indica su forma. empotra las en hornillos de mampostería, y allí, á fuego lento, se revuelven las tres sustancias, y sobre ellas, en el momento oportuno, se echan las almendras enteras. El conjunto pasa después á las piedras de chocolatero,



JIJONA.—Segundo grupo de obreras.



JIJONA.—Tercer grupo de obreras.

donde se muele á brazo durante todo el tiempo que se juzga necesario, y en seguida vuelve á las perolas á revolverse y machacarse, siempre bajo la acción del fuego lento, con largas manos de mortero, hasta que tomen el punto.



JIJONA.—La mollienda.

El movimiento y ección pueden, si no echarlo á perder todo, por lo menos quitar suavidad y gusto á la pasta.

Por eso el jefe no se separa de las hornillas y las vigila cons-



JIJONA.—Calle del Tull.

Y éste es el momento culminante de la operación.

De él dependecasi exclusivamente la calidad del turrón y su mérito en el mercado. Porque no hay regla fija que marque el tiempo que se ha de tener esta segunda vez en las perolas, y hay masa que necesita diez ó doce horas y la hay que está despachada con cuatro ó cinco. Algunos minutos más ó algunos menos de mo-

sardinas en banasta y con polvo hasta las entretelas.

El camino hasta su mitad sigue siendo tan accidentado como el de Alcoy á Jijona, pues la carretera se dilata por entre áridas colinas sin variedad ni encanto de ninguna clase hasta que, acercándose al mar, se dirige á la capital atravesando su feracísima huerta, orla florida que festonea toda la costa de Levante, sembrada de coquetones caseríos y animada siempre por el incesante movimiento de la arriería y el sinnúmero de diligencias y tartanas que hacen el servicio entre Alicante y los pueblos de la Marina.

VIII

¡Elchet la maravillosa ciudad levantina, encanto de los ojos y asombro de las almas, pedazo del paraíso de Mahoma enclavado en tierra española, con sus apretados bosques de palmeras gigantes, su embalsamada atmósfera, su cielo purísimo y sus huríes de ojos negros como el azabache, produce admiración tan intensa, sensación tan profunda, placer tan nuevo y tan grande, que... no se puede cantar en prosa. Pide á voces la inimitable armonía de los versos castellanos, la sonora rima y la riqueza de color de nuestro gran Zorrilla, único poeta que hubiera sido capaz de amoldar á su inspiración robusta y siempre fresca la imponderable belleza de semejante verjel, sin rival en el mundo.

A la caída de la tarde se nos apareció, como una decoración de comedia de magia, la característica silueta de la ciudad morisca, recortada sobre las encendidas nubes del crepúsculo. ¡No hay nada comparable á aquel espectáculo magnífico! Sobre las copas de las palmeras se destacan cúpulas y minaretes; á un lado y otro bordean la vía frondosos huertos, y allá lejos, á la izquierda, se adviene el Mediterráneo, que viene á morir mansamente en las playas de Santa Pola.



JIJONA.—Un rapaz con el traje del país.

tante y cuidadosamente para dar la orden de parar en el instante preciso.

Después no queda más que hacer que extender el turrón en cajitas de diferentes tamaños, que también se construyen en Jijona, clavar las tapas y facturarlas en la estación más próxima, que está, desgraciadamente, á noventa kilómetros.

Y con este motivo vuelvo á ejercer de periodista de intereses morales y materiales y digo: Pero, señor, ¿por qué no se construye el proyectado ferrocarril de Alicante á Alcoy, pasando por Jijona?

Si esta pregunta la hubiera yo hecho unos cuantos años antes y, además, hubiera tenido respuesta satisfactoria á su debido tiempo, cosa que no era de esperar, nos hubiéramos evitado el disgusto de empaquetarnos de nuevo en el coche de los cuatro asientos donde se acomodan seis, para tornar á Alicante como

Hay mucho que narrar y no poco que describir de Elche. Se necesitaría, para concederle la merecida importancia, un voluminoso libro, por lo cual voy á ser breve en cuanto pueda.

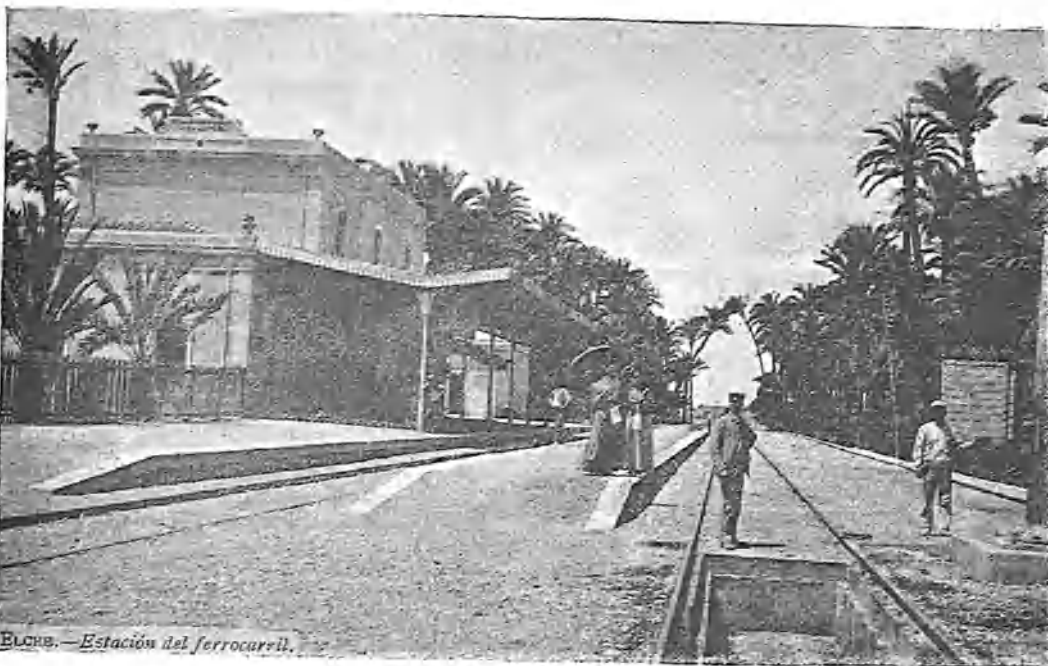
La antiquísima *Illice* se levanta á orillas del Vinalapó, de ancho y profundo cauce, pero siempre seco, porque en un pantano se recogen todas sus aguas por medio de un dique y se aprovechan en el riego de una vasta extensión de terreno; de modo que sólo en épocas de grandes lluvias hay corriente en el río.

Y ya que hablo de riegos, debo hacer constar que el sistema de acequias y canales que hoy se utiliza es el mismo del tiempo de los moros, tan diestros en estas cosas que, aunque se ha intentado alguna vez variarlo, no ha podido lograrse por estar aprovechados de tal manera los accidentes del suelo que es imposible mejorar la distribución de las aguas.

La población es grande, muy alegre, con casas de dos ó tres pisos y todas con azoteas y terrazas; pero lo característico, lo asombroso es el bosque de palmeras, macizo,



Elche. — Puente de la Illice férrea sobre el Vinalapó.



Elche. — Estación del ferrocarril.

te distancia para que le permita amplia libertad de movimientos; se apoya fuertemente con la cintura, y con los pies descalzos empieza á trepar, haciendo subir á cada paso, por medio de un golpe rápido y violento que le deja sin punto de apoyo, la parte de cuerda que roza en el tronco, y así llega hasta la copa con tan vertiginosa rapidez que no andaría seguramente más de prisa por el suelo.

Una vez arriba, suelta las dos manos y queda recostado sobre la cuerda, con la fuerza necesaria para que ésta no se afloje. Y allí, á una altura que da miedo, recoge tranquilamente los dátiles y los deposita en un capacho que sube con él y que hace descender por medio de una larga cuerda cuantas veces sea preciso hasta acabar con el fruto.

La bajada se verifica del mismo modo que la subida, sirviéndose también de la soga como sostén y del tronco como punto de apoyo. Cilla ha

espeso, de una hermosura sin igual, incomparable, que la ciñe por todas partes menos por la del río.

Este bosque, de que nadie puede formarse idea no viéndolo, está distribuido en huertos cercados con tapias de piedra ó simplemente con vallas de palma seca, que dejan entre sí caminos ó callejas suficientes para el paso de los carruajes. Las palmeras viejas, que cuentan muchos siglos, alcanzan grandísima altura, y para recoger los dátiles que en macizos pelotones cuelgan allá arriba, se emplea un procedimiento sencillísimo, pero que requiere gran destreza y no poca resistencia de puños. El obrero rocea su cuerpo y el tronco de la palmera por medio de una soga anudada en sus extremos, de modo que quedan dentro del círculo el hombre y la planta, guardando la suficien-



Elche. — Plaza Mayor y calle de la Corredera.

hecho un apunte al correr del lápiz, para que ustedes puedan formarse idea aproximada de la operación. Al dibujo me remito.

La preparación de las palmas secas, que tienen especial aplicación en la fiesta religiosa del Domingo de Ramos, se hace recogiendo y atando las ramas verdes en forma de cono desde su nacimiento hasta la copa. Al cabo de cierto tiempo adquieren el color amarillo y no hay más que cortarlas.

de moros y cristianos y en las de éstos con los señores feudales, á quienes donaron



Elche.—De corte de la paja.

IX

Cuenta Elche con dos monumentos notables: la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción y la Calahorra.

La iglesia, construída á fines del siglo pasado, es amplia, de un gusto severo, con grandes capillas y un altar mayor de mucho mérito. La fachada es churrigueresca.

La Calahorra es una antiquísima fortaleza construída para defensa de una de las puertas de la población y hoy cambiada completamente hasta el punto de que cuesta trabajo reconocer en ella el edificio formidable que jugó importantísimo papel en las luchas

la ciudad los Reyes Católicos.

Pero tal y tan sólida debió de ser que, al transformarla en vivienda ordinaria y común, la podido construirse una habitación de



Elche.—Puerta principal de la iglesia de Santa María de la Asunción

grandes dimensiones en el espesor de uno de los muros.

El marqués de Lendínez, su último propietario, formó en sus espaciosas cámaras un rico museo de objetos de arte, antiguos y modernos, que conservan sus herederos cuidadosamente. Hay allí preciosos muebles de distintas épocas, cuadros de gran valor, entre ellos dos de Murillo, cacharros artísticos, lámparas, libros raros y curiosos, armaduras auténticas y una variadísima colección de objetos de cerámica y alfarería.

De la agradable temperatura que se disfruta en Elche sólo puedo decir dos cosas: el mismo día de nuestra llegada habían obsequiado los liberales ilicitanos á D. Práxedes Mateo Sagasta con un banquete en pleno campo y á la sombra de las palmeras! Era el día 14 de Noviembre.

Y nosotros, sin ser jefes de ningún partido ni soldados rasos siquiera, comimos también en una finca de recreo

cercana á la población, en el portal de la casa y abriendo las puertas para que hubiera corriente de aire. Por cierto que probamos entonces el clásico *gaspacho* de la tierra, que es un guiso de conejos y pollos sabrosísimo y suculento, y generalmente se sirve, no en fuente ni en cazuela, sino en unas tortas especiales amasadas para semejantes casos...



Campestre de las cercanías de Elche.



Elche.—Fuertes de la acequia mayor.

Una de las principales industrias de la población es la de fabricación de alpargatas, que es sumamente sencilla, pues se reduce á formar círculos concéntricos con la cuerda de cáñamo y darles después por medio de la costura la forma de la suela. Esta primera parte está encomendada á los hombres. Las mujeres, entre tanto, preparan la tela de la parte superior, que un cortador les va entregando, hacen los ojales y la unen después á la plantilla.

ELCHE.—TROZOS DE MÚSICA DEL AUTO SACRO-LÍRICO.

Bfabmi
 Acto primero.—Bajada del ángel.
 E u vos sa, i ue ver ge im peri ai
 ma re del rey ce le sia
 I yo us port sa lus
 salua mēt de I vostre fill
 om ni po tent

O
 Acto segundo.—Entrada de Santo Tomás.
 Des cer te sa ce lens de mi de tri De
 et de sa con so la que no sia
 tu om ni po te nt Vos in a super
 yo tro ba en es ta sa se pul
 es cu sa que les in dies me a ocu
 tu pa

Tiple 1.
 Acto segundo.—Final de la coronación.
 U os si au be narri ha da á reynar etnal ment
Tiple 2.
 U en tan tos de con tinent Per nos se reu co ro na da
Bajo.
 U os si au be narri ha da á reynar e ter
 nal ment en tan tos de con ti nent per nos se reu co ro na da
 U os si au be na rri ha da á reynar e ternal ment
 on tan tos de con , ti nent. Per nos se reu co ro na da



ELCHE.—Fuerte de la balsa secada.

El Teatro Llorente, así llamado en recuerdo de su fundador, es bonito, espacioso y bien decorado. Funciona en él ordinariamente una sociedad de aficionados pertenecientes á la clase trabajadora, que hacen obras de todos los géneros los domingos y fiestas de guardar. La entrada es pública y de pago, y con los productos aumentan honradamente los socios sus jornales. Presenció un ensayo, y no pude menos de admirar á aquellos obreros que, en vez de reposar en la taberna de sus tareas cotidianas, se inclinan y arrastran á sus convecinos hacia esas instructivas distracciones, cuyo influjo se prueba en su carácter hospitalario y cariñoso para con los de fuera, signo evidente de la cultura y de la educación de un pueblo.

X

Consérvase en Elche una tradición religiosa que no puedo menos de reseñar con relativa extensión, por ser quizá la más curiosa y notable de España en este género.

Me refiero á las fiestas de la Virgen que se celebran en el mes de Agosto con pompa inusitada, y á las cuales acuden muchos millares de personas de toda la provincia y de fuera de ella.



ELCHE.—Un ángel de la fiesta.

Consisten principalmente en la representación en la Iglesia parroquial de un auto sacro-lírico que consta de dos partes ó actos





que se ejecutan en los días 14 y 15 del mes citado más arriba, y á la cual sirve de interesante prólogo el espectáculo maravilloso de la *nit de l'albá*.

Al cerrar la noche del día 13, todos, absolutamente todos los vecinos de la ciudad suben á sus respectivos terrados, bien provistos de bengalas, cohetes y otros caprichosos artificios de pólvora. De pronto, el cielo se ilumina con millares de luces de colores, el estruendo de los cohetes retumba en el espacio y de todas las azoteas parten incesantemente largas líneas de fuego acompañadas de una gritería ensordecedora, semejando el conjunto una batalla de astros sostenida por ejércitos invisibles sobre las blancas terrazas y entre los muros formados por las altísimas palmeras... No puede imaginarse nada más fantástico.

Suspéndese el tiroteo para comer la clásica sandía, y en el momento en que *Calendura* (un guerrero de madera que golpea automáticamente sobre la campana de la torre del Consistorio) hace sonar las primeras campanadas de las doce, surge de la casa del Ayuntamiento una vistosa palmera de fuego y quémanse por todas partes castilletes, ruedas y bombas, mientras se elevan infinitas voces gritando: ¡*Viva la Mare de Deu!*

Así empiezan las fiestas.

Al día siguiente, después de vísperas, se representa la primera parte del auto, que se canta por los encargados de la interpretación con una música originalísima, suave, con cierto deje morisco, y cuyo autor se desconoce. Entra la Virgen (un muchacho), acompañada de ángeles, por la puerta principal del templo, y al llegar al tablado, preparado delante del altar mayor, desciende un ángel desde lo más alto de la cúpula por un ingenioso mecanismo, y en medio de una decoración de gloria dice á la Madre del Señor que irá á reunirse con su Divino Hijo al tercer día de su muerte, y le entrega la palma que ha de llevar en el entierro. Desaparece el ángel y van llegando sucesivamente los apóstoles, en presencia de los cuales muere la Virgen. Por un escotillón des-

aparece la persona que la representa, y se sustituye por una imagen en el lecho mortuario. Desciende de lo alto el *Aracali*, cántase un coro de apóstoles y bienaventurados, asciende de nuevo la nube, suena el órgano y atruena la ancha nave de la iglesia el ensordecedor griterío de millares de fieles que han presenciado el auto con grandísima devoción y profundo recogimiento.

En la mañana del día 15 se verifica por las principales calles de la ciudad la procesión del entierro, y por la tarde la representación del segundo acto, ó sea el de la Asunción de Nuestra Señora.



Aparecen primeramente en el templo los apóstoles. San Pedro entrega á San Juan la palma, y entre todos tratan de llevar en brazos el cuerpo de la Virgen. Se presentan después los judíos, que pretenden arrebatarlo; quieren impedirlo los discípulos del Señor, y trábase un combate en que San Pedro desenvaina la espada. Los judíos son vencidos y acaban por adorar de hinojos á la Reina del cielo.

Los apóstoles toman la sagrada imagen y simulan la procesión del entierro; hasta que, bajando de nuevo desde lo alto de la rotonda el *Aracali*, se detiene al borde del sepulcro, y mientras el coro angélico entona dulcísimos cantos, se deposita la imagen de la Virgen en el sitio que ocupaba el sacerdote del *Aracali* y ascienden todos, por último, entre nubes de incienso, á los acordes del órgano y con mayores voces y gritos de la multitud, que expresa



estruendosamente su alegría y su entusiasmo, saludando la coronación de la Virgen.

Tal es la famosa *Festa de Elche*.

La partitura del auto ocupa dos tomos voluminosos, y la letra está en idioma lemosín.

Como se ve, esta curiosísima tradición, que he tenido que contar de referencia, merece conservarse por su originalidad y por la particular devoción que inspira en toda la comarca.

XI

Una de las dificultades de esta especie de crónicas, y no la menor seguramente, es la de poder sustraerse á la influencia del estado de ánimo en que uno se encuentra y juzgar hechos, personas y lugares con entera imparcialidad y desapasionamiento absoluto.

Por ejemplo, al llegar á la ciudad de Orihuela, última etapa de nuestra excursión por la provincia, sentía yo algo así como agotamiento de fuerzas, fatiga de espíritu, que trae aparejada una indiferencia malsana hacia todo lo que se ve y se oye, deseo de descanso, fastidio, hartura de impresiones.

Contribuyen, sin duda, á este fin el excesivo trabajo que supone el hilar de prisa y corriendo los apuntes correspondientes á una provincia ex-



ORIHUELA.—El Segura saliendo de la población.

tensa, de gran importancia, variada en tipos, caracteres y costumbres y rica en matices, y tal vez el exceso de cariñosas atenciones y finos obsequios con que los ciudadanos de un país amable y comunicativo por naturaleza ayudan á llevar la espinosa carga.



En tal situación moral y física hemos recorrido la población, donde, por añadidura, no conocíamos á nadie; y por eso, á dejarme llevar del aplanchamiento nervioso, todo lo hubiera encontrado soso, aburrido, fastidioso y desagradable.

He necesitado, pues, un gran esfuerzo para ver las cosas tales como son, y no como á mí pudieran parecerme, y he tenido que prescindir de mi situación propia, para colocarme en la del viajero que entra en la provincia de Alicante por los límites de la de Murcia.

La primera impresión en semejante caso ha de ser buena forzosamente.

La campiña no puede ser más pintoresca y más alegre, ni la ciudad más risueña y coquetona, pues aquella, cuajada de huertas con palmeras, naranjos, olivos y viñedos, sembrada de caseríos y chozas con tejadillos de paja, bajo un cielo diáfano y con una temperatura primaveral, no puede menos de sugerir ideas de color de rosa, y la población, de numeroso vecindario, con calles largas y espaciosas, bonitos paseos, casas modernas y no pocos detalles y monumentos artísticos, con el carácter original que le presta, cruzando por el centro, el caudaloso río Segura, cuyas aguas la arrullan incesantemente al caer de las presas, ha de resultar simpática y proporcionar gratísimas emociones al forastero.

El río, en cuyas márgenes está edificada Orihuela, corre por la falda de un áspero y elevado monte á que sirven de montera los restos de un castillo del cual apenas se divisan desde abajo un torreón aspillero y algunos lienzos de muralla.

Casi á la salida de la población, cerca de un puente de hierro, sujetan al Segura grandes presas orladas de blanca espuma, cuyo constante rumor parece avisar á los habitantes que, si está allí la corriente para fertilizar la huerta, han de vivir siempre prevenidos contra los peligros de las inundaciones. Aún se recuerda con horror la catástrofe ocurrida hace algunos años, cuando las lluvias torrenciales convirtieron los pacíficos remansos, que ahora utilizan



ORIHUELA.—Fachadas de la iglesia de Santo Domingo y del Seminario.

las lavanderas, en desatados torrentes que llevaron la consternación y la miseria á toda la comarca. Tuvo entonces la Nación entera un hermoso rasgo de caridad, y de todas partes, de Madrid especialmente, llovieron cuantiosos donativos para remediar el desastre. Entonces fué cuando el filántropo ilustre D. José María Muñoz entregó enormes cantidades con destino á los inundados; por cierto que Orihuela le ha levantado una estatua en la plaza de la Constitución, hermosa como prueba de agradecimiento, pero de mérito tan escaso como obra de arte que, á haber podido conocerla previamente el donante generoso, tal vez se hubiera quedado con su dinero... por temor á las consecuencias.

La particularidad saliente de Orihuela es la profusión de templos. Puede decirse que hay uno en cada calle, á consecuencia de lo cual se encuentra un ministro del Señor á la puerta de cada casa.

Entre todos (los templos, no los curas) descuellan la catedral, excesivamente pequeña, de construcción gótica pura en el interior y con fachadas de distintos órdenes, que tiene una verja de hierro muy notable, y la iglesia de Santo Domingo, adosada al edificio del Seminario, grande y excesivamente recargada en los altares, capillas, ventanas y columnas de adornos de gustos diferentes y de épocas distintas.

El palacio episcopal, situado en la calle Mayor, frente á la catedral, es un edificio de respetable antigüedad, con un patio digno de mención, y en cuanto á construcciones modernas, merece citarse el Casino, de aspecto casi monumental, con anchurosos salones decorados con lujo y en los cuales se disfrutan cuantas comodidades pueda apetecer el más exigente aburrido.

Como era día festivo el en que visitamos la ciudad, reinaba en ella extraordinario bullicio, porque, á la cuenta, hay mucho *señorio* en Orihuela, y los cafés, de escasas dimensiones todos, rebosaban gente y aturdían con el estrépito de las fichas de dominó, tranquilo juego á que hay una afición decidida.

Infinidad de mujeres, la mayoría guapas, iban y venían de las iglesias ó curioseaban desde los amplios balcones ó desde las panzudas rejas. Puede decirse que tenemos el honor de conocer personalmen-



Una calle de Orihuela.





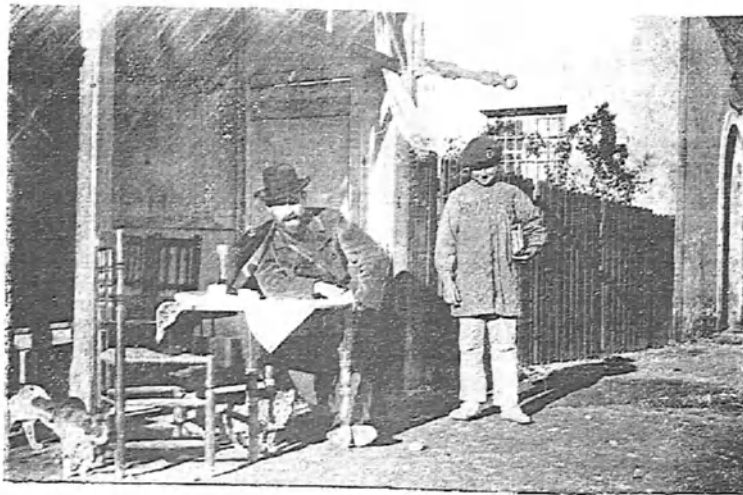
ORIHUELA.—Puerta de la catedral.

te á todo el elemento femenino de Orihuela. Lo malo es que aquella numerosa colección de muchachas bonitas está acotada por quien puede hacerlo. Por lo menos se pela la pava de lo lindo y con una constancia envidiable.

En un callejón estrecho, cuyo nombre me callo por no compro-

meter, hemos visto un galán cuchicheando al pie de la reja á las diez de la mañana. Volvimos á pasar por el mismo sitio á las cinco de la tarde, y allí estaba nuestro hombre en la misma postura y con iguales *anhelos*...

¡Félicz él, que tiene tiempo para esas cosas!





ALMERÍA

I

El Gobierno de la Nación considera la provincia de Almería como país extranjero.

Sentada esta afirmación, que á primera vista parece un disparate, pasaremos á demostrarla.



Lo primero con que tropieza uno al llegar á la estación de Huércal-Overa es un carabiniero de los llamados *de costas y fronteros*, encargado de hacer un minucioso registro en los equipajes.

Y ahora pregunto yo:

—¿Huércal-Overa es pueblo costero?

—No, padre.

—¿Huércal-Overa es pueblo fronterizo?

—Tampoco, padre.

Pues ¿con qué derecho me hacen abrir á mí una maleta, recién desembarcada del correo de Madrid, en un pueblo del interior, siendo así que, lleve en ella lo que lleve, no hay ni puede haber ley, real orden ni reglamento alguno que autorice á cobrar derechos de aduanas?

Y si hay, porque los debe haber, carabineros en Huércal-Overa que examinen cuanto viene en los trenes, ¿por qué no los hay también en la estación de Getafe, y en la de Medina del Campo, y en la de Bonete-Higuera, pongo por ejemplo?

¡Misterios de la organización administrativa de mi querida patria, que Dios conserve íntegra y vigorosa muchos años!

Ello es que todo lo que yo llevaba en la maleta está sujeto efectivamente al pago de los consabidos derechos: cajas de placas, francesas por añadidura, géneros de punto sin estrenar y tabaco de Cuba; y el digno aunque humilde representante del ministro



HUÉRCAL-OVERA. — Vendedoras de aóllanas.

de Hacienda se contentó con introducir el negro guante natural con que le ha dotado la naturaleza, revolver las cajetillas, los calcetines y las placas y... mandarme cerrar con toda la cortesía que le fué posible.

Luego ya sabía de antemano que Huércal-Overa no es frontera ni costa, y que no podría cobrarme nada aunque hubiera *metido* en cajas de Flandes y porcelana de Sevres.

Y si él lo sabía, y me registraba sin embargo obedeciendo órdenes superiores, queda probado que, puesto que Madrid es España y de Madrid iba la maleta, la provincia de Almería no lo es, en opinión de quien había dado las órdenes.

Que era lo que yo me proponía hacer constar. Y queda terminado este incidente.



HUÉRCAL-OVERA. — UN TIPO DEL MERCADO DE GANADOS.

Todos los lunes se celebra en Huércal-Overa mercado de ganados, ordinariamente muy concurrido, porque á él acuden campesinos de toda la comarca á vender y comprar cerdos, mulas y borriquillos, y por consiguiente no pueden faltar gitanos, chalanes y comerciantes *menudos*. Así es que la entrada en el pueblo por la carretera que conduce á la estación, entre los numerosos y animados grupos que ocupan en pintoresca confusión todas las calles del tránsito, hasta para conocer *de golpe* á toda la población y los tipos característicos de las cercanías.

Son éstos, en general, árabes hechos y derechos; no les faltan más que el jaique y las babuchas para encajar perfectamente en aquel fondo de casitas bajas, blancas y con terrados que forman los barrios extremos y gran parte del centro de la población de Huércal-Overa.

Y da gloria ver, á la caída de la tarde, despararse por todos los senderos y caminos de la

árida campiña y de la terrosa montaña grandes caravanas de labriegos, hombres, mujeres y chiquillos que tornan á sus hogares.

II

La fundación de Huércal-Overa data de fines del siglo XV y tuvo por origen la fusión de dos caseríos llamados Overa el uno y Huércal el otro, separados por regular distancia. Por mutua con-



HUÉRCAL.—Grupo en el mercado.

veniencia se derribaron las casas que constituían el primero y sus habitantes se fueron á vivir con los del segundo. De ahí proviene el doble nombre del pueblo, que abarca en la actualidad un perímetro bastante grande y está formado por calles larguísimas, rectas y con casas de puro estilo árabe, como tengo dicho, de un solo piso las más y con techumbre de teja las menos.

Su distribución interior es originalísima. No tienen más puerta que la que da á la calle, y pasada ésta se encuentra una especie de zaguán que en algunas sirve también de cocina. A las demás habitaciones se entra por arcos abiertos frente á la puerta principal, en los tabiques divisorios. La mayor parte de las viviendas constan de tres habitaciones, y por consiguiente tiene dos arcos. Como la temperatura es templada en el invierno, en cuanto llega el verano el interior se convierte en un chicharreo; y los vecinos duermen en mitad de la calle.

Hay en las vías principales algunas casas de construcción moderna, con dos ó tres pisos, cuyas distribución y condiciones son iguales á las de las demás regiones de la Península, sin carácter alguno particular. Los habitantes de Huércal-Overa son de puro abolengo



HUÉRCAL-OVERA.—Calle del Arco.



HUÉRCAL-OVERA.—Contando el sol.

contrabandistas, atrevidos y temerarios, lo cual explica hasta cierto punto la presencia de los carabineros de infantería y caballería, (pero no en la estación para hacer abrir maletas humildes!

Al pasar por la plaza, ya de noche, nos chocó ver abiertas las puertas de la iglesia, hermoso templo gótico, severo y sencillo, con un altar mayor muy notable, y entramos atraídos por la curiosidad.

No hay sensación parecida á la que experimenta el viajero al visitar á tales horas la casa del Señor, en un país lejano del suyo, y arrodillarse en unas losas jamás pisadas y contemplar unas naves nunca vistas, á la débil claridad de las mortecinas lámparas, y ver allá lejos las sombras de sacerdotes y monaguillos que preparan apresuradamente no se sabe qué. Y cuando en la semi-oscureidad de una capilla se oyen los primeros toques de la campanilla del Viático, se pone el corazón como una avellana y se piensa en todo lo que se ama en el mundo.

Formamos parte del cortejo, que empezó á raminear lentamente por las morunas calles, á las que prestaban melancólica poesía los pálidos resplandores de la luna, y fuimos á visitar por primera y última vez, con las boinas en las manos, á aquel desconocido que se moría.

Hay aquí, según me dicen, una costumbre que debiera desaparecer.

Cuando un enfermo se pone en trance de muerte y el médico augura su fin próximo, suena en las campanas de la parroquia lo que se llama el *toque de agonia*, toque lúgubre que puede oír perfectamente el moribundo, y aun preguntar la causa para obligar á la familia á inventar un piadoso embuste.

Hemos venido á parár á la *Fonda de Alcazar*, según reza un cartelón colgado en la fachada, y que no es más que una casa modestísima, donde hay, sin embargo, gran limpieza y donde se come perfectamente. Y á propósito, he tenido ocasión de probar los rábanos del país, que son largos como de una cuarta, y carecen del picante característico... de modo que no parecen rábanos.



Salida de misa.

Después hemos ido al Casino, edificio construido de nueva planta para el objeto á que se destina, en la plaza, al lado de la iglesia, y cuyo aspecto difiere notablemente del de los demás del pueblo. Tiene una magnífica escalera central, desde cuyo primer rellano parten dos laterales, y es paciosos salones... algo destartados. En uno de ellos hemos tomado café, y á la salida, á las ocho y media de la noche, hemos encontrado el pueblo silencioso y solitario, alumbrado por la luna que velaba el sueño de Huércal-Overa, blanqueando las terrazas.

Indudablemente mañana nos despertará el muezzin, saludando la salida del sol desde algún minarete.

III

No fué el muezzin, sino un vendedor medio gitano que gritaba á voz en cuello:

—¡Peacado fresco! ¡Pero muy fresco! ¡Que acaba de llegar! ¡Lo tengo en la manoooo!...

Así, sin quitar ni poner una frase.

Y poco después empezó á sonar en las campanas el toque de agonia que despedía de este mundo al infeliz á quien vimos sacramentar anoche.

Bajo tan mala impresión salimos por la carretera adelante á conocer las cercanías del pueblo, azotados constantemente por un vienteillo de Levante que levantaba en alto.

El mercado de las verduras, situado junto á la carretera, se com-



formando apretado bosque. Las enormes paletas verdes, erizadas de púas, se juntan y enlazan formando espeso muro casi inexpugnable. Y es que casi la única producción del país es la de los higos chumbos, é higos comunes, muy pequeños, que se llaman *pajareros* por su menudencia y tienen un sabor exquisito.

El vecindario es pobre, tanto que en su gran mayoría se alimenta casi exclusivamente de *gachas*, lo cual no impide á las mujeres ser asombrosamente fecundas. De cada diez que se encuentra uno por la calle, seis por lo menos, llevan retoño en brazos.

Las susodichas representantes del sexo femenino en Huércal-Overa tienen el rostro bronceado y crespos los cabellos, y usan generalmente las de la clase baja mantón terciado al desgaire como la gitanería ó recogido cubriendo la cara, excepto los ojos, ni más ni menos que las hembras marroquíes. Dícenme que corre sangre árabe por sus venas y que son ardientes y apasionadas como sus antepasadas ilustres, pero... siento no haber podido comprobar el dato.

¡Ah! y la mayor parte no usa medias ni cosa parecida.

Son las vías principales de Huércal-Overa: la calle del Arco, que partiendo de la fachada posterior de la iglesia, en la cual hay un arco sobre el que se levanta una pequeña torre con cúpula, va á terminar en línea recta en la ermita del Calvario, y la calle del Sepulcro, que forma con la primera un ángulo recto y toma su denominación de una modesta capilla que existe en su promedio.

En ambas, como en todas las demás, no hay esquina sin su correspondiente letrero, estampado con letras negras en el mismo yeso de las paredes, anunciando las funciones del teatro, en el cual actúa los domingos y demás días festivos una compañía que no se para en barras. Por lo menos los letreros consabidos rezan: «Teatro.— El jueves *La tempestad*.» «El domingo *La bruja*.» «Mañana *El señor Luis el tumbón*, y otra porción de obras del repertorio moderno, casi todas de ejecución difícil y de complicado servicio escénico.

Lo que es de temer, usando siempre el mismo sistema de anuncios, es que á la vuelta de pocos años no quede fachada limpia ni esquínazo incólume, y el que se encuentre con aquella copiosa colección de títulos grabados para *in aeternum*, se sumerja en mar de confusiones no sabiendo de qué jueves y de qué domingos se trata.

Las Casas Consistoriales están fuera del casco de la población, sobre la carretera, en un edificio de piedra que sirvió para las oficinas de la suprimida Audiencia, como lo demuestra el rótulo de relieve que figura en el frontis.

No puedo menos de apuntar un detalle por si pudiera ser útil á la humanidad.

Uno de nuestros compañeros de hospedaje, persona seria, dis-



pone de unos cuantos tinglados con tejadillos de paja, de un aspecto tan raro que, en aquella plazoleta de casucas blancas, da al conjunto cierta originalidad.

Los alrededores de la población, accidentados de suyo, pues en ellos se apoyan las últimas estribaciones de la sierra, están cuajados de chumberas materialmente. Ustedes habrán visto esta clase de plantas tendidas en hilera en los bordes de los caminos ó en los límites de las heredades, pero no tienen ustedes idea de lo que es una gran extensión de terreno ocupada exclusivamente por ellas,





VERA.—Un lavadero.

creta y sumamente simpática, pero que vive hace treinta años en Andalucía, nos ha proporcionado un remedio eficaz contra los dolores de muelas, debido á una gitana.



El inglés de la diligencia.

la vía perdurable, como decía el de Antequera.

Es muy sencillo. No consiste más que en cortarse siempre las uñas en lunes. El lo ha probado y le ha sentado divinamente.

Otro, compañero, del propio Antequera, nos ha metido, en cambio, un susto regular en el cuerpo.

—Pero ¿ustedes van de veras á Almería?

—Sí, señor; por Vera y Sorbas.

—Pues, camará, ya lo verán ustedes, ¿jezo e la vía perdurable! ¿Y cómo piensan ustedes vorvé á Madrid?

—Tomando un vapor hasta Cartagena.

—¿Embarcaos? ¿Y en este tiempo? ¡A ustedes se los comen los peses en el rabo e Gatal

IV

La diligencia sale de Huércal Overa á las cuatro de la tarde, para llegar á Almería al día siguiente á las siete de la mañana. Es, pues, la vía perdurable, como decía el de Antequera.



HUERCAL-OVERA.—Una familia de los arruñales.

Viene con nosotros, en distinto departamento del coche, un señor inglés que viaja con gabán de pieles y sombrero de copa y se apea para dar un paseo, peripuesto y acicalado como si estuviera en Hyde-Parck, cada vez que el mayoral tiene que arreglar alguna correa del tiro ó echar un trago en alguna venta.

Es curiosísima la figura de aquel hombre, iluminada por la luna sobre aquel fondo de montañas terrosas y tristes. Como el techo del coche viene al ras de la cabeza de cualquier nacido de mediana estatura, ignoro lo que hará el inglés allá dentro con la chistera... y me figuro cómo estará el fluyente gabán de pieles al llegar á Almería.

A medida que nos aproximamos á Vera cambia de condiciones el terreno, hasta venir á parar en una vega pintoresca, adornada por multitud

de huerto, cuya frondosa vegetación se recorta sobre el fondo de una noche clara y serena.

El trompeteo incesante del conductor indica que cruzamos las calles de la ciudad, estrechas y largas, y después de un sin fin de vueltas y revueltas arribamos al parador, donde habrán de cambiar de coche los infelices que sigan adelante, y por lo tanto el señor del gabán de pieles.

Inmediatamente asalta los estribos una turba de muchachuelos que ofrecen hospedaje.

—Señorito — repite uno muchas veces como una carretilla, — ¿se vasté á venir á la fonda de Garrucha, del Realiyo, que está aquí á la vera, y que es el pupilo más barato, y con más aseo, y más curiosidad y más too?

De buena gana hubiera visitado la fonda del Realiyo, aunque no hubiera sido más que por la curiosidad; pero consideré preferible quedarme en el parador de la diligencia, puesto que allí habíamos de embarcar de nuevo veinticuatro horas después.

Y vive Dios que el tal parador, á tales horas,

Por fortuna, nosotros escalonamos el viaje y pasaremos en tres tragos la mala noche.

El camino de la primera etapa, es decir, de Huércal á Vera, es de los que no se olvidan fácilmente. Parece que el ángel malo, en un momento de humor negro, ha cogido entre los dedos un pedazo de tierra fértil y lo ha estrujado y arrugado dejándolo improductivo y feo como él solo. El coche sube y baja durante dos horas por empinadas cuestas grises, peladas, monótonas, sin vestigios de cultivo ni asomos de vegetación. Muy de tarde en tarde se ve á uno ú otro lado de la carretera un pequeño trozo de tierra de labor, recién arada, de un color ocre amarillento que acaba de lanzar á los abismos de la melancolía. Y vuelta en seguida á los accidentados yermos y á los vericuetos mondos y lirondos.

Sólo al cruzar un pequeño valle, bañado por el río Almanzora, sobre el cual tiene la carretera un magnífico puente de hierro, puede entrar la sospecha de que se viaja por Andalucía.



En mitad del arroyo.





VERA.—A la puerta de la lonja.

ofrecía un aspecto *sui generis*.

Allá en el fondo de un portalón inmenso se veía la mesa puesta, bajo un farol pendiente del techo y se adivina-

ban en la penumbra escaleras y corredores. Por unas y otros nos condujo el guía al primer piso y nos hizo entrar en una habitación grandísima, alta de techo, con espaciosa alcoba, adornadas ambas con sillaría forrada de rúte, consola con floreros, mesa de mármol, *portiers* y todos los refinamientos de un hotel encantado. ¡Quién pensaría encontrar tantas comodidades en Vera, lejos del mundo, perdida entre las escuetas montañas!

Por si semejantes gangas fueran pocas, sobre la consola había un prospecto que decía así:

«TEATRO CERVANTES.— Debut del primer tenor D... Fulano de Tal.— La zarzuela en dos actos *Marina*.— La bonita zarzuela en un acto *El tambor de granaderos*.— A las ocho y media.»

¡Hay teatro, y de Cervantes, y se hacen la *Marina*, que requiere ejecutantes con agallas y abundante masa coral, y *El tambor de granaderos*, con banda de tambores, charanga militar, decoraciones complicadas y trajes vistosos! ¿Puede pedir algo más un espíritu fatigado por los paisajes áridos y monótonos?

Fuimos á tomar café en uno establecido al lado del parador, frente á la iglesia, y allí nos encontramos otro cartel, mitad impreso y mitad escrito á mano, anunciando la función en la misma



VERA.—Un capitalista.

forma, pero con un aditamento importante, porque á la cabeza, en letras gordas, decía: «Debut del eminente primer tenor D... Fulano de Tal». Sigo ocultando el nombre por no hacer el reclamo.

¡Eminente! ¡Un tenor eminente!

¿Les parece á ustedes poca suerte la de descubrir en Vera una eminencia lírica, ahora que van escaseando hasta en el «rebro de Europa»?

V

Llegamos al coliseo á las ocho y media en punto, tomamos una platea nada menos, para darnos siquiera una vez tono de potentados, y penetramos en el local después de forcejear bravamente con dos docenas de *capitalistas* de quince años para abajo que pateaban furiosamente en la puerta empeñados en entrar gratis á ver á los cómicos.

La sala, no mal acondicionada, érase completamente á oscuras y vacía. El telón estaba levantado y los carpinteros colocaban la

decoración de playa, amontonando trastos de distintas clases y colores, mientras pasaban y repasaban las coristas con los lios de ropa que acababan de recoger en la sastrería.

Luego empezó á formalizarse aquello, echaron el telón y aguardamos todos, los de dentro y los de fuera, á que viniera la gente. Los palcos plateas, únicos que hay, tienen la particularidad de carecer de sillas propias, y es preciso traerlas de casa. A nosotros nos resolvió el conflicto un caballero muy amable que nos las proporcionó inmediatamente. Ya estábamos para rendirnos al sueño cuando vinieron á salvarnos de semejante falta de educación dos hermosas mujeres, morena la una con cabellos rizados y tentadores hoyuelos en las mejillas, y rubia la otra, simpática y dulce como miel alcarreña, que entraron en el palco de al lado. Porque aunque uno no lleve intenciones de enamorarse ni cosa que lo valga, el caso es que cerca de un par de mujeres bonitas, ó de una mujer bonita sola... ya no se duerme uno.

Por fin, á las nueve atacó los primeros compases la orquesta, que era muy aceptable y mucho mejor de lo que había derecho á esperar, y empezó la representación ante regular concurrencia de respetable público.

Los coros, compuestos de cuatro varones y cinco hembras, estaban endemoniados, y no había modo de sujetarlos para que cantaran *al unis*. Cuando empezaron á contar aquello de que habían visto:



En portal de Hércules-Ovea.

«de Jorge la cara morena»

había que taparse oídos.

Y hete que sobre frágil barquilla apareció el héroe de la fiesta, el eminente, etc., etc., con su sombrero de paja y su clásico pantalón de dril, y exclamó conmovido:

«Costas las de Levar... tel...»

Así, con erre, para que no nos cupiera duda de que pertenecía á la buena escuela.

Se adelantó á las candelillas y justificó plenamente la eminencia que le propinaba el cartel á fuerza de posturas, desplantes, aspavientos, ademanes y jeribeques. Porque la voz ¡ay! la voz no la encontró á mano.

Y continuó y terminó felizmente la representación con la consiguiente brega del exiguo coro que se veía y se deseaba para llenar la escena, y sin otro incidente digno de mención que uno del final, que no sería justo pasar en silencio.



VERA.—Mercado de verduras.

El marinero que trae á la protagonista, muy oportunamente por cierto, una carta de su padre, ya difunto, cumplió á brancas y barrancas su cometido y trató de volverse al bote.



Pero los maquinistas tiraron antes de tiempo del carrito que simulaba la embarcación, y mi hombre se quedó en tierra. ¿Ustedes creen que se apuró por eso? Pues no, señores; dió un salto desde la playa y echó á correr sobre las olas rugientes para alcanzar á la frágil barquilla, cosa que no pudo conseguir; por lo menos á la vista del público. De modo que es de suponer que á estas horas estará... como estaremos nosotros en el cabo de Gata: comido de peses. Porque no es creíble que aquello de taconear sobre las aguas pudiera durar mucho tiempo.

Terminó la fiesta con el esperado *Tambor de granaderos*, en el cual, y dicho sea en descargo de la conciencia, todos los intérpretes pusieron de su parte cuanto pudieron, dada su modesta categoría, para hacernos pasar un rato de solaz honesto. La primera decoración, que debe representar una plaza con un cuartel al lado, una

botillería á otro y un convento en el foro izquierda, no era sino una frondosa y tupida selva con unos cuantos trastos de puerta desperdigados á la buena de Dios. ¡Y aun aquello no se comprende, quién y cómo lo ha traído á Vera á través de la cordillera endiablada! La banda de tambores se componía de dos mujeres, la militar se redujo á un clarinete y un cornetín en la orquesta, y



VERA.—Casa menor.

cssitas blancas, de un solo piso, siempre llenas de gente, y tendrán ustedes aproximada idea de lo que es Vera... en pleno invierno. ¡Ah! porque esto de la temperatura raya en lo inverosímil. Asombra ver á las criaturas de pocos años, quince días antes de Navidad, corriendo por las calles en camisilla, y de mucho gusto buscar la sombra de los árboles cuando se tiene el convencimiento de que unas cuantas leguas más arriba se están helando los gorriones.

Nosotros hemos querido hacer á pie una excursión al puerto de Garrucha, distante nueve kilómetros próximamente, y hemos tenido que volver atrás desde la mitad del camino, sudorosos, jadeantes, con verdadera sofocación irresistible...

Desde la especie de terraza que á la salida de la población por la parte de Oriente sirve de paseo se alcanza á divisar un panorama hermoso, cerrado á un lado por las crestas de Sierra Almagrera y limitado al frente por el Mediterráneo, donde resalta en la lejanía la nítida blancura de las velas, que, como han dicho muchas veces los poetas marítimos, parecen gaviotas.

La iglesia de Vera, que también carece de tejado, ó así por lo menos lo parece, tiene por fachada un paredón liso, de ladrillo y piedra, con algunos escudos medio borrados, y una puerta como la de cualquier casa particular. La torre no puede ser más sencilla: consta de las cuatro paredes y un tejadillo encima, sin más adornos ni floreos. El interior del templo es de estilo gótico primitivo, la sencillez misma. Resulta pequeño y pobre, pero tiene un no sé qué que incita al recogimiento y llega al alma.

La Lonja, ó mercado cubierto, es un edificio de época remota, restaurado y concluido en la primera mitad del siglo presente.

Y no hay, que yo sepa, otras construcciones ó monumentos que llamen la atención; pero ¿qué falta hacen, si la atrae poderosamente el conjunto?

Morisca es la ciudad, africanos el cielo y la campiña, moras las mujeres con sus alpargatas calzadas en *chancleta*, á guisa de babuchas, con sus mantones colocados sobre la cabeza, como una capucha, y sueltos después como un jaique; árabe enteramente el modo de sentarse hechas un ovillo en los mercados ó en los quicios de las puertas... ¿Qué cosa más curiosa puede pedirse ni qué más



Una calle de Vera.

el pueblo que presenciaba la jura de la bandera no pasaba de cinco personas. En cambio, en la vestimenta no faltaba un detal e. La tiple, casi una niña, no carecía de desenvoltura y donaire, y como desgraciadamente casi toda la música la cogía en el pase de la voz, en cuanto agarraba por su cuenta una nota alta, apretaba de firme y el teatro se venía abajo á bravos y palmas.

En resumen, la función satisfizo al auditorio, incapaz de meterse con nadie...



VI

Vera, según las crónicas, estuvo edificada antiguamente en un cerro cercano, pero un temblor de tierra la destruyó casi por completo y fué levantada de nuevo en el sitio que hoy ocupa. Determinación acertada, que hizo de la ciudad una de las más alegres y pintorescas de la región.

Figúrense ustedes un extensísimo valle, en que abundan los árboles frutales de todas clases, con infinidad de blancos caseríos

con su correspondiente emparrado delante de la fachada, bajo un cielo transparente de un azul purísimo, bañado por los rayos de un sol esplendoroso y brillante; figúrense ustedes una populosa población morisca, rodeada de huertos de palmeras y naranjos, con sus calles de



VERA.—Entrada en la ciudad.

característico y más original puede desearse?

¡Bonita es de verdad la ciudad de Vera, y atractivos tiene en sí suficientes para encantar al viajero!

Cuando esta provincia, completamente abandonada por el Estado en lo relativo a comunicaciones, queda, gracias a la locomotora, en disposición de ser visitada y admirada como merece, se apreciará esta belleza casi desconocida.

Pero... tal vez entonces, y por ese solo hecho pierda los rasgos típicos que constituyen su principal encanto.

No es comparable a nada, sin ir más lejos, la alegría de los emparrados que adornan todas las fincas del valle, apoyados sobre pilares cuadrados, cubierta la techumbre de hojas siempre verdes y formando una especie de soportal bajo el cual se dedican las mujeres a sus quehaceres domésticos.

Pues ¿y los lavaderos? Forman animados grupos o lavan dentro de la acequia, recogidas las faldas más arriba de la rodilla, aquellas gitanas casi negras, con el pelo enmarañado, los ojos como carbones, alto el seno, encendidos los labios y llameante y dura la mirada... ¡Ay! La fotografía estará en pañales mientras no le sea posible copiar el ambiente y los colores!

VII

¿Han comido ustedes alguna vez melón con limón?

¿No? Pues prueben ustedes. Es un postre, así como la carne de membrillo, obligado en esta tierra, que deja en la boca un sabor agrídulce y un aroma especial muy parecido al de la lima.

Pero hay que saber hacer la operación para no desvirtuar el

efecto. Allí va la fórmula. Cogerán ustedes la raja del melón y la partirán ustedes previamente en pequeños trozos. Después pincharán usted el limón con el tenedor, cuidando de no atravesar por completo la cáscara, y en seguida prenderán ustedes el trozo de melón... con objeto de llevárselo a la boca. Y así sucesivamente, pinchando siempre en el limón antes de coger el melón hasta que concluyan ustedes la raja... si les ha gustado el primer trozo. Que si les habrá gustado a ustedes.



Al horno.

¡ Hemos tomado café, y entablado conversación con algunos actores de los que actúan en el Teatro Cervantes.

Vienen rodando de pueblo en pueblo hace unos cuantos meses, en el tren, en diligencia, en carro, aperreados, molidos, sin tiempo para ensayar y prepararse. Doy por retiradas todas las bromas inocentes que me he permitido antes acerca de las representaciones de *El tambor de Marina*, y no borro lo escrito porque todo debe quedar para que resulten verdaderas e ingenuas estas impresiones de viaje: la opinión anterior y el arrepentimiento

de ahora. Todos están contentos llevando auestas la cruz pesadísima del arte, luchando siempre con obstáculos enormes, con dificultades imprevistas, con las exigencias de un público reducido que

pide variedad de trabajo, obligando a forzar la máquina del estudio.

Solamente truenan y protestan a una contra la argolla de los archivos...

Y puesto que ahora me sale al peso ahora voy a tratar de esta cuestión, que no debe quedarse sin tocar en



SORBAS.—Una cacharrería.



VERA.—Paisaje de los alruidectores.



VERA.—Emparrado de una casa de labor.

estos apuntes, pues aun que no afecta á región alguna determinada y es si se quiere trivial y nimia, reviste gran interés para el actual movimiento artístico de España, decadente y fútil tal vez, pero movimiento.

La explicaré brevemente.

La base del sostenimiento de la mayor parte de las compañías dramáticas es el repertorio de zarzuelitas en un acto. Estas, como las grandes, necesitan para su ejecución naturalmente los papeles de orquesta, sin cuyo requisito esencial no hay Dios que toque.

Pues bien, la copia de estos papeles era no hace muchos años del dominio público, podía hacerla todo el que quisiera. Recientemente, y por una equivocación lamentable de los libretistas y de los músicos, que creyeron que con la formación de grandes archivos de estos materiales habían de favorecerse los intereses comunes, se abolió la libertad de copiar la música y se establecieron dos grandes núcleos ó almacenes, residentes ambos en Madrid y forzosamente rivales, con la autoridad suficiente, según contratos firmados por los autores, para impedir toda representación de las obras que no se hiciera sirviéndose de los materiales procedentes de los precitados archivos.

Como cada uno de éstos, sea por los gastos crecidos que exigen las oficinas, la remisión de paquetes, etc., etc., sea por el desmedido afán de lucro que acompaña siempre al monopolio, sea por lo que fuere, cobra á las compañías, como cantidad mínima, quince pesetas diarias en concepto de alquiler, desde que el material sale del archivo hasta que vuelve á él, y exige generalmente una fianza de quinientas pesetas para responder de los desperfectos, y como cada compañía ha de acudir á los dos archivos si quiere representar todas las obras del repertorio, resulta que los gastos de material de orquesta ascienden irremisiblemente á la cantidad de treinta pesetas diarias, y los depósitos á mil pesetas.

Esto por ahora. Si, en vista del buen resultado del negocio, se establecieran más archivos convenientemente autorizados, las compañías habrían de aumentar sus presupuestos de gastos en tantas veces tres duros como archivos se estableciesen.

Pero mientras esto no ocurra, la compañía que actúa en Vera, pongo por ejemplo, que trabaja aquí tres días á la semana, allá los jueves y domingos, y acullá únicamente los días de fiesta, tiene que empezar por depositar mil pesetas y pagar treinta diarias, función ó no, por el alquiler del material de orquesta.

Es decir, que estos infelices se despeñan por esos caminos, pasan hambre y fatiga, desfilan la indiferencia ó la hostilidad del público, machacando siempre en el yunque para reunir un puñado de monedas y aumentar los fondos del archivo con lo que pudiera ser su única ganancia.

Vista la cuestión bajo otro aspecto, menos lastimoso, pero también digno de notarse, la compañía de Vera, que ejecuta tres obras en un acto en cada noche de función y paga cuatro pesetas por acto, reparte entre los seis autores, que lógicamente hay que suponer á las tres obras, doce pesetas como derechos de propiedad, dos



á cada libretista y dos á cada músico... y envía treinta á los archiveros, por la gracia de copiar lo que otros han escrito y por proporcionarles uno solo de los mil elementos necesarios para la representación de las obras.

Pensando en esto he pasado toda una noche y confieso no haber podido entenderlo todavía...

VIII

La principal riqueza de esta parte oriental de la provincia consiste en la minería. Y el núcleo más importante está, ó estaba, mejor dicho, en la vecina población de Cuevas, que rivaliza con Vera en vecindario y sólo de ella se distingue en lo moderno de sus construcciones.

Cuevas de Vera debió su florecimiento á la explotación de las minas de plomo argentífero, existentes en la inmediata Sierra Almagrera, minas que en la actualidad atraviesan una grave crisis por las dificultades del desgüe.

Encuéntanse también en las Herrerías de Cuevas yacimientos de plata nativa, y en toda la infinita serie de vericuetos que se extiende de Vera á Sorbas hay abundantes minas de hierro, pertenecientes en casi su totalidad á dos compañías que mandan á

la costa sus productos por medio de un ferrocarril y de una vía de cable que cruzan la región de Este á Oeste.

La salida de Vera en el coche correo de Almería es un cuadro digno de hábiles pinceles.

Llega la diligencia de Huércal y hace parada en una plazoleja á la que corresponde la puerta accesoria del parador en que nos alojamos, con su zaguán y su patio con el emparrado indispensable.

Los viajeros cambian de coche, el zagal y los mozos descargan apresuradamente la baca del que llega y trasladan los bultos á la del que le sustituye, mientras las mulas de uno y otro entran y salen en las cuadras con alegre tintineo de cascabeles y campanillas, pululan entre ambos los grupos de la gente que espera y despide á los viajeros, y la luna, brillando en un cielo sin mancha, ilumina el animado conjunto.

Arranca el tiro de seis poderosas mulas y el pesado armatoste empieza á rodar por las calles más céntricas de Vera, entre toques de trompeta, para recoger en la administración la valija del correo.



VERA.—Tipo de mujer.

Como no hay otro medio de comunicación con la capital, el coche va atestado y en la berlina nos acomodamos tres personas estrujándonos mutuamente. ¡Santo Dios! ¡Cómo llegaría a su destino el señor del gabán de pieles!

No hay que hablar del paisaje, que con dificultad se advina á través de los menguados agujeros de las ventanillas. Es exactamente igual al que se cruza de Huércal á Vera. Mentira parece que la naturaleza se haya complacido en reunir leguas y leguas de cuestras áridas, eriales, sin un árbol ni un arroyo, como no haya sido con la idea de apocar y entristecer el ánimo de los mortales; y mentira parece tam-



La cama de Sorbas.

bién que en pleno invierno, á medianoche, en mitad de la montaña se goce de una temperatura que convida al paseo.

Así, dormitando unas veces y quejándose otras de la mala postura, se llega á Sorbas, un pueblo grande que asusta visto desde la carretera, que en violenta curva bordea sus contornos.

Edificado en una cumbre escueta, cuyos cimientos ha ido desmoronando en el trascurso de los siglos el agua de una rambla que la rodea por completo, semeja un conjunto de nidos de águilas sobre empinada roca, al borde de espantable barranco. Para facilitar el acceso al pueblo se ha construído recientemente un terraplén de muchos metros de altura que, cegando la susodicha rambla, le pone en comunicación con la carretera. Desde ésta, aquel picacho erizado de casucas, que se sostienen asomadas á la garganta por un milagro de equilibrio, tiene algo de fantástico y sobrenatural. Porque lo primero que se pregunta uno al contemplarlo desde la hondonada es: ¿Quién vivirá ahí?

Afortunadamente la curiosidad, por nuestra parte, quedará muy pronto satisfecha.

Es decir, no tan pronto como fuera de desear, porque la diligencia hace alto en una venta situada en pleno campo, al lado de la carretera y á medio kilómetro de Sorbas. En ella pasamos la noche para evitarnos el viaje por aquellos solitarios caminos, á semejantes horas y con la impedimenta del equipaje.

IX

Venta Alegre, que así se llama justamente la que nos cobija bajo su débil techo de caña, no tiene más que las cuatro indispensables paredes, de cuatro ó cinco metros de altura, y en el espacio



SORBAS.—Las venteras.

comprendido entre ellas un zaguán, con la chimenea en un rincón, formado por el saliente de un tabique que cierra un cuartito con una especie de mostrador donde se expende café caliente ó bala rasa á los arrieros y mayores de la diligencia. Sin que esto quiera decir que no puedan probar también ambas cosas los señoritos que vayan y vengan de la capital.

Enfrente de este cuarto se abre otro mucho más grande, donde nos acomodamos durante nuestra estancia en Sorbas, á falta de palacios suntuosos y aposentos regios.

Esta habitación descripción detallada merece, siquiera porque en ella hemos pasado uno de los días más largos de nuestra juventud problemática.

Constituyen su mueblaje un arcón grande cubierto con una manta listada, dos baulitos sobre travesaños de madera, media docena de sillas con asientos de cuerda de esparto, una mesa baja, no de pintado pino, sino de pino sin pintar, con el delantal rojo de la moza á guisa de tapete, y ¡oh dolor! una tarima de una vara de ancha y media de alta, con una colchoneta raquítica y una almohada mucho más raquítica que la colchoneta.

Adornan las paredes cuatro medios floreros clavados en los muros, con ramos de plumilla de caña pintados de diferentes colores, con flores de papel, un cromó de la Virgen de Lourdes, otro de la Dolorosa, otro del Niño de la bola, otro del apóstol Santiago y otro de un anuncio de hilo de coser, marca *Estrella polar*, encerrados todos en marcos rústicos. Hay además, colgados en los sitios más visibles y artísticamente colocados, una rama de membrillos, con cinco membrillos, un ramo de rosas de trapo, unas castañas y un espejito de una cuarta.

Y perdonen ustedes el inventario, teniendo en cuenta que algunos novelistas han logrado imperecedera fama por descripciones parecidas.

Hubimos de esperar, para tomar pacífica posesión de nuestros dominios, á que partiera el coche después de colocarse en él muchas más personas de las que cabían, y se despacharan los equipajes y se hiciera la distribución del correo, en un rinconcito del zaguán, á la luz de una *capuchina* y en presencia de una pareja de



SORBAS.—Venta alegre.



Labrador de Sorbas.

la guardia civil y otra de carabineros; funcionarios respetables que, si bien tranquilizan por el momento al encontrárselos de noche, en una venta aislada en el campo, aumentan los naturales resquemores cuando le dejan á uno solo.

Por fin salió al trote la diligencia, abarrotada de maletas, sacos y personas mayores y pudieron dedicarnos su atención las venteras.

Por un exceso de bondad añadieron á la colchoneta de la tarima un par de sábanas y una manta, y transportaron un menguado catre de tijera para Cilla. Diéronnos las buenas noches y nos dejaron solos... Solos entre aquellas ásperas cuestas, á muchas leguas del ferrocarril, como perdidos en los inexplorados barrancos de Sorbas y dedicados á la espinosa tarea de cambiar las placas fotográficas.

Juro á Dios que la tarima que me cupo en suerte estaba dura, y que si el lecho blando es antihigiénico, tuve ocasión de darme un hartazgo de higiene, con el cual debo quedar despachado para muchas semanas.

Por añadidura, el techo de caña estaba ó quería estar blanqueado con yeso, y de vez en cuando caían pedacitos sobre los ojos para recordar que no somos más que tierra miserable. Y como si esto no bastara, los mozos que se habían quedado en el zaguán, esperando al otro coche procedente de Almería que pasa por allí á las dos de la madrugada, echaron mano á un desvencijado guitarrillo y se entretuvieron en cantar unas malagueñas *afligias*, con todos los requirios de suspiros, ayes y vidas suyas. ¡Por algo estábamos en *Venta Alegre!*

A pesar de eso nos dormimos, porque el cansancio que produce la diligencia vence á las malagueñas y á los pedacitos de yeso; pero mi sueño no pudo ser más agitado. Veía en mi pe-



SORBAS.—Una bordisera.

sadilla á los contrabandistas refugiándose en la venta y pateando sobre las cañas de la techumbre, á los carabineros asaltando nuestra morada á tiro limpio, y á Cilla preso y maniatado por habersele encontrado en los bolsillos los tres ó cuatro puros de á diez céntimos que lleva de repuesto siempre.

En fin, horrores.

Y para remate de fiesta, al amanecer del día siguiente, un día clarísimo y rutilante como del mes de Junio, lo primero que se nos apareció sobre la mesa fué una figura espantable, capaz de dar un mal rato á un valiente á la vuelta de cualquier esquina.

Era ello un botijo; ni más ni menos que un botijo en forma de buey mitológico, con las patas cortas, los cuernos retorcidos y la cola enroscada en el apéndice que servía de pitorro. Tentados estuvimos de enterrarle en cualquier barbecho, para que dentro de algunos años se lo encontrara un labrador y se volvieran locos de gusto los arqueólogos con aquel hallazgo egipcio ó griego. ¡Bromas de esas habrá habido en este pícaro mundo!

Poco después de la aparición misteriosa entró la ventera; una viejecita respetable, arrugada y excesivamente carifosa, que se deshizo en lamentaciones y preguntas.

—¡Ay, madre de mi alma! ¡Habrán ustés pasado mala noche

—No, señora, no.



SORBAS.—En la plaza.

—¿No han tenío ustés frío?

—No, señora, no.

—¡Ay! Pues yo no he podido dormir.

—¿Por qué, señora?

—Porque he estado muy *desazoná* toa la noche pensando en que en esa tarima no había puesto más que una manta.

—Pues ya puede usted irse á dormir tranquila, porque hemos estado como en la gloria materialmente.

¿Pueden pedirse mayor interés y más tierna solicitud?

X

Después del desayuno hemos echado carretera abajo con intención de penetrar en Sorbas... casi por asalto, en vista de que no hay otro modo de visitar el original pueblecillo.

He dicho ya que le rodea completamente un profundo barranco sumamente quebrado y angosto, y gracias al terraplén, de que también he hecho mención, no queda más que hacer para llegar al centro de la población que salvar las bruscas pendientes de las calles que vienen á desembocar en los pretilos.

No puede pedirse aislamiento más absoluto que el de Sorbas, con ser cabeza de partido judicial y tener regular vecindario. Sepáranle primero del resto de la tierra las cadenas de montañas terrosas que se enlazan en su derredor formando un círculo, y le aparta además de esas cadenas la estrecha garganta que le forma un foso natural de dimensiones colosales. Si á los habitantes se



El botijo de Sorbas.

les antoja alguna vez cortar toda comunicación con la humanidad y hacer á su pueblo inexpugnable, no tienen más que destruir la calzada que le une á la carretera y volar un puente de ésta sobre la rambla.

Ni todos los ejércitos de la cristiandad ni todos los cañones del mundo son capaces de conquistar aquella fortaleza natural en mil años de asedio.

Por eso tal vez la población no tiene el carácter común á todas las de la comarca. Viven y viven los vecinos como los de las montañas de todas partes, sin rasgos típicos, y hasta desaparece allí el sello árabe que, especialmente en las mujeres, se marca de

tan clara manera en los demás poblados de la región. El trazado de las calles obedece forzosamente á la extraña conformación del terreno, y son irregulares, revueltas, intrincadas, pero sin estilo marcado ni orden fijo de ninguna especie.

Como esto no tiene nada que ver con que estén ó dejen de estar concurridas, lo están siempre; pues, dado el reducido espacio que ocupan, basta que tres ó cuatro vecinos salgan á dar una vuelta para que se los encuentre uno en todas partes.

Veinte veces he visto, en el espacio de una hora, un chicuelo moñetudo que nos miraba con una curiosidad rayana en el encarnizamiento, un mocetón que tomaba el sol tejiendo soga de esparto y un joven de buena familia, con el bastoncito bajo el brazo, los guantes recogidos en la diestra y una chapita de la *Unión velocipédica española* en el ojal de la solapa, aditamentos todos que no podían estar más fuera de su centro.

Como cerca y lejos de Sorbas todo se vuelve quebradas, concavidades, barrancos y montículos, la voz repercute estentóreamente, háblase desde donde se quiera y en el tono que á uno le dé la gana. Las mujeres entablan conversación, desde los pretilles, con los pastores que apacientan sus ganados en las cumbres fronterizas, ó con las la-

se ven allá abajo en lo más hondo de la rambla.

Quando yo me disponía, desde una revuelta de la carretera, á tomar la vista general del picacho, Cilla me dijo con voz natural:

«Tira ahora», y por poco se vienen abajo con el estruendo de los peñascos de los alrededores.

En estas idas y venidas llegó la hora de almorzar, y empezó Cristo á padecer, por que demasiadamente sabíamos que en la Venta Alegre no había cosa mayor, y en nuestra correría por el pueblo no habíamos visto cartel, letrero ni ramo de oliva que nos anunciara la existencia de po-



SORBAS.—Una carga de ugua

sada, parador ni tienda de comidas de ninguna clase.

Hubo, pues, que preguntar á un rapaz de los que nos seguían en éxtasis, el cual nos sacó de dudas inmediatamente. Había fonda y posada, á escoger.

¡Fonda! Cuando llegamos á ella comprendimos que no la hubiéramos descubierto jamás, porque no tenía la menor traza de servir de alojamiento á los caminantes.

Salió á recibirnos una mujer como de cincuenta años, pequeñita y vivaracha.

—¿Puede usted darnos de almorzar?

—Ya lo creo, hijo mío, lo que ustedes quieran.

—Bueno, pues... ¿qué hay?

—¡Hijo de mi alma!

—No le digo á usted que todo lo que se quiera?

—Pues pónganos usted cualquier cosa.

—Entonces, hijo mío, les pondré á ustedes unos huevos fritos y unas tajaditas de lomo, ¿eh?

—Corriente. Y pan y vino, por de contado.

—Pues claro, aquí hay de todo. Pero ¿por qué no han venido ustedes á parar aquí anoche?

—Como la diligencia llega á tan mala hora y para tan lejos del pueblo...

—¡Hijo de mis entrañas! ¡Si mi puerta esta abierta siempre, y las camas hechas y todo lo que se pida, y barato, y bueno!

—Es que, además, no sabíamos que en Sorbas había fonda.

—Esto no es fonda; yo no tengo fonda; aquí todos son mis hijos, y los trato como á mis hijos, y...

—Muchas gracias, madre; y ahora... denos usted de almorzar.

Nos sentamos en el portal á tomar el fresco, que bien lo habíamos menester, porque era aquél un día de invierno que echaba lumbres, y vimos pasar á la criada como un relámpago, que volvió luego trayendo, no tan tapados que no se adivinaban en el delantal, unos huevos y una botellita con vino. Se conoce que en casa de nuestra madre había de todo...

menos vino y huevos.

Después del refrigerio, que terminó con media docena de higos chumbos de la tierra, volvió la buena señora á charlar un rato, empeñada en enseñarnos la casa para que viéramos que tenía camas de muelles... No sé si lo serían, pero á mí me lo parecieron efectivamente, por el recuerdo de la tarima. Llegó el momento de pagar.

—¿Qué se debe?—pregunté.



SORBAS.—El mozo del café.



ALMERÍA.—Presentando el reparto de sardinas



ALMERÍA.—Parada de coches de alquiler.

—Mire usted, hijo de mi alma, hijo de mi corazón, hijo de mis entrañas (así, todo de un golpe), en mi casa los almuerzos cuestan dos pesetas, pero para ustedes va á ser menos.

—¿Cuánto va á ser?

—Ustedes, hijos míos, me van á dar quince reales.

—Ahí va un duro, devuélvame usted una peseta, dé usted un real á la criada y quédese con el resto.

Cambió la buena mujer la moneda y dijo:

—Esto para ustedes (la peseta), esto para ti (el real) y esto para su madre, ¿es eso, verdad?

No crean ustedes que exagero. He copiado la conversación íntegra, para probar con el último detalle que la excelente señora había tomado en serio su papel de Providencia de los caminantes extraviados. Lo cual no le impedía cobrar por un almuerzo, haciendo rebaja, triple de lo que valía.



XI

De retorno á la venta, hemos tenido ocasión de contemplar el pueblo, encaramado en la cúspide, bajo los rayos de un sol del Mediodía esplendoroso y rutilante, con los senderillos y caminos de la vertiente llenos de labriegos, de lavanderas y de chiquillos que subían y bajaban como figuritas de nacimiento.

Y luego nos hemos perdido adrede en estos revoltijos de cuevas sin labrar, peladas y tristes, que inspiran lástima y desconsuelo, pero no desprovistas de cierta poesía melancólica. Pena causa recorrer tal extensión de terreno improductivo, más que por la incuria del hombre, por las grandes dificultades que tendría la labor y el obstáculo eterno de la falta casi absoluta de comunicaciones.

Los escasos productos de tan ingrata tierra han de acarrear á fuerza de paciencia

y de caballerías, y aun así es punto menos que imposible la exportación. Están haciendo falta dos ó tres líneas de ferrocarril... ó una sola bien tendida.

En la venta hemos tenido una sorpresa agradable.

Se ha presentado el joven de los guantes y el bastón á recoger su cabalgadura, y alumbrado por la luna se ha perdido en las sinuosidades de la carretera, montado en una borrica humilde y con su insignia de la *Unión velocipédica española*.

Después, mientras nos preparaban la cena previamente encargada (una cazuela de arroz con lomo y un plato de peces), ha hecho la tertulia junto al fogón á las hijas del ventero el mozo de la guitarra, que viene como de costumbre á esperar al coche.

Es, según él, de los que sacan coplas con la mayor facilidad del mundo; lo que hay es que unas veces le caen y otras no le caen. No he podido pescar al vuelo más que la siguiente, entre las muchas que iba recitando en voz baja para obtener la aprobación del auditorio antes de concederles los honores de la música:

«A toda vuestra familia siempre la he querido bien, y la quiere todo el mundo porque es buena para todos.»

Lo cual será indudablemente una verdad como un templo, pero... es de las que no caen.

XII

La noche triste, las noches lúgubres, la noche toledana, todas las noches célebres en la historia y en la leyenda por la incomodidad, el horror ó el disgusto, son noches de placer y orgía comparadas con la que hubimos de pasar en el trayecto de Sorbas á Almería. ¡Siete horas mortales con el frío en los huesos y el pavor en el alma!

Llegó el coche procedente de Vera á la una de la madrugada, calló el coplero improvisador, empezó el reparto del correo en el rincón de marras á la luz de la capuchina, y nos lanzamos á tomar asiento. Pero el mayoral calmó nuestros ímpetus diciéndome socarronamente:

—No se cansen ustedes, cariño; no hay sitio pa nadie.

En vano presenté mi billete de berlina tomado y pagado en Huércal-Overa. El billete era legítimo, pero él, el mayoral, no tenía atribuciones para resolver el conflicto, y por consiguiente no podía cargar con nosotros.

—El interior va lleno, la baca atestada, en el pescante va otro conmigo... ¡á no ser que quieran ustedes sentarse también en el pescante!

—Sí, cariño, sí; aunque sea en el pescante iremos.

—¡Se van ustedes á helar!

—Mejor; así no haremos otra vez el viaje.

—¿Y equipaje tienen ustedes?

—Una maleta, un saquito y una máquina metida en un zurrón de cuero.

—¡Ah! pues too eso se tié que quedar aquí, cariño, porque no hay hueco pa tantas cosas.

Por fin, después de muchas súplicas, cálculos y combinaciones, atamos los chirimbolos no sé dónde, en la parte exterior del vehículo, subimos al pescante y empezó el calvario.

Detrás de nosotros se oía la respiración fatigosa de los que se estrujaban en la baca, confundidos con las sacas y los baulles; abajo las ventanillas, cerradas herméticamente, dejaban adivinar un cargamento silencioso de carne humana que no se podía mover, y nosotros con los pies colgando, envueltos en las capas, caladas las boinas hasta las orejas, mustios, ateridos, contemplábamos desde lo alto del armatoste el trotar incansante de las seis mulas del tiro, que nos parecían de una pequeñez inverosímil.

El camino no tiene lances; sigue el paisaje rugoso y casi yermo en que se recorren leguas y leguas sin encontrar vestigios de habi-

tación humana; soplaban un viento sutil de Sierra Nevada que entumecía los miembros; el mayoral, aunque pareciera cosa inverosímil, empezó á cabecear, abandonó el tornoyse quedó profundamente dormido, como si no estuviera apoyado en débil tabla y á tan gran altura, sino sobre mullidos cojines de seda; y el armatoste entre tanto rodaba en libertad, vertiginosamente, por las cuevas peladas, sin otra dirección ni guía que la Divina Providencia y el



ALMERÍA.—Un limbiabotas.

zagal que, por exceso de carga, venía en el estribo de la trasera y á cada instante se veía precisado á abandonar su sitio, corriendo como una exhalación detrás del ganado para animarle con trallazos y voces.

Muy de tarde en tarde el mayoral salía del sopor para gritar desde las profundidades de la bufanda:

—¡Anda con ella, cariño!... ¡Déjala ya, déjala!

Poco á poco fué invadándonos á todos el adormecimiento contagioso, y vino con él la insensibilidad casi absoluta. Hubiérase despenado aquella mole movable y apenas nos hubiéramos percatado del golpe.

De este modo llegamos á Tabernas á las cinco de la mañana, en medio de la oscuridad más densa.

Allí tuvieron la amabilidad de aparecerse dos viajeros del interior, á quienes Dios bendiga, y el mayoral nos hizo la gracia de permitirnos ocupar sus asientos. Como todo es relativo en el mundo, nadie sabe el placer intenso, la satisfacción íntima que sentimos al encontrar nos estrujados de nuevo, eso sí, pero resguardados del aire y sin la incomodidad de llevar los pies colgando.

Al amanecer se entra en la cuenca del río Almería, y la decoración cambia por completo. Huertas frondosas, pintorescos montes, alegres emparrados de grandísima extensión, espesas arboledas, apiñados caseríos, campiña feraz, un valle, en fin, verdaderamente delicioso, ¡la Andalucía soñada! forma constantemente la risueña perspectiva hasta entrar en la capital, después de cruzar en distintas vueltas y revueltas la línea férrea de Almería á Guadix, tantos años deseada.



Vendedor de pescado.

XIII

La calle de Granada, arteria principal de un populoso barrio de obreros y labradores, llena de mujeres y chiquillos de tez bronceada que á la legua denotan su abolengo moruno, es larga, espaciosa y viene á concluir en el riñón mismo de la ciudad.

A su terminación se detiene el coche para dejar las enormes valijas en la casa de Correos y sigue poco después hasta el punto de parada, al final del paseo del Príncipe Alfonso. Es este paseo la vía más importante de Almería, sombreada por altos y copudos árboles, formada por dos hileras de buenos edificios; empieza en el monumento levantado á los mártires del despotismo de 1824, con su octava real correspondiente, y concluye á pocos metros de la playa, junto á las importantes obras de fábrica construídas en previsión laudable de otras terribles inundaciones como las de hace algunos años, que produjeron en la población una catástrofe.

Almería es un bonito pueblo tendido entre el mar y la montaña, defendido por el formidable castillo denominado la *alcasaba*, bañado casi siempre por un sol de justicia que hace resplandecer lachadas y terrados, bajo un cielo purísimo, con un clima benigno, con unos alrededores pintorescos y fértiles y con un puerto inmenso que será de primer orden cuando se concluya.

Perjudica y detiene su florecimiento la dificultad de las comunicaciones con el interior, reducidas, hoy por hoy, al citado ferrocarril que llega á Guadix y... de allí no pasa. Cuando éste quede unido al de Baza y se haga (¡ay, sabe Dios cuándo!) el del litoral, podrán explotarse la riqueza de su suelo fértil y los tesoros de sus



ALMERÍA.—Vivitas y coleando.

montañas que yacen olvidados por los gastos encrimes que requiere el acarreo.

Son, pues, esta provincia en general y esta ciudad en particular de las destinadas á cambiar de aspecto dentro de pocos años.

La parte antigua de Almería, compuesta en su totalidad de calles estrechas y tortuosas, con casas viejas, contrasta notablemente con la moderna, la más cercana al puerto, de vías anchas tiradas cordel y en que hay viviendas modernas de tres y cuatro pisos.

En monumentos nada he visto digno de mención, sino la catedral, gótica pura, que data del siglo XVI, y el convento de dominicos, antigua mezquita, donde se conserva la imagen de Nuestra Señora del Mar, patrona de Almería.

Porque del levantado á la memoria de los mártires, etc., etc., no hay para qué hablar. Ni de su octava real tampoco.

El que desnelga la maleta, el que la recibe, el que la lleva, el que la deposita en el cuarto de la fonda, todos salen á la postre con la culpa de:

— Señorito, ¿hay alguna cosiya?

Y se ven y se desean, naturalmente, para encarecer la importancia del servicio.

Esto, unido al desmedido afán de aseo que incita á unos cuantos muchachos, que pupulan por los sitios céntricos, á preguntar á todas horas: «¿Hay que limpiar las botas, señorito?» obliga al desgraciado viajero á vivir continuamente alerta y con la mano en el depósito de los cuartos viles.



Después de tomar café en el Suizo, donde no hubo más remedio que permitir que un jovencuelo rechonchete hiciera no sé cuántas manipulaciones en el calzado blanco de Cilla, nos dirigimos á tomar pasaje en un vapor para Málaga.

Porque es de advertir que, por que no se cumpliera siquiera una vez el anuncio de la *Guía*, no salía buque alguno para Cartagena en el día preciso, y por consiguiente no podían comernos los *peses* en el cabo de Gata. Lo harían, si acaso, los de las Roquetas, pero ya no se verificaría en todas sus partes el horroroso pronóstico de nuestro compañero de Huércal.

En un portal del paseo del Príncipe Alfonso vimos el tentador anuncio siguiente:

Diligencias á Berja y Adra.

Ambas son poblaciones importantes, merecedoras indudablemente de una visita; pero no hay cuerpo humano que resista, en tan breve espacio de tiempo, tantas marchas y contramarchas en coche.

Por esta circunstancia y con profundo sentimiento renunciamos á la excursión, á riesgo de no dar sino á medias cuenta de la provincia, y entramos en el despacho de la casa consiguataria.





Tomamos nuestro pasaje para el *San Fernando*, y con la curiosidad natural fuimos hacia el puerto, una caminata de órdago, aguantando una temperatura de pleno estío, á conocer el buque que había de conducirnos á Málaga.

A su lado cargaba apresuradamente otro vapor algunos centenares de emigrantes para Orán, y daba mucha pena ver aquello, que no era, sin embargo, más que el prólogo del tristísimo espectáculo que nos esperaba...

XIV

La salida del *San Fernando* está fijada para las cuatro en punto de la tarde. A las cuatro menos cuarto entramos en la lancha que ha de llevarnos á bordo. Siéntanse á nuestro lado algunas familias de campesinos miserables, andrajosos, con enormes lios acuestas; familias en que abundan los niños que miran con ojos asombrados el animado trajín del muelle.



—¿Dónde van ustedes? — me atrevo á preguntar á un hombre joven, robusto, de atezado rostro, que lleva sobre sus rodillas dos chiquillas harapientas.

—Al Brasil.

—¿Por mucho tiempo?

—¡Toma! Para siempre. Aquí no se puede vivir, ¡maldita sea España! Estas dos chiquillas que usted ve ya no son españolas.

Y dijo todo esto con sencillez aterradora, con la sonrisa en los labios, mientras la barca, empujada por los remos, se alejaba lentamente de la orilla tomando rumbo hacia el vapor, que dejaba oír un poco más lejos el áspero chirrido de las cadenas de la grúa.

Hízose la subida por la escala con dificultades enormes, por la aglomeración de barcas repletas de emigrantes que se agolpaban al costado.

Aquella muchedumbre silenciosa avanzaba trabajosamente por los peldaños; se desocupaba una lancha, daba la vuelta por la proa á la escala de estribor, donde la máquina recogía los equipajes; camastro, muebles, cacharros, colchones, lios de ropas, cosas enteras... Y otra ocupaba su lugar inmediatamente, y luego otra, y otra... ¡Dios sabe cuántas!

Se ocultó el sol. La bandera izada en la popa descendió lenta y tristemente sobre las cabezas de los desventurados que subían. Aquel barco ya no era España.

Y seguían en tanto, entre las primeras sombras de la noche, el movimiento pausado y monótono de las lanchas y la tristísima, la interminable procesión de emigrantes, sucediéndose unos á otros, amontonándose y estrujándose en la escala, todos pálidos, demacrados, cubiertos de andrajos asquerosos, cargados de niños que temblaban de frío y de miedo...

Quedó, en fin, el barco con la bodega abarrotada de miserables trebejos, con la cubierta henchida de carne humana que se desbordaba por todas partes. Era materialmente imposible

dar un paso sin aplastar una infeliz criatura, envuelta en guifapos, compungida y llorosa, entumecida por la brisa fresca del mar.

Antes de partir bajaron al comedor los pasajeros de primera y segunda, y por los tragaluces abiertos empezaron á salir bocanadas de aire cálido, emanaciones de apetitosas viandas y torrentes de luz que iluminaban los bronceados rostros de los emigrantes hacinados en la primera fila junto á la rotonda. En el resto de la cubierta no se oía nada, no se veía nada más que montones de trapos que cubrían cuerpos extenuados y ateridos. Y allá lejos brillaban las luces de Almería y recortaban el horizonte las montañas negras de donde venían y que no habían de volver á ver.

Vaya, que se me puso un nudo en la garganta; que sentí húmedos los ojos y que tuve que contenerme para no gritar en la oscuridad y sin saber á quién me dirigía:

—¡No os marchéis así, redid! ¡Vamos antes á desembarcar todos juntos ahí, en cualquier parte, á pedir fieramente que os den las riquezas de esas montañas, los frutos de esos valles donde habéis nacido, ó á tomarlos por fuerza! ¡Una barbaridad cualquiera antes que dar otra patria á estos niños!

Venían también con nosotros los reclutas del cupo de Almería destinados á la guerra de Cuba, que iban á tomar en Málaga el trasatlántico. Hacían los mozos grandes esfuerzos para bromear con cualquier motivo, mientras algunos grupos de mujeres, en el muelle, recostadas en la fachada de un almacén, lloriqueaban que era una compasión.

De vez en cuando salía de entre ellas una voz quejumbrosa que decía débilmente:

—Manué... ¡qué escribas!

Pero Manué fingía no oír aquella voz que seguramente le partía el alma, y seguía en animada charla con sus compañeros, procurando demostrar que él no tenía miedo á los *mambises*, y que estaba deseando verse en la manigua para hacer y acontecer esto, lo otro y lo de más allá.

De repente, como si le diera vergüenza no responder á las continuas lamentaciones, se apoyó en la borda y gritó:

—¡María! ¡Que no vaya á yora más! ¿Eh?

Y corrió á ocultarse en la otra banda.



A las siete en punto el *San Fernando* levó el ancla con gran estrépito, soltó las amarras y empezó á moverse pausadamente en demanda de la salida del puerto. La masa humana seguía silenciosa en momento tan solemne, iban perdiéndose y borrándose las figuras de las infelices que lloraban por los soldados y brotaban de la superficie de las agnas montes de espuma levantados por las paletas de la hélice.

Entonces una viejecita entrapajada, acurrucada á mis pies, que



ALMERÍA.—Barrión de pescadores



ALMERÍA.—Colegio de Jesús.

Luisa S.

no se atrevía á levantar los ojos por no ver aquella tierra ingrata que ya no recogería sus restos, me preguntó con voz entrecortada.

—Cabayero, ¿andamos ya?

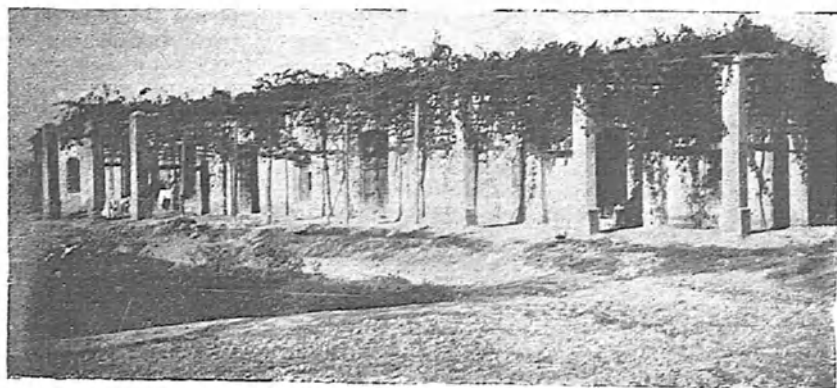
—Sí, señora.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

Y volvió á sumirse en sus meditaciones, después de murmurar, como terrible despedida, la única oración que tal vez tenía en la memoria.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento!

¡Sí, sí! Sea por siempre bendito y alabado.





AVILA

I

Monumento nacional han sido declaradas las murallas de Avila y la basílica de San Vicente; monumento nacional debe ser declarada también la ciudad entera.

Remóntase la época de su fundación á antigüedad tan remota que, según la frase de cajón, se pierde en la noche de los tiempos. En lo que no cabe duda es en que con los fenicios, con los cartagineses, con los romanos, con los árabes, en el período de la reconquista especialmente, tuvo grandísima importancia por su situación en el riñón mismo de la Península y por sus fortificaciones completas é inexpugnables que á través de los siglos se conservan casi intactas.

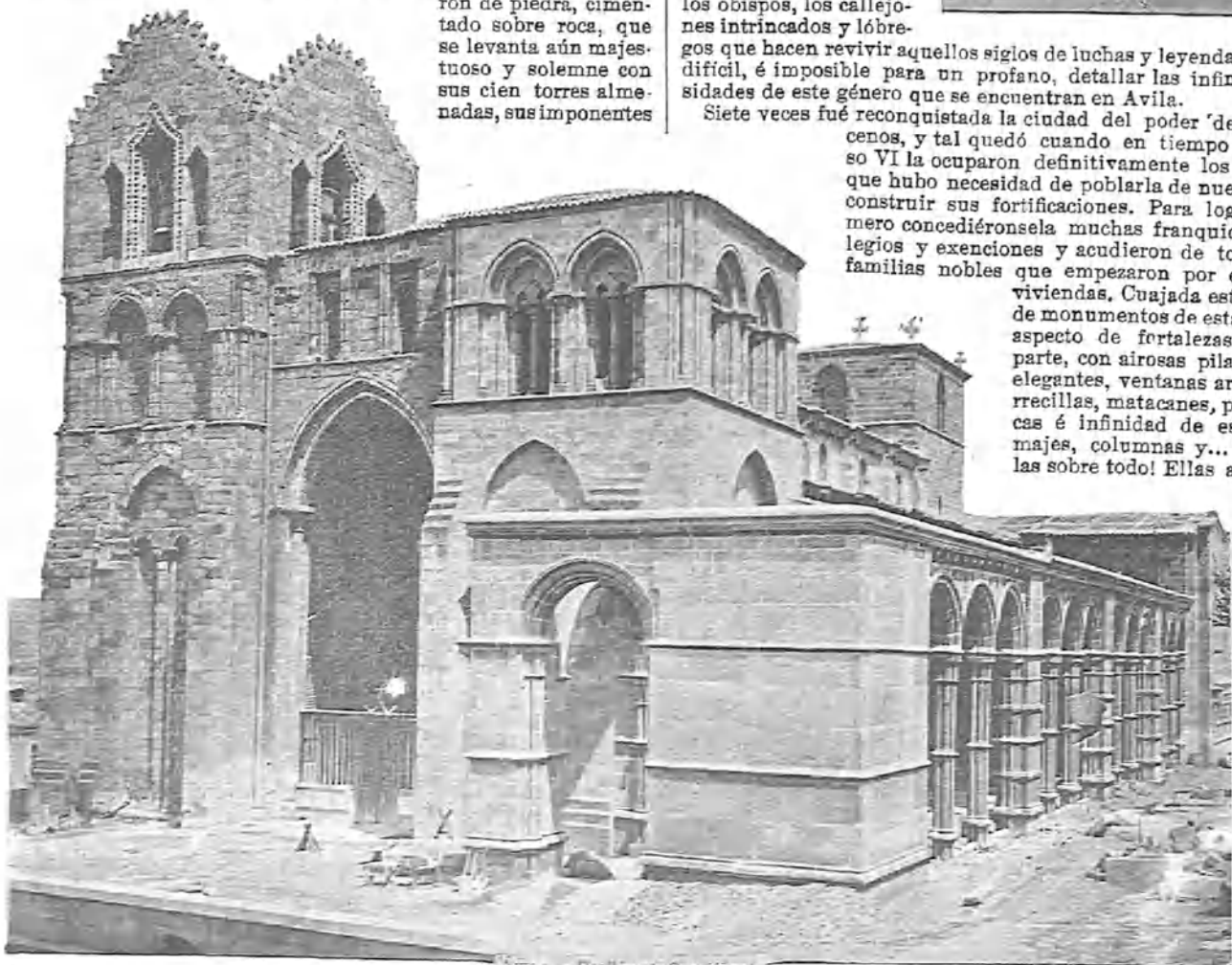
Si, bien hizo el Gobierno, fuese el que fuese, en procurar oficialmente la conservación de los muros de Avila, maravilloso cinturón de piedra, cimentado sobre roca, que se levanta aún majestuoso y solemne con sus cien torres almenadas, sus imponentes

puertas con grandes torreones, todo gris, todo macizo, todo venerable. Pero debiera cuidarse también de que no se derrumbara el tesoro arquitectónico que guarda en su recinto, en el cual está esculpida toda la historia caballerescas y militar de la Edad Media.

Las casas fortificadas de los nobles castellanos, los conventos, las ermitas, los palacios de los obispos, los callejones intrincados y lóbregos que hacen revivir aquellos siglos de luchas y leyendas. Es tarea difícil, é imposible para un profano, detallar las infinitas curiosidades de este género que se encuentran en Avila.

Siete veces fué reconquistada la ciudad del poder de los sarracenos, y tal quedó cuando en tiempo de Alfonso VI la ocuparon definitivamente los cristianos, que hubo necesidad de poblarla de nuevo y de reconstruir sus fortificaciones. Para lograr lo primero concediéronse muchas franquicias, privilegios y exenciones y acudieron de todas partes familias nobles que empezaron por edificar sus viviendas. Cuajada está la ciudad de monumentos de esta clase, con aspecto de fortalezas la mayor parte, con airosas pilastras, arcos elegantes, ventanas artísticas, torrecillas, matacanes, puertas góticas é infinidad de estatuas, ramajes, columnas y... bolas. ¡Bolas sobre todo! Ellas adornan los

arcos de las ventanas, los frisos, las cornisas, los capiteles... La tiene la catedral adornando los ángulos todos de sus torres y las líneas todas de sus pequeñas agujas. ¡La catedral!



AVILA.—Basílica de San Vicente.



ÁVILA.—Puerta de una antigua casa fuerte.

como es vicio ó costumbre, sin duda para quitar la ilusión... y para que no entre la polilla.

Como digno cortejo de la catedral, figuran en Ávila los siguientes monumentos notables, de que no es posible dejar de hacer mención:

La capilla de Mosén Rubí, situada en una plazoleta cercana al muro; la iglesia de San Vicente, fuera del recinto, hoy en reparación, con una torre bizantina, y en la cual existe la cripta en que se venera la milagrosa imagen de la Virgen de la Soterraña; el convento de Santo Tomás, con una sillería de coro que es una maravilla, y en el cual estuvo establecida la Inquisición, y se conserva el cuerpo del príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos; la iglesia bizantina de San Andrés; el convento de la Concepción, en que se educó Santa Teresa, y mil edificios más, de reconocido mérito artístico y de indudable importancia histórica, que se alzan á cada paso, en todas las calles, en todos los paseos, dentro y fuera de las murallas.

Puede decirse, pues, que Ávila es una ciudad monumental que deba conservarse cuidadosamente entre cristales... en vez de destinarse á que se aburran y se mueran de frío los alumnos de Administración militar.

Los cuales alumnos tienen, para su solaz y esparcimiento, las susodichas calles tortuosas, los soportales de la plaza del Alcázar y algunos cafés de tercer orden. (El Suizo, que era el mejor y estaba situado junto á la iglesia de San Pedro, se quemó hace poco.) Y para dedicarse á las rudas tareas de desembrollar los arduos problemas de abastecimiento de plazas y aprovisionamiento de ejércitos disponen del palacio destinado á Academia, antigua casa de Polentinos, con su fachada



Lleva gallardamente sus nueve siglos, pertenece al orden gótico primitivo y su torre, en que sobresalen las almenas, más parece de castillo feudal que de templo cristiano y es fiel reflejo de aquella época azarosa en que había que defender la fe muriendo con las armas en la mano en los torreones de las iglesias.

La fachada principal se *adicionó* en 1779, y ya se echa de ver en el distinto color de la piedra y en el exceso de adornos.

A su derecha quedó sin concluir otra torre, que ha habido que cubrir con un tejadillo, echando á perder, á la fuerza, el conjunto.

El interior es también gótico puro, con ventanas bizantinas con vidrios de colores. Llamán la atención en él: la capilla de San Segundo, primer obispo de Ávila, en la cual se conservan sus restos; un altar de mármol dedicado al mismo santo; la hermosísima sillería del coro, que es un prodigio de talla; la estatua del *Tostado*, de mármol, representándole en actitud de escribir, sentado y vestido de pontifical, é infinidad de estatuas, bajos relieves y sepulcros con sus respectivas inscripciones, enjabelgado casi todo

CANCIONES POPULARES DEL BARCO

La molinera.

original en que figuran, labrados en la piedra, muchos atributos militares, y su patio de columnas, recargado de adornos platerescos. Pueden además pelar la pava cuanto quisieren en las horas de asueto, junto á las bien trabajadas rejas del siglo XV, mientras se lo permita el viento sutil del Guadarrama, que ordinariamente corta como un cuchillo y es capaz de helar en flor las más hondas pasiones.

II

Entre una infinidad de personajes ayilenses que florecieron en todas las épocas en las ciencias, en las armas, en la religión y en las bellas artes, destacan dos figuras



de extraordinario relieve: Santa Teresa y el Tostado.

Santa Teresa nació en Ávila en 1515, tomó el hábito á los veinte años en el convento de la Encarnación, y en él permaneció veinticinco más. En este período se verificaron en su espíritu superior aquellas evoluciones que la santa dejó admirablemente descritas para gloria y honra de las letras españolas. Entregada á Dios por completo, llegó á verle en sus éxtasis, escribió de las más difíciles cuestiones, y tanto en ellas como en sus cartas íntimas, en la pintura de sus sagrados delirios, llegó en ternura, originalidad y gracia adonde no han llegado los más notables escritores religiosos de todos los tiempos. Su poético misticismo, no superado por nadie, su sencillez encantadora, su ingenuidad inimitable, la colocan entre las grandes figuras literarias de nuestra patria.

Guiada por su amor á la virtud, obedeciendo tal vez á inspiración divina, emprendió con ánimo fuerte y valeroso la reforma de abusos y corruptelas monásticas, y luchando incesantemente con infinitas contrariedades y salvando graves obstáculos, recorrió casi toda España fundando conventos, sin temor á las privaciones, sin miedo á la fatiga, triunfando de la envidia y de la calumnia que en distintas ocasiones, y esgrimiendo todas sus armas, pretendieron oponerse á su paso. Admira la fortaleza de aquella mujer, que sola, sin recursos, emprende obra de tal magnitud y la lleva á feliz término, en constante lucha para ganar adeptos, convenciendo á los poderosos y derrotando á los enemigos.

En el siglo XVII se arrasó la primitiva morada de la santa para levantar en su lugar el actual convento de Carmelitas, edificio de no muy buen gusto por cierto, y en el sitio que ocupó la aloba se cons-

truyó una capilla churrigueresca. En el convento de San José, primero que fundó la doctora mística, se ha convertido también en capilla la celda que habitó, conservando el poyo en que escribió una de sus obras. Conservanse en este monasterio el jarro donde bebía agua, los pitos y la pandereta que se usaron en la fiesta de inauguración del convento y el ataúd en que reposó el cadáver de la santa hasta que fué trasladado á Alba de Tormes.

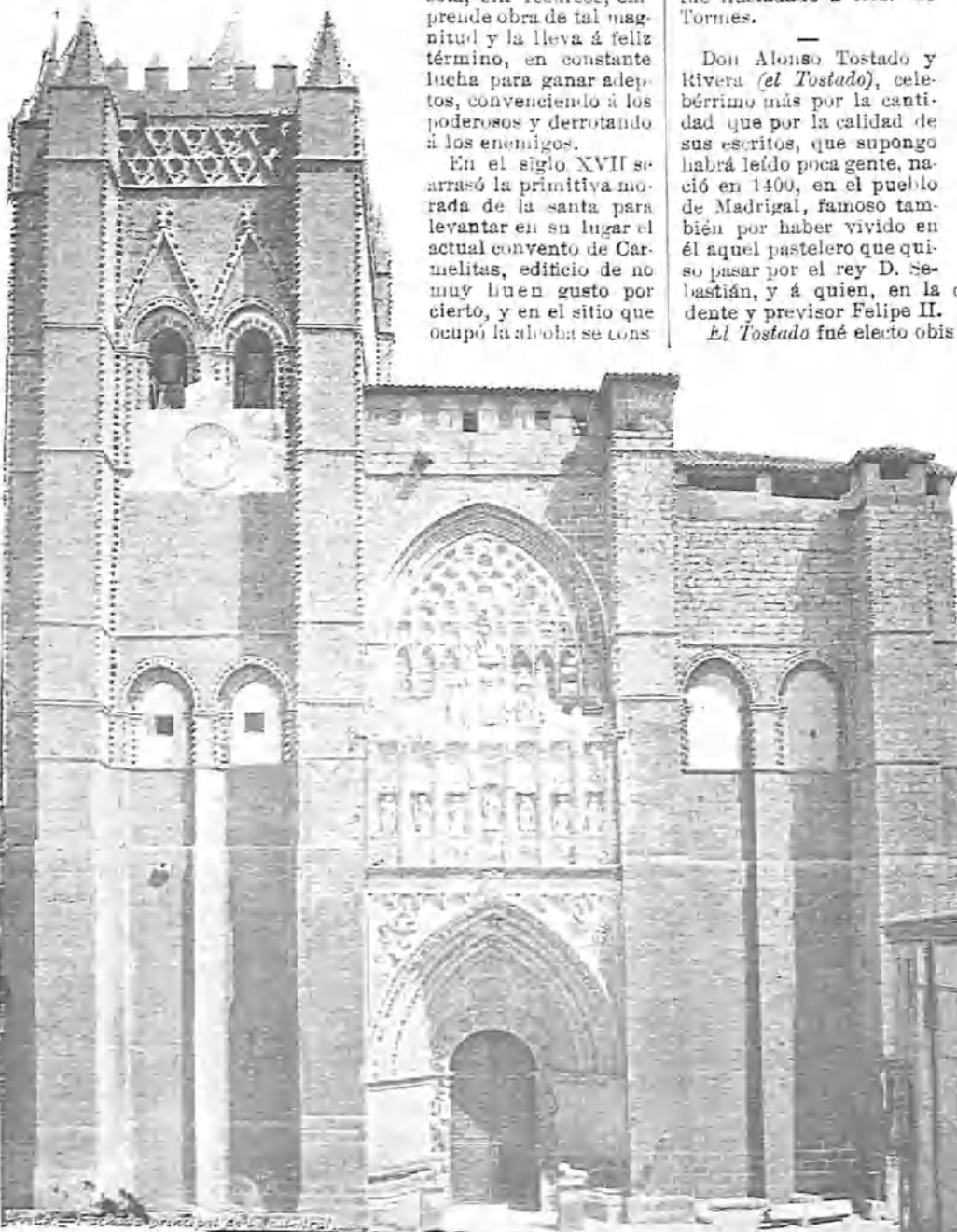
Don Alonso Tostado y Rívera (*el Tostado*), celebrísimo más por la cantidad que por la calidad de sus escritos, que supongo habrá leído poca gente, nació en 1400, en el pueblo de Madrigal, famoso también por haber vivido en él aquel pastelero que quiso pasar por el rey D. Sebastián, y á quien, en la danda, hizo quitar de enmedio el pruden-

te y previsor Felipe II. *El Tostado* fué electo obispo de Ávila á los cuarenta y seis años y cuéntase de él una anécdota que pinta su carácter. Era el buen D. Alonso pequeño de estatura, pero no podía ver que aludieran á este defecto, y una vez que tuvo que presentarse ante el Sumo Pontífice, creyéndole éste de rodillas ó por mortificarle en su amor propio, le ordenó que se levantara.

—Ya lo estoy—contestó él,—y me permito hacer observar al Santo Padre que la estatura de los



Del valle de Amblés.



Pontífice, creyéndole éste de rodillas ó por mortificarle en su amor propio, le ordenó que se levantara.

—Ya lo estoy—contestó él,—y me permito hacer observar al Santo Padre que la estatura de los

hombres debe medirse desde las cejas á la raíz del pelo.

En memoria del Tostado existe en la catedral el sepulcro de que ya se ha hecho mención, junto al cual puede verse (aunque yo no la he visto por falta de luz) una tablilla con la siguiente décima, producto de la ardiente fantasía de algún admirador, anónimo desgraciadamente:

«Aquí yace sepultado
quien virgen vivió y murió,
en ciencias más esmerado,
el nuestro obispo Tostado
que nuestra nación honró.
Es muy cierto que escribió
para cada día tres pliegos,
de los días que vivió,
su doctrina allí alumbró,
que hace ver á los ciegos.»

Lo que prueba hasta dónde puede extraviar la piedad poética á un caballero bien nacido.

III

Ignóranse en absoluto el origen y fundamento de las numerosas estatuas de cerdos que aún existen en Avila y sus cercanías. Las hay de todos los tamaños, desde las que parecen querer representar elefantes, á las que se conforman con copiar mamones lechoncillos. Hay quien atribuye á estos objetos procedencia pagana, hay quien cuelga á cada una su correspondiente historieta ó tradición fabulosa, y hay quien opina que los antiguos empleaban estos objetos como hitos en los caminos ó en los linderos de las heredades.

Ello es que se encuentran *por doquier*, en los claustros de los conventos, en los patios de las casas señoriales y especialmente en el campo. La razón de abundar tanto, en este término precisamente, es la que no se nos alcanza ni á mí, ni á las personas á quienes he preguntado, ni á los autores á quienes he consultado sobre el particular.

Igualmente estamos á oscuras unos y otros en lo que se refiere á la fundación y privilegio del *pote* de Avila, privilegio que conservó esta ciudad durante muchos siglos y que consiste en la obligación en que estaban todas las provincias de la Nación de tomar como unidad de medida de capacidad para áridos el susodicho *pote*, que viene á tener de cabida media fanega. Según parece, la vasija, que es de hierro, se guarda aún en el Ayuntamiento.

De dos curiosas tradiciones tengo que dar cuenta.

Refiérese la una á aquel terrible período de turbulencias y luchas entre los nobles y los reyes, y retrata el espíritu semisalvaje y cruel de la época.

Separados y enemistados los esposos D. Alfonso de Aragón y D.^a Urraca de Castilla, el rey trató de llevar á su poder al hijo de su esposa con objeto de gobernar él solo ambos reinos.

Los caballeros avileses tomaron resueltamente el partido de la reina y se negaron á entregar al heredero del trono.

Fué el de Aragón sobre la ciudad con buen golpe de gente, pero comprendiendo que la rendición sería imposible, prefirió apelar á otros recursos. Pidió permiso á los de la plaza para entrar él

solo, y una vez concedido, exigió como garantía de su seguridad setenta rehenes.

Convino así, y en cuanto [los tuvo en su poder avisó que se contentaría con que le enseñaran á su hijastro desde el cimborrio de la catedral. Consiguio su deseo, saludó al niño muy afectuosamente y tornó á su campo, donde por primera providencia mandó decapitar á los setenta caballeros y por segunda hacer hervir en aceite sus cabezas.

Encendiéronse en ira dos caballeros de Avila y retaron personalmente al rey. Aceptó éste el reto, y mandó al lugar de la cita unos cuantos soldados que alancearon á los dos campeones en un abrir y cerrar de ojos.

De estas dos diferentes maneras probó el de Aragón que era muy hombre de bien y muy cumplido caballero.

El sitio en que se verificó la primera barbaridad se llamó desde entonces *Las Hervencias*, y el en que se llevó á cabo la segunda fué señalado con una piedra denominada *hito del reto*.

La otra tradición es religiosa, y alcanza remotísima fecha. Nada menciona á principios del siglo IV llegaron á Avila, huyendo de la persecución ordenada por Diocleciano, tres jóvenes cristianos. Descubierta su refugio, sufrieron el martirio con la entereza característica en los primeros discípulos de Jesús, siendo apedreados y arrojados á un barranco, donde quedaron abandonados sus cuerpos.

Salió entonces de una roca próxima una serpiente que se encar-



AVILA.—Puerta de San Vicente.





gó da velar por ellos, y hete que, habiendo acertado á pasar por aquellos lugares un rico judío que tuvo la malhadada idea de escarnecer los restos de los mártires, la serpiente, abalanzándose á él, se enroscó fuertemente á su cuerpo y sólo pudo el infeliz salvarse de la muerte por estrangulación prometiendo allí mismo abjurar de sus errores, convertirse á la verdadera doctrina y edificar un suntuoso templo á la memoria de los mártires.

Cumplió el judío (rara avis!) todas sus palabras y fundó la iglesia de San Vicente, una de las joyas arquitectónicas de Avila, de que ya he hablado antes, y en la cual, en la misma cripta de la Virgen de la Soterraña, está la roca de donde surgió el enorme reptil, causa de la edificación del templo.

Allí, en la misma iglesia, junto al de San Pedro del Barco, está su sepulcro (el del judío, no el de la serpiente), ó al menos así lo indica una lápida con la siguiente inscripción:

«En esta sepultura del suelo está enterrado el judío que por milagro de Dios se tornó xpiano ó hizo esta iglesia de Sant Vicente de Avila. Año CCCVII.»

El odio de ultratumba impidió á los fieles cristianos que grabaron la lápida perpetuar el nombre del converso.



Por la primera de estas tradiciones, ó séase por la de la defensa del niño Alfonso VII contra la invasión de su padrastro el monarca aragonés, se dieron á la ciudad sus armas y los dictados de Avila de los Leales, Avila del Rey, Avila de los Caballeros, con los cuales se la conoce todavía.

IV

Por cierto que nos recibió en su seno con el uniforme de gala; es decir, con un sol *relativamente* espléndido, con una temperatura hasta cierto punto agradable y en día de mercado.

Así es que, después de visitar la catedral, la casa de la santa y la iglesia de San Vicente, de recorrer calles y encrucijadas admirando en todas partes primores de arquitectura y bien conservados recuerdos de otros siglos, con señales de admiración por aquí, con exclamaciones de asombro por allá, desandámos de la empinada cuesta y salimos á las orillas del Adaja por la puerta del Puente.

Quedaron atrás los innumerables torreones y cubos de la muralla que, desde cierta distancia, parecen acabados de levantar, y tendimos la vista por el paisaje hacia el otro lado del río. Un paisaje de invierno, pelado y triste, de

un gris monótono, apenas manchado por el rojo débil de los sarmientos secos y de los árboles desnudos.

Era nuestra intención nada menos que visitar el inmediato pueblo de Nanillos de San Leonardo, con el objeto de cazar tipos característicos de las cercanías de la capital y presenciar de cerca las labores del campo. Pero un amabilísimo vigilante de consumos, mirlo blanco de su especie, que en la cabecera del puente cumplía su misión delicada, nos hizo desistir de nuestro propósito.

—Nanillos es aquí,—dijo; —habrá una hora escasa de camino, pero... no vayan ustedes ahora.

—¿Por qué?

—¡Porque hay viruelas!

Y cuando procuramos convencerle de que eso no podía ser obstáculo á nuestro arrojito, porque habíamos perdido el miedo á las enfermedades contagiosas, especialmente á las impropias de nuestra edad, añadió:

—Es que, además, si quieren ustedes hacer retratos de serranos y labradores, con que se queden ustedes aquí conmigo esdrán satisfechos. Hoy viene muchísima gente al mercado.

Y así era la verdad. Por todos los caminos y carreteras que afluyen á la puerta del Puente desfilaban, en apretados y numerosos grupos, centenares de campesinos del llano y de la serranía, quién conduciendo una piara de cerdos, quién guiando una vacada, éste con una mansada de corderos, aquél con una recua de borriquillos y mulas, unos con sus cargas de leña ó de frutos, otros caballeros en arrogantes machos, y todos con abarcas, calcetines blancos sobre las medias negras, zajones amplios de cuero ó de piel sin curtir, enorme capa parda, recios chaquetones, sombreros anchos de copa baja y cónica, algunos de ellos con dos borlas por adorno, ó monteras de pellejo, la mayor parte con las



Avila.—Puerta antigua de la catedral.

las caídas hasta el cuello, encuadrando la cara. Llegan también muchas mujeres con los refajos de los días de fiesta, que dejan al descubierto casi toda la pantorrilla, y uno de los cuales, el de encima, se usa generalmente como mantón, ó recogido y plegado atrás, con el principal objeto de lucir el segundo. Estos refajos, característicos en la vestimenta femenina del país, son siempre de colores fuertes, predominando el verde y el amarillo, se llevan puestos muchos al mismo tiempo, de modo que cada mujer abulta por cuatro y conduce, con cierta gallardía, bastantes varas de bayeta de colores.

Algunos se adornan con profusión de bordados de hilo rojo ó azul, representando pájaros, flores ó ramajes entrelazados caprichosamente.

Toda esta multitud abigarrada y pintoresca, animando las empinadas calles, ordinariamente solitarias, bullendo en todas las plazuelas y callejones, iba á parar al mercado grande, llamado así para diferenciarle del mercado ordinario, situado en la plaza de la Constitución, que se denomina mercado chico.

El mercado grande se establece en la plaza del Alcázar, que es el espacio comprendido entre la mo-



Leche de Las Navas.

numental puerta de San Pedro y la fachada de la iglesia del mismo nombre. Está, por consiguiente, fuera de la muralla. En su centro se alza una buena estatua de Santa Teresa, erigida recientemente por la Diputación provincial, estatua en cuyo pedestal están inscritos los nombres de muchos avileses ilustres, y á la izquierda del paseo están los soportales anteriormente citados, que venían á rematar en el edificio que ocupaban el café suizo y el Casino de Avila, del cual ha dejado el incendio las cuatro paredes agrietadas y ennegrecidas.

De modo que, gracias á la inesperada amabilidad del de consumos, nos hemos ahorrado una caminata y hemos visto, agrupados en torno á la estatua de la gran poetisa avileña, los tipos más característicos de la provincia...

Hame llamado especialmente la atención una vieja pequeña y avellanada con una porción de refajos verdes, uno sobre la cabeza, á estilo del país, otro cubriendo los demás y el resto dejándose ver hasta media pierna por los revuelos á que los obligaba el aire. La anciana parecía enteramente una alcachofa. Debajo de



AVILA.—Portada de la iglesia de San Pedro.



AVILA.—Casa de Santa Teresa, hoy convento.

cada hoja verde se adivinaba otra hoja tan verde como la primera, y así sucesivamente hasta llegar al cogollo, constituido por unas medias negras... y lo que cubriesen.

V

Al lado de una fonda llamada *del Jardín*, porque delante de la fachada tiene uno del tamaño de una sábana de cama cama, á pocos pasos de la Puerta del Peso de la Harina, cerca, por consiguiente, del magnífico cimborrio con su doble fila de almenas, y casi enfrente de la casa que para refugio de los pobres fundó un racionero de la catedral y que ostenta sobre la puerta un alto relieve que representa á San Martín partiendo la capa, está esta-

blecida la administración de las diligencias que han de conducirnos, Dios mediante, á Piedrahita y Barco de Avila.

Nos acercamos á la puerta, en cuyo dintel meditaba un hombre ceñido y silencioso.

Al penetrar por el zaguán, hízonos señas de que no nos molestáramos, porque dentro no había nadie.

—Y diga usted—le pregunté,—¿salen de aquí los coches para Piedrahita?

—Salen.

—¿A qué hora?

—A las tres.

—¿Qué tres?

—De la mañana.

(Gesto de disgusto de Cilla, mueca de indignación de un servidor de ustedes y adelante con el interrogatorio.)

—Y ¿no se pueden tomar ahora los billetes?

—No.

—¿Y un poco más tarde?

—No.

—¿Y si luego se llena el coche y no podemos ir?

(Encogimiento de hombros del interesado, como diciendo *¿á mí qué me importa?»)*

—Pues ¿á qué hora hay que venir á encargar que reserven los asientos?

—A las dos.

—¿Justas?

(Movimiento de enojo del hombre del dintel, como indicando que no tenía más ganas de conversación.)

Y fué lástima, porque yo tenía que preguntar una porción de cosas relativas á empalmes, horas de parada, distancias, etc., etc.; pero lo dejé para mejor ocasión, en vista del trabajo que costaba sacarle las palabras del cuerpo.

¡Ay! el comunicativo guarda de consumos nos pareció un ángel!

Dimos un paseo en torno á la muralla, con objeto de contemplarla á la luz del crepúsculo. Es decir, el paseo se quedó en plan, como la mayor parte de las obras dramáticas de los genios ignorados, porque apenas habíamos franqueado de nuevo la puerta de San Pedro, y nos habíamos dirigido hacia la derecha contemplando la barriada que se extiende á





ÁVILA.—Trozo de muralla.

la falda del elevado paseo del Rastro, la melancólica campiña y las lejanas montañas cubiertas de nieve, que según tristes sospechas hemos de cruzar en nuestra excursión próxima, se levantó un viento proveniente de las propias montañas capaz de tumbar á un gigante y frío como el hielo. La Providencia no quiso que lleváramos una idea equivocada del clima y nos le presentó tal como es durante el invierno y... casi toda la primavera.

Más que á paso hubimos de penetrar de nuevo en la población por la puerta del Rastro y subir rebujados en las capas en demanda de nuestro alojamiento.

¡Y qué nueva hermosura nos mostró la ciudad, con sus calles desiertas barridas por el huracán, sus monumentos fríos, solemnes, débilmente alumbrados por las bombillas de luz eléctrica, sin que se oyeran en el recinto una voz ni el rumor de unas pisadas, turbando sólo el silencio el silbido del viento al quebrarse en las agujas, en los matacanes, en los capiteles, en las bolas, como quejidos misteriosos de los guerreros, de los escritores ilustres, de los obispos, de los santos, de los reyes que hollaron el pavimento con sus plantas, que vivieron en aquellos palacios, que oraron en aquellas celdas, que defendieron aquellas almenas indestructibles!...

¡Y con cuánto placer apuramos una prosaica y vil copa de anís del mono, al suave y dulce calor de nuestro accidental domicilio!

Porque es de advertir que á consecuencia del incendio del Casino quedó Avila sin centro de reunión y recreo, y el dueño del hotel Inglés, donde paramos, habilitó de prisa y corriendo uno de los comedores para que no se quedaran sin café y sin tresillos



los escasos concurrentes al destruido centro. Son éstos en su mayoría empleados altos y bajos del Gobierno y de la administración, militares y civiles, que sufren entre estos muros maravillosos una pena parecida á la del destierro. Y si no tuvieran dónde matar el fastidio, ¿qué sería de sus almas?

Apenas entrados en calor, cogimos los bártulos y nos fuimos á la estación á esperar el exprés que había de conducirnos á Arévalo. La noche era de las de órdago.

Tanto, que me olvidé de las casas señoriales, del convento de Carmelitas, de los torreones, de los escudos y de la serpiente que convirtió al opulento judío, para no acordarme más que de los alumnos de la Academia de Administración militar.

Desdichados los que tengan novia!

VI

¡Arévalo, un minuto!
Eran las doce y media de la noche... ó de la madrugada, como mejor les parezca á ustedes.

Los montes de Avila habían quedado allá lejos, pero el beso de sus efuvios congeladores se sentía con más intensidad en aquellas inmensas llanuras castellanas, y aumentaba la intranquilidad el

CANCIONES POPULARES DEL BARCO

La fuente.



solitario aspecto de la estación, á gran distancia del poblado, que hacía temer un plantón al aire libre de los que acaban con un cristiano viejo.

Afortunadamente se acercaron dos muchachos, que salieron de la oscuridad envueltos en sendas bufandas, y dijeron casi á la vez:

—¿Van á la fonda de Laura la vizcaína?

—¿Fonda del Pajarito, caballero?

Escogí el primero porque lo femenino atrae, y porque el nombre



ÁVILA.—Puerta de la iglesia de Santo Domingo.



ÁVILA.—Al mercado.

¡Laura! no puede ser más bonito verdaderamente. Pero es el caso, que al salir del andén no encontramos más que un coche.

- ¿Es éste el nuestro?
- No, señor; el de la vizcaína vendrá ahora mismo.
- Pero ¿de dónde tiene que venir?
- Del pueblo.
- ¡Ah, caramba! Pues nosotros no podemos esperar; nos metemos en éste. Es lo mismo.



—No es lo mismo—gruñó enojado el de Laura.

—¡Poca diferencia habrá! contestó el del Pajarito alegremente.

Y sin más explicación emprendimos la marcha.

Veinte minutos, que hicieron equivaler á una eternidad la frescura insólita y el ardiente deseo del mullido lecho, nos costó llegar á la antiquísima y noble villa. Es decir, en mi opinión no habíamos llegado aún cuando el cochecito se detuvo bruscamente

junto á una tapia frente á un portón de corral, y el muchacho se apeó del pescante para decirnos desde la ventanilla trasera:

—La fonda.

¿La fonda? ¿Dónde?

Pues sí; allí estaba. El rapaz abrió una puerta pequeña encajada en una de las hojas de la grande y entramos en un corralón de casa de labor cuyos límites se perdían de vista. Guiónos el chi-

co, cruzamos el inmenso zaguán de la casa, subimos por una anchurosa escalera y fuimos á parar... al claustro alto de un convento, altísimo de techo, largo, muy largo, muy espacioso y en cuyas paredes se abrían las puertas de las celdas. ¡Daba miedo aquello á tales horas, sin que se oyera respirar alma viviente detrás de los gruesos muros!

Penetramos por una de aquellas puertecillas y... nos tendimos á dormir á pierna suelta en nuestras camas de hierro, ocupando el lugar donde se disciplinaron indudablemente dos reverendos padres...

Tal es la fonda del Pajarito, en competencia con la de Laura la vizcaína.

Fué el siguiente un día de perros, de esos que infunden al viajero vehementes ansias de volverse á su hogar, y punto menos que inútiles para la

fotografía. ¡Ay! ¡los nubarrones espesos me acompañan en todas las excursiones para ponerme á prueba! Pero aquí no fué eso solo. Fué además el viento; un viento más fuerte y más frío que el de



ÁVILA.—En el fieltro.

la noche anterior que se espaciaba á su gusto por las grandísimas plazas, por las anchas calles, por los amplios corralones de Arévalo, desembozando, cegando, impidiendo la marcha.

En semejantes condiciones hemos admirado, hasta donde es posible, los infinitos recuerdos históricos de la villa, que atestiguan su antigua importancia y su noble alcurnia.

Situada en la confluencia de los ríos Arevalillo y Adajz, dominando una vasta llanura, forma su término el límite septentrional de la provincia de Avila, lindando con la de Segovia por el Este y con la de Valladolid por el Norte.

Sus habitantes se batieron con gloria en la batalla de las Navas de Tolosa, y á consecuencia de ella le fueron concedidas á la villa las armas, esculpidas profusamente en multitud de edificios. Consisten éstas en un guerrero que sale á caballo de un castillo con lanza y sin rendaje, significando la prisa con que los arevaleños acudieron al llamamiento del rey. Dentro de sus murallas, de que apenas quedan vestigios, se albergaron en distintas ocasiones reyes y príncipes, jugó importantísimo papel en las luchas de la Edad Media, y de unas cosas y otras han quedado, para que las contemple el curioso, muchas casas solariegas, algunos conventos y gran número de iglesias; monumentos todos de ladrillo. El más notable de éstos es el vetusto templo de San Martín, de que se conservan en bastante buen



ÁVILA.—Iglesia de San Pedro.



Un cura de la montaña.

estado dos formidables torres y un pórtico bizantino.

A la hora presente ignoro si podrán ustedes enterarse de estos tesoros de arquitectura, porque ¡ay! aunque yo he disparado con la mejor buena fe del mundo, el nublado persistente é insoportable habrá hecho fracasar mis buenos deseos...

Arévalo es un pueblo casi exclusivamente agrícola, y en su aspecto, tipos y costumbres difiere de los demás de la provincia para asemejarse á los de la gran planicie castellana.

Sus casas tienen uno ó dos pisos, y en ellas lo más importante son las cuadras, cobertizos y corrales; la antigua plaza de la Villa, situada entre las iglesias de Santa María y San Martín, la plaza Mayor y la plaza de la Libertad, en que están el consistorio y la cárcel, son grandísimas y con soportales sostenidos por postes de madera á medio pudrir.

Los labradores visten como los demás del llano. Ya no se ven calzones cortos, sombreros anchos, zajones de pellejo ni refajos de colores, sino los pantalones largos, de paño pardo generalmente, chaquetitas de lo mismo, fajas, mantas, y gorras de piel.

Efectivamente, en las afueras, y muy en las afueras, está el parador del Pajarito. Frente por frente al claveteado portón del corral, único que da salida á la calle, está el de la plaza de toros,



ARÉVALO.—Iglesia del Salvador.

modestísima construcción moderna sin gárguizas ni floreos de ninguna clase, pues se reduce á una tapia circular dentro de la cual se encierran la gradería de piedra que limita el redondel y unos cuantos palcos de madera.

En un caserón antiquísimo, con el correspondiente escudo de las armas de Arévalo en la fachada, está instalado el Casino. Así, por lo menos, lo indica claramente un tablón con letras gordas que cuelga sobre la puerta, debajo del guerrero que sale del castillo sin riendas y lanza en ristre. Entrase por un patio muy triste en que no hay otra cosa que ver más que las columnas de piedra que sostienen la galería y un pozo con su pila, y se da á una escalera verdaderamente monumental construída con madera sobre la antigua, que probablemente sería de mármol. Al final de esta escalera está la puerta que da acceso á los salones, pero nosotros la encontramos cerrada á piedra y lodo y hubimos de enfielar, atravesando el patio, por otra más estre-

cha que viene á dar casi enfrente. También nos encontramos con la puerta cerrada, y como ignoramos el secreto para abrirla y no nos atrevimos á llamar con los nudillos por no tener suficiente confianza con los socios, fuimos á parar con nuestros huesos á un



Labriegas de las cercanías de Avila.

caféin llamado del Recreo, estrecho y comprimido, donde nos recreamos efectivamente con el sabroso moka y viendo jugar al dominó á unos cuantos parroquianos mientras nos embargaba, con el calorillo, un dulce sopor, mucho más dulce por la consideración del viento helado que seguía soplando furiosamente.

Una advertencia.

Los muchachos de la escuela tienen, por lo visto, la costumbre de no pedir el punto á voz en grito, como los del resto de España, sino que hacen constar su deseo escribiendo grandes letreros con almege ó carbón por todas partes:

«Vacaciones. — VACACIONES. — VACACIONES.»

Con esta agradable palabra estén embadurnados todos los rincones, esquinas y soportales de la histórica villa.

Cerca de ésta hay otro pueblo importante: Madrigal de las altas torres, ó simplemente Madrigal, que es como se le conoce generalmente.

En su historia figuran la del pastelero Gabriel de Espinosa, de que ya he hecho mérito, el nacimiento del Tostado, el de Isabel la Católica y la reunión de Cortes por esta reina en 1476, Cortes que revistieron excepcional importancia, porque en ellas, y con objeto de acabar con los malhechores que, sostenidos por la nobleza en su odio á los reyes, infestaban los caminos, se creó la Santa Hermandad.



Un mozo de Arévalo.

VII

El plan de marcha fué el siguiente:

Salir de Arévalo en el coche del Pajarito (una persona muy instruída y muy amable, en cuya cocina conventual se guisa el arroz



ARÉVALO.—Mozos de labranza.



Lecheros de Piedrahita.

con almejas admirablemente), tomar en la estación el correo de Francia á las doce de la noche, apearse en Avila á las dos y cuarto, ir en un coche á la administración de las diligencias, á riesgo de tener que tropezar con el hombre de la conversación escasa, empaquetarse en el coche correo á las tres en punto, llegar á Piedrahita (si no había tropiezo) á las nueve de la mañana, salir de allí á las diez y terminar la jornada en Barco de Avila á las doce y pico.

Y se hizo tal como se pensó, á Dios gracias.

Estaba por prescindir del relato de las emociones del viaje, porque figúrense ustedes las emociones de que puede gozar un hombre con semejante ajeteo!...

La madrugada estaba fresquita; en otro país que no fuera la tierra de Avila se la llamaría fría sin escrúpulo, y mucho temí hacer la jornada dando diente con diente; pero, por fortuna, el coche iba casi lleno... de caballeros fumadores, y á los pocos minutos la atmósfera estaba casi caldeada, espesa y mal oliente. Y á mayor abundamiento, á eso de las cuatro, cuando mayor riesgo de congelación pudiera amenazarnos,

detúvose la diligencia en pleno campo y entró á hacernos compañía la pareja de la Guardia civil, que se dirigía á Villatoro á hacerse cargo de no sé cuáles desalmados malhechores.

Acompañaban á los respetables individuos de la benemérita todos sus arreos de servicio, y así, encajados como cuñas, acabaron de llenar el coche, y con esto y con la tranquilidad que infunden en las solitarias montañas los temidos tricornos, los viajeros se durmieron como unos bienaventurados.



Labrador de Arévalo

La carretera, una vez pasado el puente, tira á la izquierda y se extiende por el extenso valle de Amblés en una recta de más de treinta kilómetros, hasta la falda misma de la montaña de Villatoro.

El valle de Amblés es el más conocido de la provincia, por su proximidad á la capital, y en él viven las campesinas que usan para las labores del verano los clásicos sombreros de paja, pesados y grandes, adornados con infinidad de flores, cintas y lazos de colores vivos.

Próximamente á las seis de la mañana se llega á Villatoro, tras una ascensión lenta y penosa... para las caballerías, y allí se cambia por segunda vez el tiro y se puede, si se le antoja á uno, tomar un vaso de leche caliente. La decoración ha cambiado por completo; se está en plena montaña nevada, y el pueblecillo, con sus casucas de piedra casi negra y sus inmensos tejados rojos, despierta y se desprezera á los primeros albos del crepúsculo matutino, humean las chimeneas, úncense los bueyes, y por esta y la otra callejuela van apareciendo los labradores con sus sombreros de borlas, sus recias anguarinas y sus zajones de cuero.

Como ustedes comprenderán, las seis y media de la mañana en Febrero no es la hora más apropiada para cruzar el puerto de Villatoro ni ningún otro de la tierra, y sin embargo, es tan hermoso el espectáculo de la salida del sol en lo alto de la sierra, reverberando con intensísima claridad en la nieve, que casi puede perdonarse el coscorrón por el bollo.

Vense allá abajo, en el valle que se extiende desde Piedrahita hasta Béjar, ameno y pintoresco como pocos, los apifados caseríos de las aldeas, y se camina siempre bordeando las blancas cimas, hasta penetrar en el arbolado que festonea la carretera á algunos kilómetros de distancia de Piedrahita, villa de gran importancia, cabeza de partido judicial y reina y señora de aquel término feraz y bien cultivado.

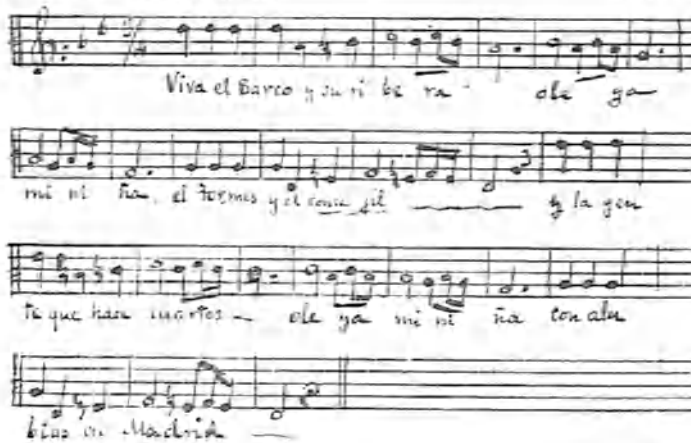
Está situada en la falda del monte de la Jurá, tiene la alegría,



PIEDRAHITA.—En el atrio de la iglesia

CANCIONES POPULARES DEL BARCO

Baronesa.



el no sé qué agradable y simpático común á todas las poblaciones que, asentadas al pie de un monte nevado, gozan de la perspectiva de un valle encantador y risueño.

El coche de Avila, que sigue hasta Béjar, tiene allí empalme con otro, de categoría más modesta, que conduce el correo al Barco; y el mayoral, separando nuestro equipaje, nos dejó plantados y solitos completamente en mitad de la plaza Mayor, junto á una fuente-cilla y frente á la iglesia, en cuya espadaña se erguía la cigüeña, silenciosa, inmóvil, y á la cual hubimos de contemplar mucho tiempo como palominos atontados, mientras decidíamos qué partido tomar y éramos objeto de asombro para los lecheros, carboneros, patateros y criados de servicio que nos contemplaban curiosamente desde los soportales.



BARCO.—Calle del Puente.

Por suerte, al administrador de las diligencias se le ha ocurrido la feliz idea de establecer en el piso principal una especie de hospedería, donde sirven en un vuelo unas apetitosas sopas de ajo, que sirven á maravilla de espuela para visitar la población y continuar el viaje.

Conserva Piedrahita, como oro en paño, los restos del antiquísimo palacio de los duques de Alba, que debió de ser verdaderamente monumental á juzgar por lo que queda. Y tal importancia dan á estas venerables ruinas los vecinos, que les sirven de orientación y punto de partida para todas las señas y datos.—Tal cosa está á la derecha del palacio, más acá del palacio, se ve ó no se ve desde el palacio, dicen.

Y no hay modo de sustraerse á esta especie de obsesión del palacio.

La plaza es grande, irregular, con soportales de distintos órdenes, con una fuente casi en el centro y con la fachada principal de la iglesia. La cual iglesia, de los últimos tiempos del estilo gótico,



PIEDRAHITA.—Una carga de paratos.

no es muy grande, pero está muy limpia y bien conservada. Si á esto se añade algunos edificios señoriales repartidos entre el caserío, algunas calles tortuosas y muchos callejones pintorescos y típicos de los pueblos de la montaña por donde pululan los labradores con los clásicos zajones y el amplio sombrero de borlas,



Labrador de Piedrahita.

las mujeres que acuden á misa mayor con sus refajos cortos y mantillas parecidas á las de *rocador*, se tendrá idea del aspecto que presenta Piedrahita á las once de la mañana, en un día de fiesta y después de comer las sopas de ajo.

VIII

Á veintidós kilómetros justos de la villa citada, en un amenísimo valle limitado por la sierra de Béjar y la de Gredos, bañado por el Tormes, se levanta Barco de Avila.

Para llegar á él tomamos asiento en un carricoche *supletorio* que no tiene más que cuatro no muy amplios y que más parece cajón de pasas que carricoche. Pesadísima y fastidiosa hubiera sido esta etapa del viaje á no haber tenido la suerte de que fueran ocupados los otros dos asientos por... ¡claro! por dos viajeros, tipos contrarios, de distinto carácter, de aspecto diferente, de gustos diametralmente opuestos. Era el uno extremeño, cerrado de pronunciación, nervioso, conciso de palabra y contundente en los argumentos; el otro era castellano, abierto de genio, risueño, charlatán y discutiendo como él solo. Representaba el primero á un almacén de sedas, y hacia contra su voluntad las provincias de Salamanca, Zamora, Avila y Toledo, renegando de las costumbres de Castilla, del frío eterno de las montañas, de los manjeres de las fondas y de todo lo creado; y se dedicaba el segundo al comercio de ornamentos sagrados y á la compra de antigüedades, había recorrido toda la Península colocando estolas y casullas y husmeando en los rincones de las aldeas en busca de cacharros, arcones, cuadros, monedas y retablos. Hacía un negocio en un abrir y cerrar de ojos, y todo lo encontraba bueno y agradable: las diligencias, las posadas, los campesinos, el trato de los curas y los píracho-cubiertos





CABALLEROS (BARCO).—Una taberna.

de nieve. Contar las discusiones, disputas y comentarios chispeantes con que animaron nuestros simpáticos compañeros las dos horas de marcha, sería tarea interminable.

Por fin, pasado el pueblo de Caballeros, cabeza de ayuntamiento que tiene la particularidad de ser mucho más pequeño que el más pequeño de sus anejos (entre los cuales está Navarregadilla, patria de Lagasca), se da vista á Barco de Ávila, que se oculta tras un ribazo para sorprender al visitante.

A la derecha vese un antiguo castillo con cuatro torreones, que en la actualidad sirve de cementerio y, según dicen, parece una decoración fantástica cuando en las noches de estío brilla todo entero con la fosforescencia de los fuegos fatuos.

De la muralla casi no quedan vestigios, pero apenas se entra por lo que fué puerta almenada y hoy no es más que cicatriz, como decía el otro, se presenta la población tal y como estaba hace muchos siglos, con sus soportales de columnas, portales lóbregos, arcos, ventanas, escudos, corredores volados, etc., etc. Lo que principalmente llama la atención son las fachadas de tejas,



los concurrentes, que resultó que la mayoría se nos sabía de memoria, y que por consiguiente pasamos la tarde departiendo alegremente con lo más selecto del Barco, ni más ni menos que si nos hubiéramos pasado allí toda la vida?



Un callejón de Aldehuela.

asi todas las casas tienen, á la parte que con más frecuencia azotalluvia, un tejado completamente vertical del más raro efecto.

El coche se detiene en mitad de la plaza. En

seguida, instintivamente, se conoce, en la solicitud cariñosa con que le observan á uno los transeúntes que se ha llegado á un país hospitalario donde se ha de vivir muy á gusto. Y así es, efectivamente.

Nosotros fuimos á parar á casa de la Leonor (parador del Comercio), que nos había recomendado con toda su alma un viajante con quien hubimos de tropezar en Arévalo, y después de almorzar opíparamente atracándonos de las celeberrimas truchas del país, acabaditas de sacar del Tormes, fuimos á parar al café de la Unión, cerca de la plaza, café que se reduce á una sala modesta con una docena ó

poco más de mesas de servicio y una de billar en el centro. ¿Querrán ustedes creer que á los cinco minutos de entrar, y por arte de birlibirloque, nos habíamos hecho amigos íntimos á todos



BARCO DE ÁVILA.—Un rincón de la plaza.

Los médicos, el juez, el alcalde, el sacristán, el administrador de Correos, el telegrafista, los propietarios, las personas influyentes... todos parecían haberse criado con nosotros.

En fin, todo lo que se diga de la excesiva amabilidad de los barcenses sería pálido.

Nos obsequiaron, nos acompañaron á todas partes, nos trataron como príncipes rusos de los que viajan defincónito!

No por agradecimiento, sino por ser verdad, debo decir que me sorprendió no poco la cultura del pueblo. Allí, en aquel apartado rincón de la sierra, el



que más y el que menos está al tanto del último libro notable que se ha dado á la estampa, del drama estrenado con buen éxito, del trabajo periodístico que haya llamado la atención en la corte...



Pasma que una población de trescientos vecinos ó poco más, con comunicaciones difíciles y en tal situación topográfica, parezca, en cuanto á la política y la literatura se refiere, un barrio de Madrid, y aun lleve indudable ventaja á algunos de ellos.

Encapotóse el cielo (y cómo no, si yo lo necesitaba puro y limpio), nevó si Dios tenía qué durante toda la noche y amaneció un día triston y desapacible. ¡Un día de mercado en que habían de reunirse en el Barco los campesinos de ambas sierras con sus trajes característicos, y á los cuales esperaba yo como agua de Mayo!

Y se reunieron efectivamente, y los vi entrar á centenares por el antiguo puente sobre el Tormes, y hubo momentos en que se me figuró haber retrocedido en la historia muchísimos años y presenciar una desbandada de campesinos de los tiempos remotos, huyendo de las tropelías de los enemigos y refugiándose de prisa en una plaza fuerte. Aquellos hombres con abarcas, con las correas ceñi-

das hasta la mitad del muslo, algunos con el peto, el mismísimo peto de cuero ó paño, las mangas apretadas, otros con las *dalmáticas* de piel de oveja, son exactamente los mismos guerreros de



Aldanos de las cercanías del Barco.

quedo corto) trasplantado por encantamiento á las postrimerias del XIX.

¡Comprenderán ustedes el odio que he tomado á las nubes!



BARCO DE ÁVILA.—Fachada de la iglesia.

Viriato, y están pidiendo la sustitución del cayado por el venablo y la espada corta de hoja ancha...

—Aquellas mujeres del Tremedal, con su justillo de manga estrecha, su saya á media pierna, sus abarcas hombrunas cuyo correaje sube Dios sabe hasta dónde, su toca de bayeta verde de unas tres cuartas, sin dobladillo, puesta al desgaire y prendida con un alfiler bajo la barba, no son de nuestros días. Parecen evocaciones de otras edades que descienden desde las cumbres de aquellas montañas, siempre blancas, á alternar con los actuales usufructuarios del ferrocarril y del telégrafo. Y desentonan



BARCO DE ÁVILA.—El Consistorio.

bajo las bombas de luz eléctrica que constituyen el alumbrado público de Barco de Ávila. Pero no así en el cuadro que presenta la plaza Mayor, rodeada de soportales viejimos, en los momentos de mayor animación del mercado. Los que desentonábamos entonces éramos nosotros. ¡Qué hermosos grupos! ¡Qué tipos tan notables! ¡Qué animación tan extraña!

Es el del Barco un mercado del siglo XII (y me

que aquello es leche pura y sin mezcla. Es lástima que la producción escasa baste apenas para el consumo y no permita la exportación, porque sería muy apreciada en todas partes y constituiría un plato exquisito para los golosos y un alimento sustancioso para

IX

Hay cuatro cosas verdaderamente notables en el Barco.

Y son á saber:

Las truchas, las alubias, la leche gorda y *El Lazarillo del Tormes*.

Célebres se han hecho las primeras por la delicadeza y finura de su carne, y famosas son en toda España las segundas por su suavidad, comparable sólo á la de la manteca. Ambas cosas probamos con verdadero deleite en casa de la Leonor, que, por no ser menos amable que sus convecinos, hizo, además, el sacrificio de buscar leche gorda, que escaseaba mucho en la época de nuestro viaje. Pero esto de la leche gorda párrafo aparte merece.

En un reducidísimo trozo del valle del Barco, en los términos de Caballeros y otros dos pueblecillos, son los pastos de una calidad especialísima y rara, y como consecuencia de esta rareza y especialidad de los pastos, la leche que se produce es tan espesa que... no se puede beber. Hay que comerla á cucharadas y servida en plato, ni más ni menos que las natillas. No hay nacido que, si no ha sido avisado previamente, crea



BARCO.—Un PALACIO á orillas del Tormes.

los convalecientes y enfermos, porque es de advertir que con media docena de encharadas queda un hombre arreglado para veinticuatro horas.

En cuanto al *Lazarillo del Tormes* que, según su simpático director, es el periódico de menor circulación de España, pues coloca poco más de un centenar de ejemplares, representa, así y todo, el grado de cultura á que ha llegado aquel rincón de la provincia de Avila, que se permite el lujo de un periódico semanal para trescientos vecinos.

Y no pueden ustedes soñar cosa más curiosa.

D. Juan Antonio Jiménez, á quien llaman todos familiarmente *Bolilla*, es, además de propietario y director de *El Lazarillo*, guarnicionero. Y no hay en el mundo un guarnicionero periodista más alegre, decididor, revoltoso y campechano. Ni puede haber tampoco imprenta y redacción más notable que la del órgano de los intereses morales y materiales del Barco de Avila. Figúrense ustedes una tiendecilla en piso bajo, en la cual se amontonan en agradable desorden alharcas y cajetines, correas y libros de administración, cabezadas y pruebas. En el centro de la estancia, entre sinnúmero de objetos propios de la tienda, se destaca una prensa vertical,



chiquita, que funciona por medio de pedales, y de aquella prensa sale todas las semanas, á repartirse por las calles y callejuelas de la población, el divino soplo del progreso.

Las oficinas del *New-York Herald*, con sus máquinas poderosas y sus millares de empleados, y sus servicios ferroviarios, telegráficos y telefónicos, no producirán, seguramente, el asombro que causa este *Lazarillo del Tormes*, arrinconado entre albardones y cinchas...

El alma de la publicación es un muchacho avisado y listo, procedente de una compañía dramática que *encalló* en el Barco y tuvo que disolverse. Nuestro hombre había sido cajista, manejaba regularmente la péñola, hacía versos, y prefirió quedarse al lado de *Bolilla* á seguir corriendo por esos mundos.

Y allí está dedicando seguidillas á *ello*, enjaretando como Dios le da á entender las noticias de sensación que caen con el inevitable retraso por aquellos andurriales, componiendo sus propias creaciones, dándole al pedal de la maquinilla, pasando sudores de muerte para llenar el número... y habiendo leche gorda.

En nombre de los periodistas españoles saludo á aquel modesto representante del cuarto poder del Estado, humilde y desinteresado compañero que no aspira á escalar ningún puesto político ni administrativo, ni siquiera á disfrutar gratis las localidades de los espectáculos públicos...

X

Y aquí entra la parte más lastimosa. Lo mejor, lo más importante, lo que no puede dejar de visitarse en la provincia de Avila es la sierra de Gredos, esa maravillosa

sierra de Gredos que se ve desde el Barco semejante á una serie de gigantes pilones de azúcar.

Pero no tiene más que un inconveniente: que es absolutamente inaccesible durante la mayor parte del año.



Un rincón del mercado en Barco de Avila.

En vano hemos buscado por todas partes un hombre de buena voluntad y unas caballerías de mejor voluntad que el hombre que quisieran acompañarnos en la excursión.

—¡No! Ahí no se puede subir más que en Julio y Agosto—nos han dicho las personas á quienes nos hemos dirigido.

—¿Por qué?

—Porque están cerrados los pasos por las nieves, porque la ascensión es muy difícil y peligrosa aun cuando están abiertos, y porque sería ir á una muerte segura.

¡Lástima grande! La sierra de Gredos, según todas las referencias, es un verdadero prodigio de la naturaleza, una inagotable mina de emociones: disfrútase desde sus cumbres de uno de los espectáculos más grandiosos, de uno de los panoramas más dilatados y espléndidos de la Península. Cruzada de barrancos, derrumbaderos, gargantas enormes y precipicios horrosos, reina en ella como absoluta soberana la nieve perpetua; encuéntrase en la cordillera hasta cinco lagunas, abundantes en truchas riquísimas, y allá arriba, en lo más alto, rodeada de afiladas agujas desde las cuales puede contemplarse media España, está la laguna grande, la célebre laguna de Gredos, foco de tempestades, fuente abundante de asombrosas y terroríficas leyendas, anécdotas y patrañas en que figuran brujas, duendes y vestigios...



Un campesina de Barco de Avila.

Pero es preciso, para gozar de maravilla semejante, emplear un día en la ascensión y otro en el descenso, llevar tienda de campaña y provisiones para dormir en los nevados picos (y sobre todo esperar á que sea posible el paso por los desfiladeros).

Hemos perdido, pues, por no estar en antecedentes, una de las más hermosas excursiones de nuestra corta vida.

Y por la misma razón, es decir, por no haber sido á tiempo bien informados, tropezamos con la dificultad de visitar el partido de Arenas de San Pedro que, á juzgar por el mapa, está á dos pasos de Barco de Avila... Pero ¡ay! esos dos pasos son dos pasos... de puerto, que están también cerrados á estas fechas. Sería necesario, para conseguir nuestro propósito, retroceder hasta Avila, y alquilar allí un coche y servicio completo de tiros para recorrer ochenta kilómetros de montaña, cosa punto menos que imposible, por no decir imposible del todo.

Aviso á los que candorosamente se dirijan á la capital de la provincia



En el puente del Barco.

para ir á Arenas, que esto es un disparate que puede traer malas consecuencias. Hay que salir de Madrid por la línea del Tajo, detenerse en Talavera de la Reina y tomar allí el coche correo que conduce á Arenas de San Pedro, situado á 45 kilómetros de la estación antes citada.

Y... nadie puede imaginarse que en la provincia de Avila va á encontrarse aquello.

Velista, en su novela *Sin nombre*, llamó á esta zona *El paraíso terrenal*, por lo delicioso del clima, que permite comer fresa en Diciembre y recoger azahar de los naranjos en Enero. Todo está allí: la abrupta sierra eternamente blanca, las colinas sembradas

nos obligó á prescindir de la parte más pintoresca de la provincia, volvimos á desandar lo andado, siendo despedidos en Barco de



Una viejecita de Aldehuela (Barco).

de viñedos y olivos, los valles amenos en que abunda la flora de los países meridionales...

Los felices habitantes de las floridas márgenes del río Tiétar usan como objetos de lujo las prendas de abrigo, viven tranquilos disfrutando la mayor suma de delicias que puede ofrecer la tierra y... tienen además la ganancia de que el resto de la humanidad ignore su dicha.

Cabizbajos y mustios por el forzoso cambio de itinerario ue



BARCO DE ÁVILA.—Grupo de aldeanos.



Avila por numerosa representación de lo más culto é ilustrado de la comarca.

Empaquetámonos en el cajón de pasas con los dos viajeros contrapuestos, que también habían terminado su misión; cambia-

CANCIONES POPULARES DEL PARTIDO DE BARCO DE ÁVILA

La paloma.

U na pa lo mi ta blan ca — que he bi ta bi bajo

el a ge ra, can ta ba en me dio del ri do y allí can ta ba el a-

mor mi o — ¡ay! que se la ue va el a ge ra! ¡ay, que

se la ue va el ri do...

mos de vehículo en Piedrahita y llegamos á Villatoro, tras penosa subida, á las seis de la tarde.

Salían á aquella hora de la iglesia, donde se celebraba la novena á San

